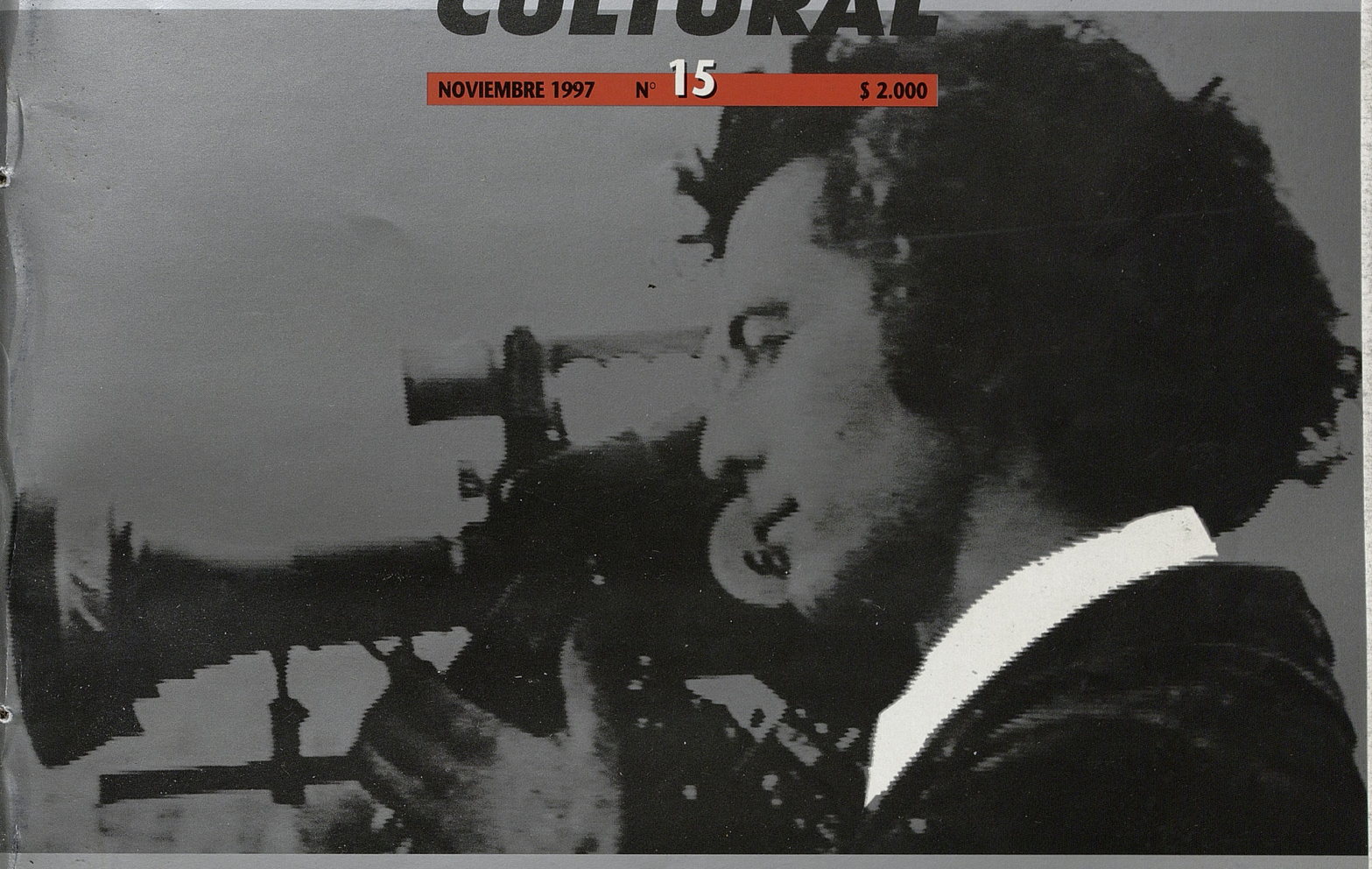
12 (419)

REVISTA DE CRITICA CULTURAL

NOVIEMBRE 1997 N° 15 $ 2.000



GABRIELA MISTRAL : Como escribo mis versos

FINES DE SIGLOS Y TRAZADOS DISCIPLINARIOS: J. Poblete - J.J. Brunner - B. Sarlo

PATRICIO GUZMAN : La Memoria Obstinada

HIBRIDACION Y SUBALTERNIDAD : N. García Canclini - M. Moraña

AUTORES, LECTURAS Y FORMACIONES INTELECTUALES : M. A. Garretón - M. Hopenhayn - S. Montecino T. Moulian - C. Ruiz - B. Subercaseaux

Fondo de Desarrollo
de las Artes y la Cultura
Ministerio de Educación

Universidad de Chile

Departamento Teatro Universidad de Chile

Facultad de Artes
Universidad de Chile

eNe Teatro

aifi Asociación Internacional de Festivales Iberoamericanos

FESTIVAL
NUEVAS TENDENCIAS TEATRALES



6 al 24 de enero de 1998

foros, exposiciones, charlas, talleres

estrenos nacionales y espectáculos internacionales a las 19:00 y 22:00 Hrs.

fonos: 6965142 - 6964929 fax: 6960862

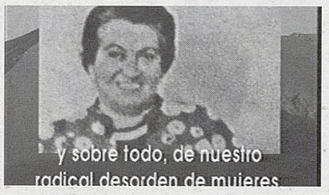
morandé 750, santiago, chile

ARTE: FRANCISCO COPELLO DIAGRAMACIÓN: FRANCISCO FIGUEROA

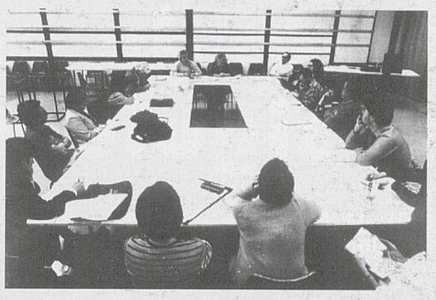
REVISTA DE CRITICA CULTURAL

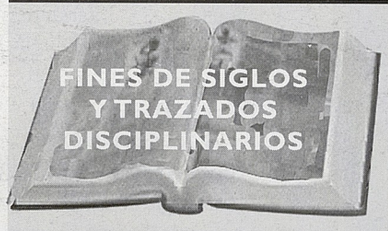
15

12
COMO ESCRIBO MIS VERSOS
GABRIELA MISTRAL



16
AUTORES, LECTURAS
Y FORMACIONES INTELECTUALES
MANUEL ANTONIO GARRETON
MARTIN HOPENHAYN
SONIA MONTECINO
TOMAS MOULIAN
CARLOS RUIZ
BERNARDO SUBERCASEAUX





22 EL CASTELLANO: LA NUEVA DISCIPLINA Y EL TEXTO NACIONAL EN EL FIN DE SIGLO CHILENO — JUAN POBLETE

28 SOBRE EL CREPUSCULO DE LA SOCIOLOGIA Y EL COMIENZO DE OTRAS NARRATIVAS — JOSE JOAQUIN BRUNNER

32 LOS ESTUDIOS CULTURALES Y LA CRITICA LITERARIA EN LA ENCRUCIJADA VALORATIVA — BEATRIZ SARLO

39
LA CARATULA
ANDREA
GOIC,
MARCELO
MELLADO



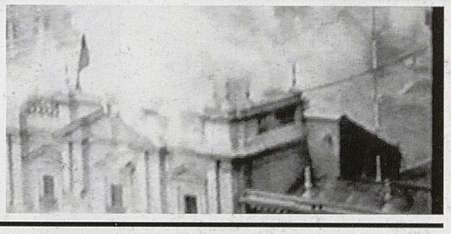


42
EL DEBATE SOBRE LA HIBRIDACION
NESTOR GARCIA CANCLINI

48
EL BOOM DEL SUBALTERNO
MABEL MORAÑA

La fotografía de la portada pertenece al documental «La Memoria Obstinada" (1996) de P. Guzmán. Ella muestra a Jorge Muller, camarógrafo de "La Batalla de Chile"(1973), detenido-desaparecido.

54
CON MOTIVO
DEL 11 DE SEPTIEMBRE.
Notas sobre
"LA MEMORIA OBSTINADA"
de PATRICIO GUZMAN.
NELLY RICHARD



62 LECTURAS

- COMO SE LLEGA A SER LO QUE SE ES — WILLY THAYER
- DIFERIR, DISTANCIAR — DIAMELA ELTIT
- EL ANGEL DE LA MELANCOLIA — CARLOS PEREZ V.
- LA OBSESION POR EL NOMBRE — JUSTO PASTOR MELLADO

REVISTA DE CRITICA CULTURAL
Casilla 50736, Correo Central, Santiago de Chile

Directora
NELLY RICHARD

Consejo Consultivo
JUAN DAVILA
DIAMELA ELTIT
CARLOS PEREZ V.
WILLY THAYER

Diseño Gráfico
GUILLERMO
FEUERHAKE

Publicidad y Suscripciones
ANA MARIA SAAVEDRA
Fono-Fax: 563 05 06

Distribución
LUIS ALARCON
Fono-Fax: 563 05 06

Preimpresión Digital
e Impresión de esta
Revista, en:

IMPRENTA ANDROS
Santa Elena 1955,
Santiago

REVISTA DE CRITICA CULTURAL

se vende en las siguientes librerías :

Fondo de Cultura Económica

Una Editorial Mexicana con vocación Latinoamericana

Libros de :	
Antropología	Filosofía
Historia	Ciencia
Economía	Técnica
Política	Literatura
	Sociología

Paseo Bulnes 152
Fax: 6962329
Teléfono: 6990189 • 6954843
Santiago de Chile

LIBRERIA LILA

arte / feminismo
sexualidad / psicología
esoterismo / literatura
literatura infantil
y curiosidades

Providencia 1652, local 3
Fono - Fax 2361725

LIBROS EL JUGUETE RABIOSO

PARA NO CONFUNDIR
LAS MOSCAS CON
LAS ESTRELLAS

Humberto Trucco 45 / Plaza Ñuñoa / Fonofax 2045802

LIBROS MIMESIS
nuevos y de ocasión

Librería especializada en filosofía, ciencias sociales, estudios literarios y literatura en general.

PORTUGAL 48
Torre 6, local 1 B
Teléfono 222 5321
Santiago

ESCAPARATE Librería

Sociología • Psicología
Antropología • Filosofía
Arquitectura • Periodismo
Comunicación • Historia
Ecología • Feminismo • Cine

...y Literatura en general.

O'Higgins 756, local 30
Fono 228434 - Fax 228697
CONCEPCION

LIBRERIA
CONTRAPUNTO

ARTE • ARQUITECTURA
LITERATURA • FOTOGRAFÍA
DISEÑO • MUSICA • CINE

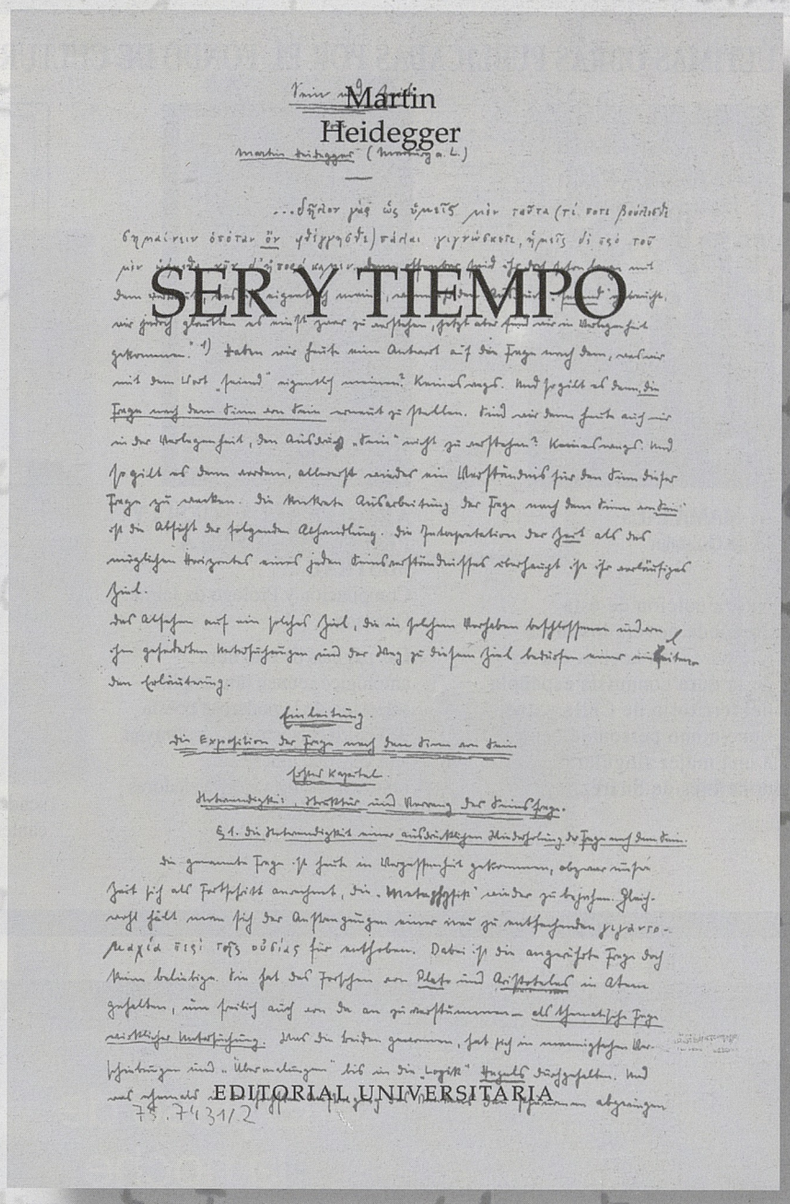
AMPLIA SELECCION DE
REVISTAS

Visítenos en nuestras Librerías :
• Avda. Providencia 2256 - F. 232 27 42 - Santiago
• Avda. Providencia 2533 - F. 251 54 94 - Santiago
• Apumanque, L. 385 - F. 229 72 78 - Santiago
• Valparaíso 651, L.12-13, - F. 697 086 - Viña del Mar

LIBRERIA
LA ORQUESTA DE CRISTAL
Poesía Cuento Novela Arte Crítica Ensayo Filosofía

HORARIOS
Lunes a Jueves : 12 a 24°°
Viernes : 12 a 02°°
Sábado : 20 a 02°°

Santa Filomena 17
Barrio Bellavista
Fono-Fax 735 33 86



Ser y Tiempo **es, probablemente, la obra más importante del pensamiento contemporáneo. Los títulos que exhibe para aspirar a esa condición son de plena solvencia: la radicalidad de su propuesta, el extremo rigor de su elaboración conceptual, la osadía de sus tesis, la poderosa energía de su lenguaje.**

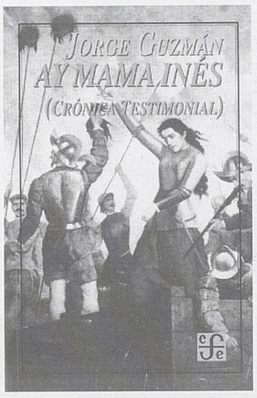
La tarea de traducir un texto de esta magnitud es, en consecuencia, una empresa mayor. Y la presente versión está a la altura del desafío. Tras larga labor, Jorge Eduardo Rivera presenta un producto admirablemente equilibrado, que une a la precisión y a las opciones fundadas un propósito gentil: proporcionarnos un *Ser y Tiempo* en terso castellano, aliviado el idioma de rigores y estereotipos.

Pablo Oyarzún

Editorial Universitaria
María Luisa Santander 0447 - Santiago, Chile
Tel. 56 - 2 - 223 45 55 • Fax 56 - 2 - 209 94 55 • E-mail: edituniv@reuna.cl

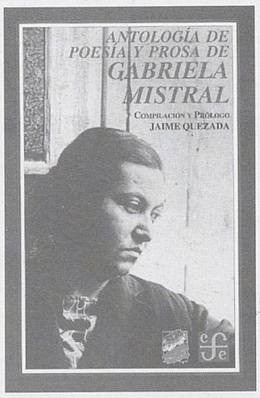
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



AY MAMA INÉS
Jorge Guzmán

Nueva edición de esta premiada novela histórica que narra los hechos claves de la dura conquista española del territorio de Chile y que tiene como personaje central a una mujer singular: doña Inés de Suárez.



ANTOLOGÍA DE POESÍA Y PROSA DE GABRIELA MISTRAL
Compilación y Prólogo de Jaime Quezada

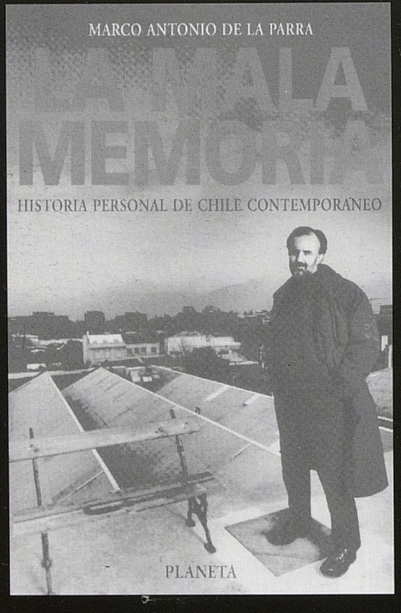
Las páginas de este libro antológico reúnen una amplia selección de la poderosa poesía de Gabriela Mistral y constituyen, a la vez, una muestra representativa de sus reveladores textos prosísticos.



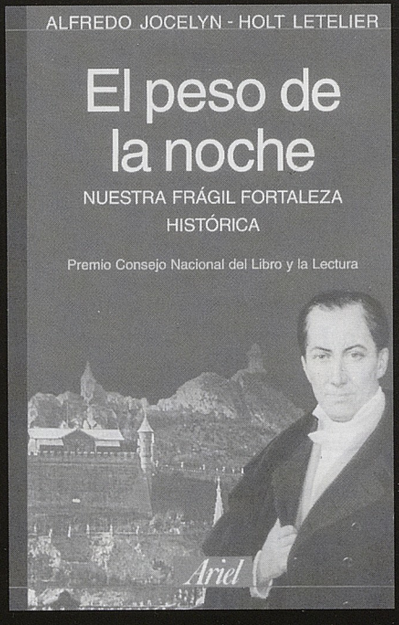
DIRÁN QUE ESTÁ EN LA GLORIA
Grínor Rojo

Desafiando la visión tradicional imperante sobre la poesía de Gabriela Mistral, Grínor Rojo la somete a una crítica sin complacencias ni lugares comunes. El resultado de ello es el descubrimiento de novedosas sendas para acercarse a la rica cantera poética mistraliana.

Paseo Bulnes 152
Fonos:
6990189-6954843
Fax:
6962329



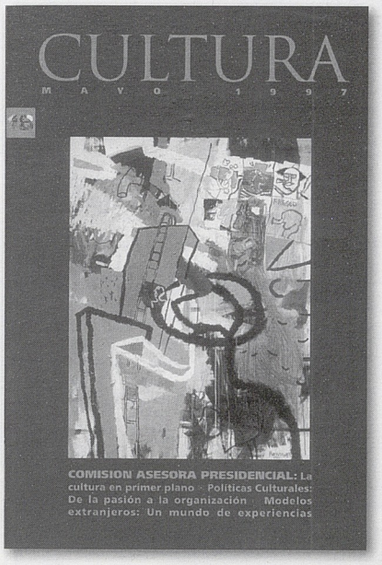
La experiencia de Chile en sus cuarenta años recientes, recapitulados como "historia personal", es decir, con la lucidez, el ardor y la amenidad de quien los ha vivido como novelista, dramaturgo, actor y médico psiquiatra.
Una crónica apasionada y trepidante que intenta iluminar el presente apoyándose en las claves del pasado inmediato, para apuntar al porvenir de un país que –memoria, futuro e imaginación mediante– "se sigue inventando".

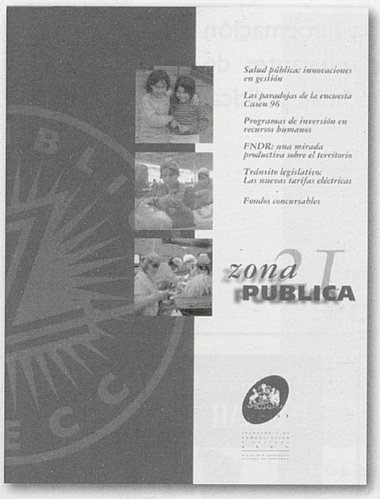


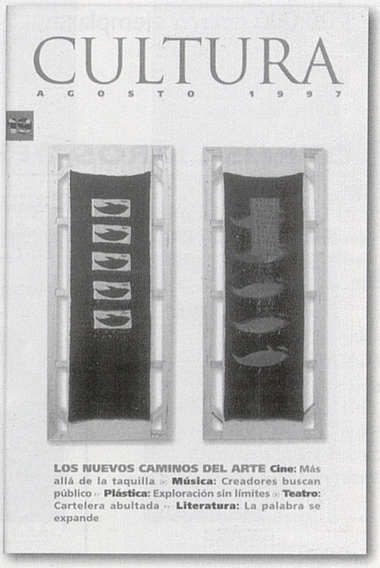
Según el jurado que le otorgó el Premio Consejo Nacional del Libro y la Lectura (1996), en categoría "Ensayo Inédito", se trata de "un trabajo renovador, situado en las posturas más actuales de la historiografía nacional... propone una reinterpretación de nociones básicas del desarrollo social chileno, como nación, estado y cultura, para demostrar el velo mitificador que se ha tendido sobre ellos, asignándoles un supuesto orden que oculta una dramática fragilidad; a juicio del Jurado, con la claridad, coherencia y cuidado estilístico que exige el ensayo".

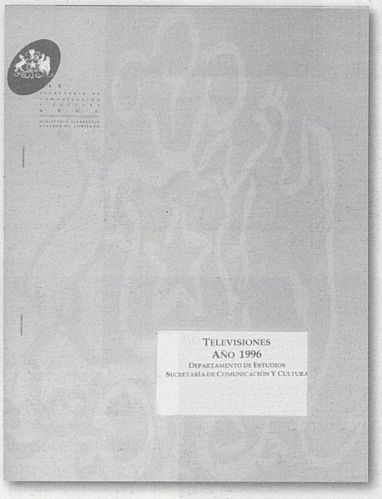
PLANETA

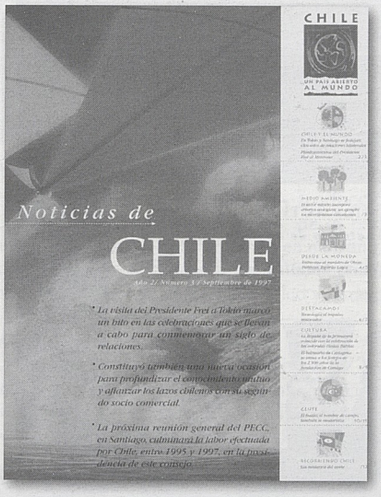
Editorial Planeta Chilena S.A.
Fono 696 23 74
Fax 695 72 60
Santa Lucía 360, Piso 7
Santiago - Chile

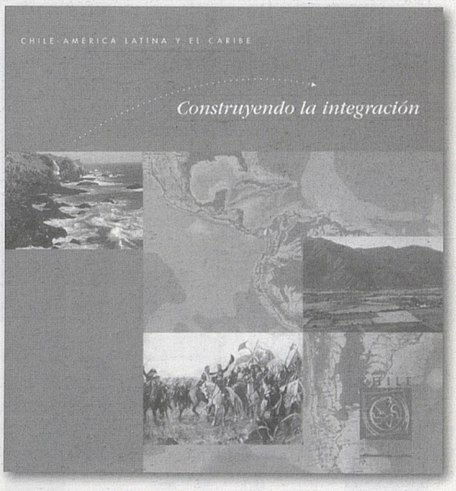












CHILE

SECRETARIA DE COMUNICACION Y CULTURA

SECC

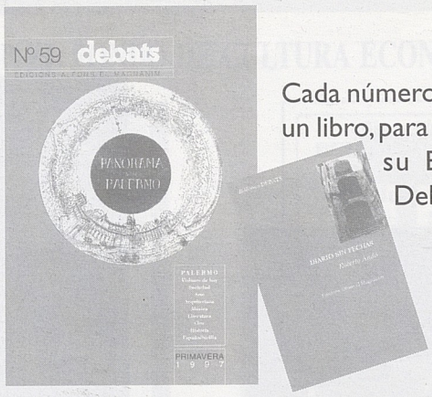
MINISTERIO SECRETARIA GENERAL DE GOBIERNO

Diseño: **SECC**

¡Suscríbase a DEBATS !

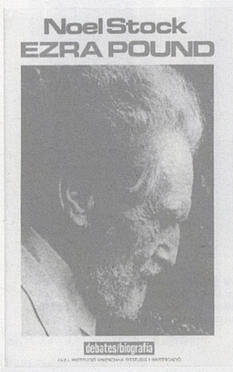
DEBATS le facilita cuatro veces al año la información más completa sobre las cuestiones más relevantes de nuestro tiempo. En historia, sociología, economía, política, cultura y pensamiento crítico.

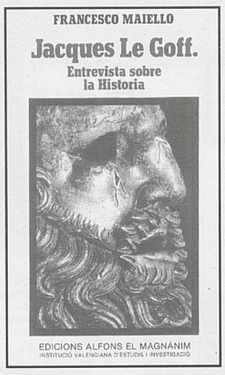
$ 30.000 cuatro ejemplares.

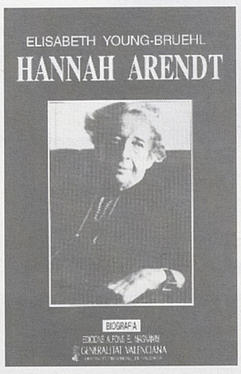


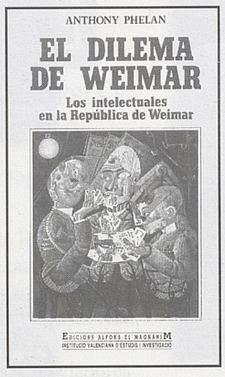
Cada número viene con un libro, para que forme su Biblioteca Debats.

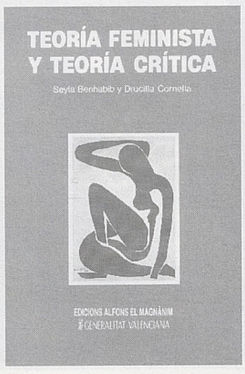
OTROS LIBROS OFRECIDOS







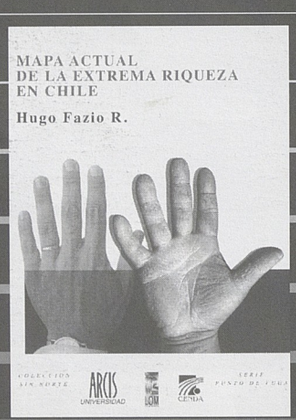


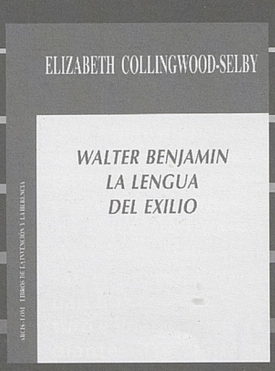


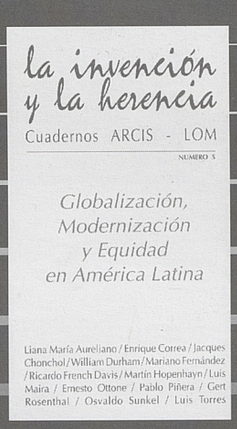
IMPORTA Y DISTRIBUYE EN EXCLUSIVA

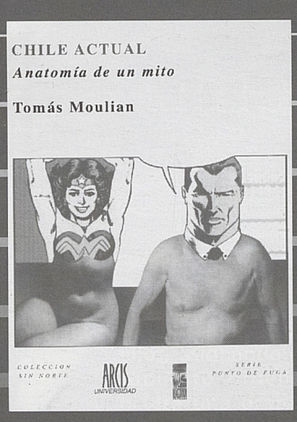
cajón de sastre

Tel. 736 93 29 - Fax 734 66 48
Las Hualtatas 6301 - SANTIAGO









Director:
FEDERICO GALENDE

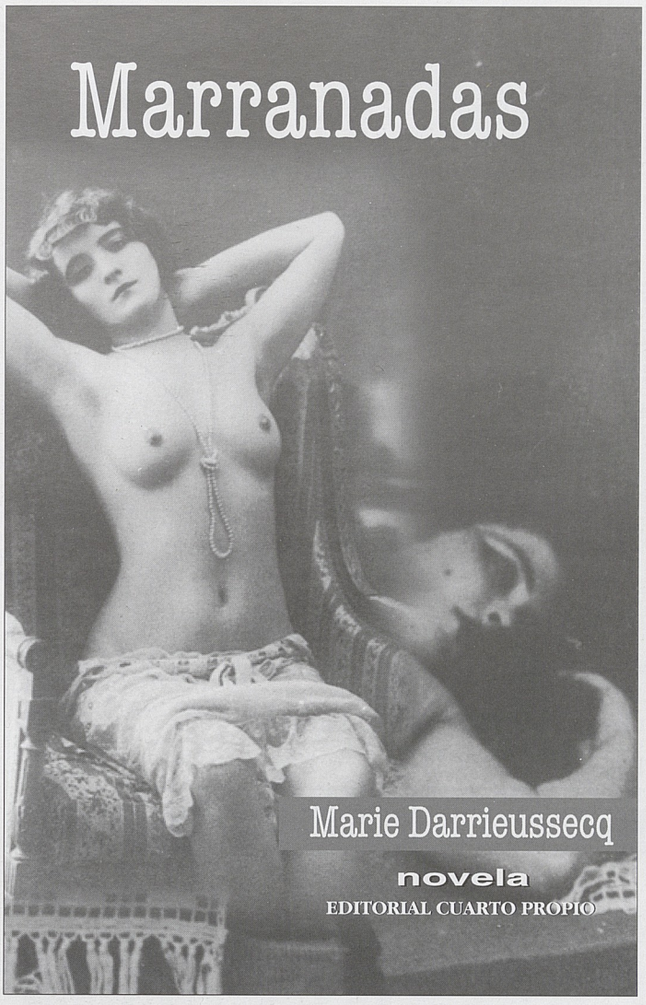
ARCIS

Cuadernos ARCIS - LOM

Depto. Publicaciones : Huérfanos 1710, Of. 313 - Fono 695 52 38 - Fax 688 21 61

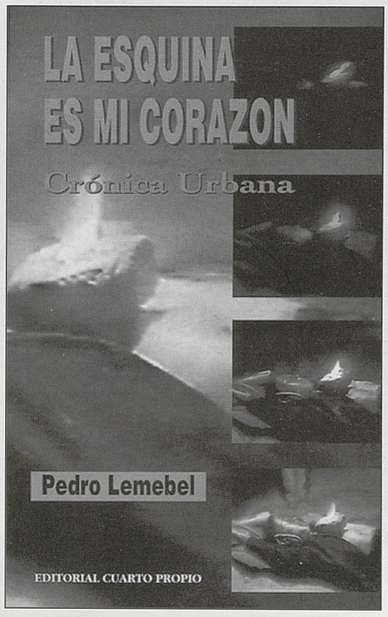


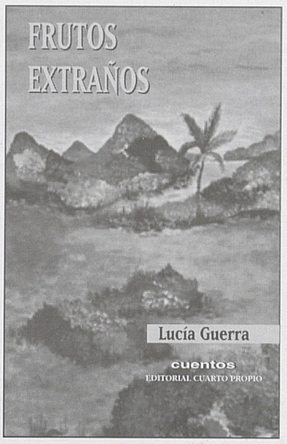
EDITORIAL CUARTO PROPIO
novedades



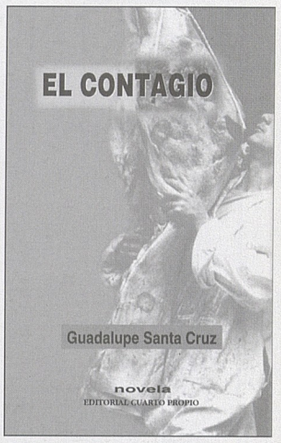
Marranadas
Novela / Marie Darrieussecq • Traducción: Cristina Piña
Una joven se desliza, estupefacta, de la perfumería a la fiambrería: ante nuestros ojos, se va transformando en marrano, en una metáfora alucinante y lograda de la decadencia de la sociedad moderna en el fin de siglo, obsesionada por la limpieza, la salud y la delgadez.

La esquina es mi corazón
Crónica urbana / Pedro Lemebel
Reúne veinte crónicas urbanas. La mirada ácida y crítica de Lemebel se instala en la ciudad de Santiago, trazando un mapa descarnado de esa parte oscura de la realidad que las buenas conciencias rehúyen.

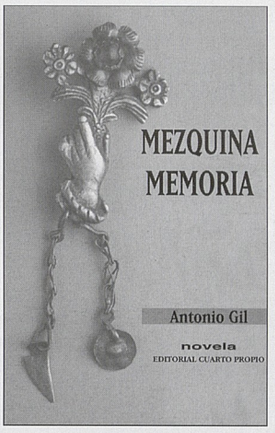




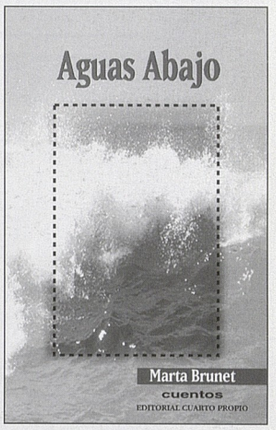
Frutos extraños
Cuentos / Lucía Guerra
Cada trama, en su aparente simplicidad, cobra una contundencia memorable: una chica común descubre la otra cara de la "feliz" Disneyland; un conquistador revela el tremendismo de la sexualidad imperial; el amor bajo el conjuro blusero de Billie Holiday y Bessie Smith.



El contagio
Novela / Guadalupe Santa Cruz
Un hospital como ciudadela. Detrás de los ventanales, una ciudad rendida. Entre la vida y la muerte, una red de nutrición, metáfora del poder, circula por los corredores de este recinto asfixiante y promiscuo.



Mezquina memoria
Novela / Antonio Gil
Novela nocturna y alucinante, centrada en la singularísima figura de don Alonso de Ercilla, reúne todo el rigor erudito de la crónica, explorando el lenguaje y los recursos narrativos de la novela histórica.



Aguas abajo
Cuentos / Marta Brunet
Tres cuentos: "Piedra Callada", "Aguas Abajo" y "Soledad de la Sangre", lo más tenso e intenso de la narrativa de Marta Brunet. El poderoso lenguaje femenino que recuerda y se construye a sí mismo en una voz donde la piel y los signos fragmentan estos tres espacios.

POESIA

Colección Buque de Arte
El matrimonio del cielo y el infierno / William Blake
Traducción: Gonzalo Millán

Colección Botella al Sur
Los amores del mal / Damaris Calderón
Ruta 68 / Catalina Lafertt

FONDOS DE DISTRIBUCION

ICARIA, BIBLOS, EL CIELO POR ASALTO, EDICIONES CUBANAS, HIPERION, MANANTIAL, ALDUS, NEED, LA MARCA, CUADERNOS CREMA, TROTTA, DEBATE.

KELLER 1175, PROVIDENCIA, SANTIAGO, FONO: (56-2) 2047645, FAX: (56-2) 2047622, E-mail: clic@netup.cl

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES

ESCUELA DE POSTGRADO 1998

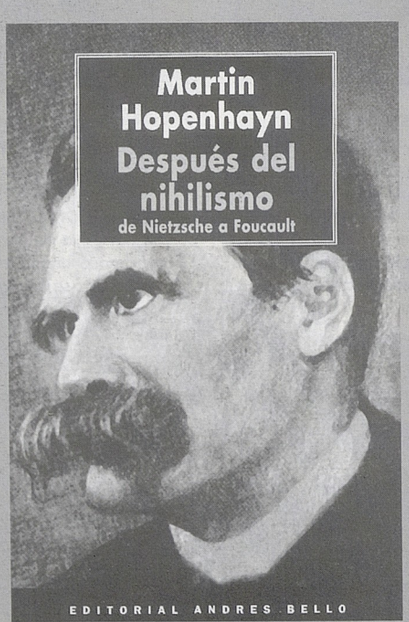
- Magíster en Filosofía
- Magíster en Historia
- Magíster en Lingüística
- Magíster en Literatura
- Magíster en Estudios Latinoamericanos
- Doctorado en Literatura
- Doctorado en Filosofía*

PERIODO DE POSTULACION
10 de Noviembre de 1997 al 9 de Enero de 1998

INFORMACIONES
Capitán Ignacio Carrera Pinto 1025, Ñuñoa
Fonos 678 70 05 - 678 70 04. Fono-Fax 271 68 23

*El Doctorado en Filosofía se realiza en conjunto con la Facultad de Ciencias Sociales y tiene ingreso para 1999.

EDITORIAL ANDRÉS BELLO



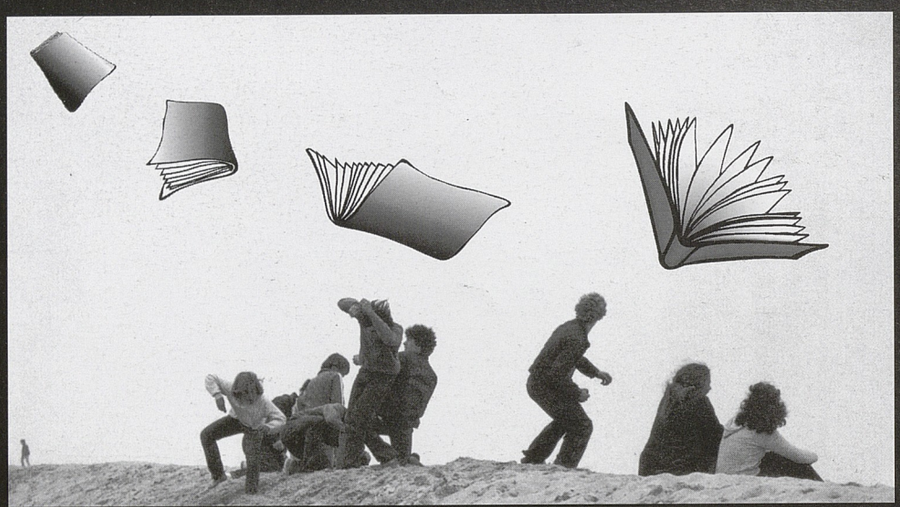
"DESPUES DEL NIHILISMO no es sólo una perspicaz y enérgica relectura de Nietzsche, sino una expedición a partir de él que atraviesa toda la modernidad filosófica: recuerda sus promesas, censura sus traiciones y conserva intacto el vigor teórico de sus mejores esperanzas. Un libro necesario."
-Fernando Savater

OTROS TITULOS RECIENTES :
- **LA SUERTE, Nicholas Rescher**
- **MILAGROS ECONOMICOS, Alain Peyrefitte**
- **EL SEXO DE LAS EMOCIONES, Alain Braconnier**
- **MAS ALLA DEL CUERPO, Fernando Lolas**
- **LA PRIMERA CRUZADA, Jacques Heers**
- **EL FIN DE LA NACION-ESTADO, Kenichi Omahe**

RICARDO LYON 946, PROVIDENCIA . TELEFONO 204 99 00 . FAX (562) 225 3600
TELEX 240901 EDJUR CL . CASILLA 4256 . SANTIAGO DE CHILE . E-MAIL: juridica@ctc-mundo.net

FRANCISCO ZEGERS EDITOR

No espere
enterarse de esta manera



Estamos con éstos y otros libros
en la Biblioteca Nacional

L e t r a s

L e c t u r a s

L i b e r t a d

L i b r o s

L a z o s

OM
LIBRERIA
BIBLIOTECA
NACIONAL
Moneda 650

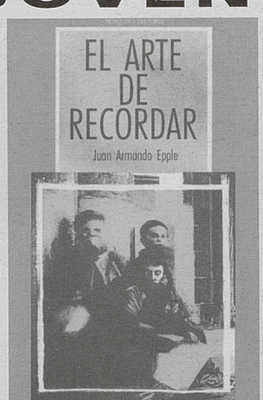
LIBROS PARA UN PAIS JOVEN



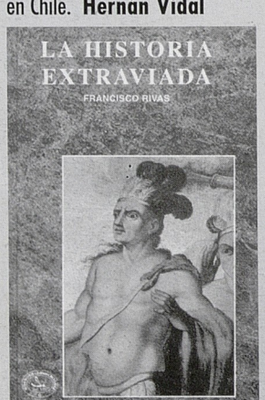
FPMR El tabú del conflicto armado en Chile. **Hernán Vidal**

OTROS TITULOS DE MOSQUITO

El amor llegó por el lado izquierdo	**Helios Murialdo**
La ira y la abundancia	**Oscar Barrientos**
La búsqueda interminable	**Enrique Pérez**
Dar la vida por la vida.Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos	**Hernán Vidal**
Campos de concentración, Chile 1973-76	**Juan del Valle**
Diccionario Cabal.	**Jonás**
Libro de Hechos Inevitables.	**Cristián Cottet**
Entre Lenin y Lennon.	**Sergio Martínez**



El arte de recordar.
Juan Armando Epple



La Historia Extraviada.
Francisco Rivas

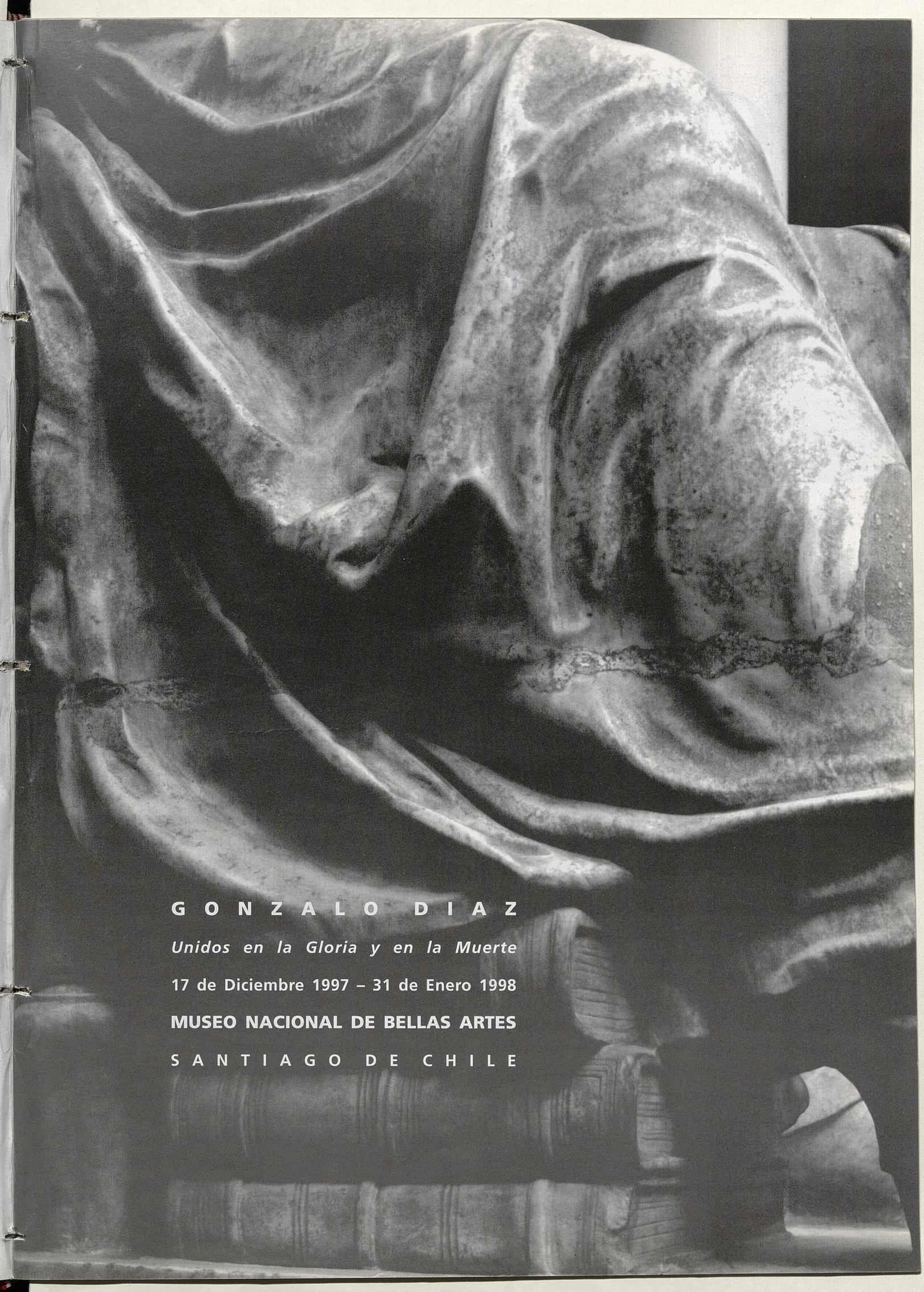
MOSQUITO COMUNICACIONES

MOSQUITO COMUNICACIONES
Miguel León Prado 182 - Santiago de Chile
Fono/Fax : 556 55 08

IMPRENTA
DISEÑO
DISTRIBUCION
EDITORIAL



El Agente Encubierto.
Francisco Vergara



GONZALO DIAZ

Unidos en la Gloria y en la Muerte

17 de Diciembre 1997 – 31 de Enero 1998

MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

SANTIAGO DE CHILE

COMO ESCRIBO MIS VERSOS

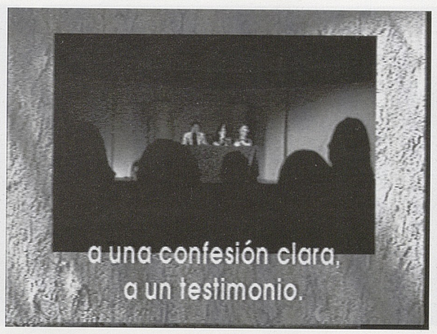
GABRIELA MISTRAL

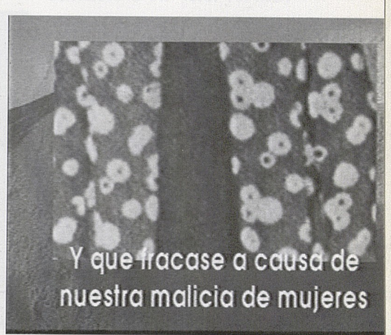
(Transcripción de la charla dada por Gabriela Mistral en el Curso Latinoamericano de Vacaciones, Instituto Vásquez Aedo, Montevideo, Uruguay, (1938) donde fue invitada conjuntamente con Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni.)











Señores Ministros:

La ocurrencia feliz de reunirnos aquí a Juana, a Alfonsina y a mí, es muy uruguaya, es decir, muy llena de gracia. Yo dije antes que el Espíritu Santo es la divina persona que más llueve sobre la raza uruguaya. Recordaremos, en primer lugar, a nuestras dos grandes muertas, tan nuestras como vuestras, uruguayos. Pensaremos en Delmira Agustini, maestra de todas nosotras, raíz hincada más o menos en las que aquí estamos. Y pensaremos también en María Eugenia, alma heroica y clásica que, en lo heroico y en lo clásico, hubiera querido pastorearnos a todas pero que se nos fue demasiado pronto.

Yo me temo mucho que vaya a fracasar la linda intención del señor Ministro Aedo de someternos a una encuesta verbal, a una confesión clara, a un testimonio. Y que fracase a causa de nuestra malicia de mujeres y, sobre todo, de nuestro radical desorden de mujeres. Querer reducir a normas y poner en perfil neto nuestro capricho consuetudinario, es una empresa de romanos que nosotras podemos desbaratar entera, fingiendo que la obedecemos.

Parece que nos llaman a juicio y las llamadas somos, primero, una Diana de la campiña uruguaya que, dentro de su categoría de diosa agraria, guarda disimulada su femineidad entera. La naturaleza, hasta hoy –que yo sepa– no ha querido dar su ancha fórmula y, cuanto más, deja caer una gota de su secreto parecida a una sola uva exprimida en la manaza extendida del averiguador. La naturaleza, es decir Juana, no puede contar a vosotros, curiosísimos varones interrogadores, cómo ella se las arregla para soltar la luz sin darse ningún trabajo, y cómo hace para que el agua de su poesía resulte a la vez eterna y mía.

Son cosas muy serias aunque parezcan tan inocentes, la naturaleza hija de Dios y Juana hija del Uruguay. Y nadie tampoco aceptaría, son las índoles, los modos, yo no quiero decir la horrible palabra «método», de Juana de América. Por algo lleva ella nombre geográfico adobado al de la pila bautismal. No es ningún azar ese nombre que le dieron, y que la deja sola con la América, dueña de la llave inefable de nuestra raza. Siempre que voy hacia Juana –y la visito con frecuencia fiel– yo la dejo como me la hallé, en su candor y su misterio esencial. Su misterio es el peor, es el misterio de lo luminoso y no de lo sombrío, y ese misterio lleno de claridad burlaría al propio Doctor Fausto.

Allí está, ahí, el agua cayendo llena de luz y de gozo. Beber, callar mientras se debe y agradecer; ésa es toda la política que nos corresponde, a mujeres y a hombres, respecto del caso de Juana de América.

En cuanto a Alfonsina, que antes de sus canas y después de sus canas, no ha sido otra cosa que la jugarreta deliciosa del sueño de una noche de verano, también ella va a dar un salto sobre el plan del Ministro Aedo. Ya lo dio. Ella se ha reído toda su vida, y por igual, de sus amigos y sus enemigos. Y cuanto más, soltará una pequeña prenda de la masa de sus secretos, y esta prenda despertará en vosotros más apetito de conocer el resto. Y ella que castellanizó la palabra, se burlará sin ningún respeto de nosotros y hará muy bien, porque nació para eso.

Viviendo dentro de razas románticas –la inteligencia afilada como el alfiler que la japonesa lleva en el moño– se sacudió Alfonsina el extremoso romanticismo criollo. Por ahí he visto una barbaridad, una sintaxis de esas que son mías, perdón.

Alfonsina, hermana siamesa mía por virtud de la cordillera que nos puso a querernos sin mirarnos nunca a la cara, una del Este, la otra del Oeste. Cada vez que yo he querido definirla, o sea confesarla, se ríe de esta Gabriela medio cabrera del Valle de Elqui y medio lectora de la cartilla! Aquí está Alfonsina en recinto oficial y en medio de ceremonia pedagógica, haciendo una vez más su jugarreta.

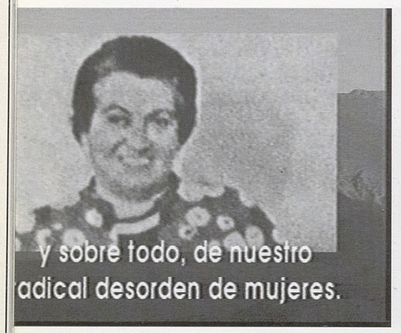
Yo le doy las gracias de tener cuanto yo no tengo y de regalarme lo que no me cayó a mí en suerte. Lo que tiene es el precioso ingenio europeo, el aguijón que perdonamos porque el primer punto en el cual se hinca es el cuerpo mismo de la heridora.

Alfonsina es una abeja inédita entre las abejas contadas por los poetas griegos. Ella es la abeja que en el vuelo se persigue a sí misma, antes de caer sobre el matorral de mirtos. La abeja que danza un baile, a veces desgarrante, buscando su propia carne para sangrarla con un gesto de juego, que yo le entiendo y que suele hacerme llorar.

Yo vivo en este momento una aventura que suele ocurrirme. La de sentir en mi sangre un rumor, casi un tumulto, que quiere hablar por mi boca. Esta vez ese tumulto es el de todas las poetisas uruguayas, desde las de Montevideo hasta las de Artigas, las que han venido lo mismo que las ausentes. Desde Luisa Luici, criatura de mi sangre por la artesanía doble del verso y de la lección, a quien he estado unida en veinte años de amistad entrañable, hasta mis dos ángeles custodios de las calles de Montevideo, Sara y Ester, que golpean a mi garganta y quieren también dar su mensaje.

Me siento como un viejo cuerno lleno de estas voces ajenas; me siento como una verdadera vaina de hablas reunidas y apenas tengo, en este momento, esa cosa fea que se llama el acento individual, la voz que lleva un nombre solo.

Ahora voy a obedecer a nuestro Ministro y a nuestro Director de Educación, contando cómo escribo, si es que yo sé alguna cosa clara y efectiva sobre cómo escribo. El tema que me dieron fue éste: ¿ Cómo hace usted sus versos? Y me ha hecho acordar de una preciosa parábola de Pedro Prado, el chileno. Pedro Prado cuenta que una vez una señora entró a un jardín y le pidió una rosa al jardinero, con esa tremenda superficialidad que tenemos las mujeres, una rosa... Pero el jardinero era un varón muy profundo, era un viejo jardinero, muy vivido. Y el jardinero le contesta: yo le doy a usted la rosa, la que quiera, siempre que la corte donde ella comienza. Entonces la señora se va







derecho a cortar, allá a medio tallo, por ahí. Y le dice el jardinero: No, la rosa no comienza ahí. ¿Usted cree que la rosa va a comenzar casi en el pedúnculo? ¡Ah! dice la señora, y entonces va con la tijera más abajo. ¡Ah, no! le dice, usted se equivoca, ¿usted cree que ahí comienza esa cosa florida que hay arriba? ¿y con qué savia se alimentaría? ¡Ah! dice la señora, y va a cortar sobre el suelo. ¡Ah, no! le dice el jardinero, ¿usted cree que es ahí precisamente donde ella comienza? ¿Y la raíz? ¡Ah! dice ella, entonces la voy a arrancar. Y le dice el jardinero: ¿y usted cree que comienza en las raíces? ¿y de dónde le vendría todo lo que tiene? La señora se queda muy perpleja y no la cortó...

El poema tampoco sabemos dónde comienza. ¿Comienza en el momento en que se hace? ¡Ah, no...! ¿Comienza en el momento en que nos cae esa especie de puntada de la emoción, esa lanzada de la emoción? Porque cuando la lanzada nos trabaja, ya venía de tan tarde el hacerse la carne tierna para la lanzada. Habría que remontar a todo lo que nos ha ido trabajando el corazón, para esa calidad de la carne que le damos a la cuchillada. Es decir, habría que comenzar en la infancia, donde todo comienza. Pero, cuando nacemos, ya traemos tanto capital viejo y deuda grande... Habría que comenzar con toda la muchedumbre de nuestros antepasados. ¡ Menudo trabajo contar cómo se hacen los versos...!

Grandes curiosos que nos escuchais: las mujeres no escribimos solemnemente como Guijón, que se ponía para el trance su chaqueta de mangas con encajes y se sentaba con la mayor solemnidad del mundo a su mesa de caoba. Los hombres, posiblemente sean tanto o más vanidosos que las mujeres.

Yo escribo sobre mis rodillas, en una tablita con la que viajo siempre y la mesa de escritorio nunca me sirvió para nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa. Escribo de mañana y de noche. La tarde no me ha dado nunca inspiración, sin que yo entienda la causa de su esterilidad o de su mala gana respecto de mí.

Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado, ni en un cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa urbana. Siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y que Europa me da borroneado. Mejor se ponen mis humores si yo afirmo mis ojos viejos en una masa de árboles tiernos.

Mientras yo fui criatura estable en mi raza y mi país, escribí lo que veía o tenía muy inmediato. Escribí, como quién dice, sobre la carne caliente del tema. Desde que soy criatura vagabunda, desterrada voluntaria, parece que no escriba sino en medio de un vaho de fantasmas. La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel que, más que envolverme, me forra y me oprime, y rara vez me deja ver realmente el paisaje y la gente extranjera.

Escribo sin prisa generalmente y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la cordillera. Me irrita en todo caso detenerme y tengo siempre al lado cuatro o seis lápices con punta, porque soy bastante perezosa y tengo el hábito regalón de que me den todo hecho, excepto los versos.

En el tiempo en el que yo me peleaba con la lengua exigiéndole una tremenda intensidad, me solía oír a mí misma, mientras escribía, un crujido de dientes muy colérico: el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma. Ahora ya no me peleo con las palabras sino con otra cosa. He cobrado el disgusto y el desapego de mis poesías cuyo tono no es el mío por ser demasiado enfático. No me escucho sino en aquellos poemas donde reconozco mi lengua hablada, eso que llamaba don Miguel el vasco, la lengua conversacional.

Corrijo bastante más de lo que la gente puede creer leyendo unos versos que aún así me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin





desatadura posible queda en lo que hago, sea verso o sea prosa. Escribir me suele alegrar. Siempre me suaviza el ánimo y me regala un día ingenuo, tierno e infantil. Ando trayendo la sensación de haber estado por unas horas en mi patria real, en mi costumbre, en mi suelto antojo, en mi libertad total. Esos días en que hago una poesía, buena o mala, mi ánimo es de quien estuviera casada con una muchedumbre de criaturas, casada con el mundo.

Me gusta escribir en cuarto pulcro, aunque soy persona harto desordenada. El orden parece regalarme espacio y este apetito de espacio lo tienen mi vista y mi alma. En algunas ocasiones, he escrito siguiendo un ritmo recogido en un carro que iba por la calle lado a lado conmigo. O siguiendo los ruidos de la naturaleza que, de más en más, se me funden en una especie de canción de cuna. Pinares, marejada, ruido de álamos; todo eso al llegar a mi oreja viene, solamente viene en un ritmo de canción de cuna. Por otra parte, tengo todavía la poesía anecdótica que tanto desprecian los poetas mozos.

La poesía me conforta los sentidos y eso que llaman el alma, pero la poesía ajena mucho más que la propia. Ambas me hacen correr mejor la sangre, me defienden la infantilidad del carácter, me anidan y me dan una especie de asepsia respecto del mundo.

La poesía es en mí sencillamente un rezago, un sedimento de la infancia sumergida. Aunque resulte amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta de no sé qué vileza esencial, parecida a lo que llamamos el pecado original, que llevo conmigo y que llevo con aflicción. Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano castigado, y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano. Y a propósito de la infancia, pensaba qué definición sería la que yo pudiese dar de la poesía. Y pensaba en eso...

Yo he escrito un poema en el que habla un niño, el niño habla de una cantidad de bultos, falsos, que ve con su ojito. Yo creo que cuando nacemos, los que vamos a hacer versos traemos en el ojo una viga atravesada. Esa viga atravesada nos deforma, ya sea transfigurándolo o en otra forma, todo lo que miramos, y nos hace para toda la vida antilógicos y anti-realistas. El llamado poeta realista no existe. De manera que esa viga nos hace a veces ver amarillo lo que es negro, y nos hace ver redondo lo que es cuadrado, y nos hace caminar entre una serie de disparates maravillosos.

Dicen que, al morir, la mayor parte de los agonizantes lloran una lágrima, una extraña lágrima que cae con mucha lentitud. Yo creo que la viga del ojo del poeta no se va sino en esa última lágrima del agonizante. Entraremos así en el paraíso, o donde sea, con el ojo limpio porque ya en otra parte no no serviría de nada una viga que nos transfigurara las cosas.

*Voy a decirles esa pequeña poesía que habla de la viga en el ojito del niño. Se llama «*La pajita*» y está escrita en la lengua folclórica de nuestro pueblo chileno que cuenta de una curiosa manera, diciendo* esta que *o* este que.

Esta que era una niña de cera;
pero no era una niña de cera,
era una gavilla parada en la era.
Pero no era una gavilla
sino la flor tiesa de la maravilla.
Tampoco era la flor sino que era
un rayito de sol pegado a la vidriera.
Y no era un rayito de sol siquiera:
una pajita dentro de mis ojos era.
¡ Alléguense a mirar cómo he perdido entera,
en este lagrimón, mi fiesta verdadera! •

Fotografías tomadas del video *"EL OJO LIMPIO, Gabriela Mistral a 50 años del Nobel"*, Maga Meneses, 1995

AUTORES, LECTURAS Y FORMACIONES INTELECTUALES

En Abril de 1997, la Universidad ARCIS inauguró un Diplomado en Crítica Cultural cuyo espacio de Seminario propone un análisis crítico de los discursos generados bajo el signo de la postdictadura y la transición democrática que recorre –transdisciplinariamente– distintos campos de práctica intelectual, intervención social, debate artístico y reflexión cultural.

Se solicitó a los autores invitados responder un cuestionario de autopresentación, basado en cuatro preguntas. Una de ellas era: **¿ Cuáles son los autores y lecturas que usted considera determinantes en su formación intelectual ?** El material aquí editado corresponde a las respuestas de seis de ellos.

CARLOS RUIZ
Autor de **"Seis Ensayos sobre Teoría de la Democracia", 1993**

Una de las lecturas que resulta determinante en mi formación es la de Jean-Paul Sartre. Es su obra la que orienta mis estudios hacia la filosofía, aunque son su literatura y sus ensayos políticos y críticos los que he leído con mayor profundidad.

En mi primera formación filosófica en la Universidad de Chile, me marcan profesores como Gastón Narvarte, de quien soy ayudante, Juan Rivano, Jorge Millas, Fernando Zabala y Félix Schwartzmann.

En Francia realizo una tesis de Doctorado que no alcanzo a terminar, bajo la dirección de Lucien Goldmann. La metodología de Goldmann va a marcar muy profundamente mis primeros ensayos y escritos sobre Andrés Bello y el pensamiento en Chile. Se trata de una aproximación original al marxismo que combina Lukacs con Jean Piaget.

Pero en Francia también y en oposición al trabajo de Goldmann, me resultan muy motivadores los trabajos de Pierre Macherey y Etienne Balibar, cuyos cursos sigo en la Sorbonne. En especial, me produjo una huella muy profunda el curso sobre «La escuela capitalista en Francia» en 1970, que va a representar luego una inspiración central para mis propios trabajos sobre educación. Los trabajos de Poulantzas sobre el fascismo y, sobre todo, los primeros cursos de Michel Foucault sobre «El orden del discurso», constituyen también influencias duraderas.

A mi vuelta a Chile en 1971, mi objetivo principal es desarrollar una investigación sobre las ideologías y el pensamiento en Chile. A eso apuntan mis trabajos sobre prensa (sobre el Diario El Mercurio, principalmente), realizados en colaboración con Claudio Durán. En mis primeros trabajos en Chile, va cobrando también cada vez una importancia mayor la crítica del liberalismo de C.B. MacPherson, la que intento aplicar a mi visión sobre la cultura liberal y republicana en Chile.

El desarrollo de mi trabajo posterior tiene también referentes teóricos importantes. Entre ellos quisiera anotar la permanente relectura de Gramsci y Foucault y el impacto de los trabajos de filósofos contemporáneos como Jacques Ranciere y Miguel Abensour en mi período como director de programa del Collège International de Philosophie. Luego y sobre todo Ernst Tugendhat, que me motiva a una lectura más profunda y simpatética de la filosofía analítica, en especial de la que se deriva del llamado «segundo» Wittgenstein.

MARTIN HOPENHAYN
Autor de **"Ni Apocalípticos, ni Integrados"' 1994**

Primero tengo que aclarar que yo soy un lector poco sistemático, bastante arbitrario en mis lecturas. Mi formación está hecha de retazos, accidentalmente. Entré a estudiar Filosofía al Pedagógico en el 73 y, casi por tendencia natural, en ese momento mi principal referente fue Marx.

A pesar de que es difícil ser marxista ahora, creo que fue un ejercicio que me sirvió mucho para lo que el propio Marx llamaba, dentro de su parafernalia dialéctica, la «crítica interna» -ese diálogo imaginario que Marx sostenía con los socialistas utópicos del siglo XVIII, con Smith, después con Ricardo y también con la social democracia emergente en la Europa del siglo XIX- , es decir, el tratar de encontrar las inconsistencias internas dentro de los discursos, las teorías, o los sistemas con los cuales batallaba. Creo que fue un muy buen entrenamiento dentro de lo que es el espíritu crítico, junto con contrastar la teoría con la realidad y leer casi paranoicamente los discursos como ideología, es decir, tratar de reconocer en el discurso de la economía política, del idealismo filosófico, del socialismo utópico y del liberalismo político, lo que hay detrás de una construcción teórica para defender ciertos intereses o justificar un cierto orden. Este hábito de desenmascaramiento ideológico es una función que la crítica (la teoría crítica, incluso la crítica cultural) no puede perder, a pesar de que hablemos hoy día de que estamos en un mundo post-ideológico.

De Marx pasé casi espontáneamente a algunos post-marxistas que tuvieron una incidencia muy fuerte en el pensamiento crítico contestatario. Me refiero a Marcuse y su papel gravitante en la crítica de la sociedad industrial y la sociedad de consumo, a través de sus ensayos «Eros y Civilización» y «Hombre Unidimensional»; y a Adorno que era quizás menos utopista que Marcuse, que presentaba un pensamiento más cerrado, más crítico, menos propositivo, pero que a la vez tenía una ventaja sobre Marcuse en todo el campo de la estética y de la cultura. Y con Adorno, también Horkheimer con su «Crítica de la Razón Instrumental», que fue muy marcador en su momento por esta especie de visión casi apocalíptica de la modernidad que se reservaba un cierto rescate de los principios emancipatorios que están en la base del discurso iluminista o del sujeto como un sujeto autónomo que aspira a mayor libertad, a un orden democrático y a un pluralismo cultural, cosas que siguen vigentes.

Luego hubo tres lecturas que en mi caso fueron hechas durante un mismo año y que están muy relacionadas entre sí: «El Ser y la Nada» de Sartre, «Ser y Tiempo» de Heidegger y la «Fenomenología de la Percepción» de Merleau-Ponty. ¿Por qué digo que están relacionadas? Porque las tres son hijas de la fenomenología en la tradición filosófica, y los tres autores fueron, en alguna medida, discípulos de Husserl. En las tres, desde distintas perspectivas, lo que se plantea es la gran crítica al sujeto cartesiano que venía de la tradición clásica, de este sujeto pensante, sujeto sustancia, es decir, la problematización de la subjetividad.

Después me tocó leer a Nietzsche y hacer la tesis de Magister. Siguiendo con esta idea del ejercicio crítico, lo que también me resultó muy marcador en Nietzsche es que anticipa todo el discurso de crítica de las ideologías, de las utopías y de la modernidad. En Nietzsche encontré esa visión tan lapidaria y bien fundamentada de la crítica de la racionalidad moderna, de la subjetividad tal como la concibe la filosofía moderna, de las ideologías políticas. A lo largo de toda la obra de Nietzsche hay como una especie de máquina de demolición que nos sirve para interpretar la cultura según formas que siguen estando vigentes. Por eso mi interés ahora en publicar un libro sobre Nietzsche.

Luego, al estudiar en Francia y ser alumno de Deleuze, fue inevitable y positivo estar permeado a la influencia de Deleuze y de Foucault. Primero asistí a las clases de estos dos filósofos y luego me preocupé por leerlos. En el caso de Deleuze lo estimulante era su osadía intelectual, yo venía de una formación filosófica más escolar y me encontré de repente con un profesor que pensaba en voz alta, que no tenía miedo a equivocarse. Era la transmisión directa de un pensamiento que se va abriendo paso a medida que se va enunciando, una invitación a aventurarse en el pensar, una invitación a ir más allá de la tradición de la exégesis en filosofía y de hacer filosofía a partir de lo que nos rodeaba. Más que decir que de Deleuze tomé tal o cual idea, fue más bien la práctica filosófica lo que más me atrajo en su obra. En Deleuze lo que más me sedujo temáticamente es la lucha sistemática y delirante contra Platón, contra el platonismo, es decir, contra el esencialismo filosófico y contra el racionalismo filosófico también. Era la prolongación y desarrollo de Nietzsche por otras vías.

Otras fuentes que me resultaron útiles provienen de la psicología y el psicoanálisis, y se enmarcan en el intento por hacer de la filosofía una filosofía del sujeto o contra el sujeto (o para pensar el sujeto).

Otras lecturas me sirvieron para salir de la filosofía como pensamiento discursivo y entrar más a la filosofía como pensamiento fragmentario, relampagueante y menos articulado (recurriendo a un lenguaje entre filosófico y poético, es decir, tratando de conciliar lo que podría ser el desarrollo del concepto con la inmediatez de la imagen poética). Ahí rescato a Cioran, con sus varios libros de fragmentos, al Canetti novelista, al Canetti aforista (el de «La Provincia del Hombre»), y al propio Nietzsche, por supuesto. Finalmente, como me tocó después por cuestiones de trabajo, ubicarme más hacia la sociología, hay lecturas sociológicas que también me han marcado. Allí rescato a Touraine con su trabajo paradigmático en torno a la lógica de los actores sociales y de los movimientos sociales, y otros referentes un poco más «alternativos» que Touraine .

Y finalmente, dentro del tema de la cultura en América Latina, los que más me marcaron en su momento fueron Octavio Paz con «El Laberinto de la Soledad» y, en una línea parecida, Roger Bartra, otro mexicano que escribió un libro precioso que se llama «La Jaula de la Melancolía». Y más recientemente, García Canclini con sus reflexiones sobre la hibridación.

MANUEL ANTONIO GARRETON
Autor de **"Hacia una nueva era política", 1995**

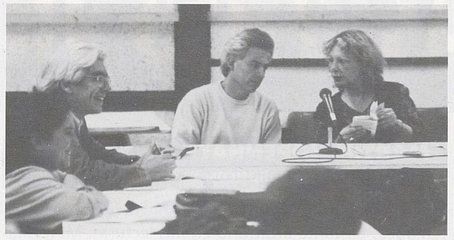
No soy lo que podríamos llamar un erudito, general ni especializado. Jamás he hecho un curso o escrito un artículo exponiendo sistemáticamente el pensamiento de algún autor o corriente de pensamiento o haciendo estados del arte que suponen dar a conocer el pensamiento de los autores de un determinado campo. Tengo una relación con libros y autores donde estos actúan como catalizadores o lubricantes de mi propio pensamiento, si no fuera pretencioso denominarlo así. Cada página o línea que leo me toma horas porque desata mis propias voladuras y debo regresar dificultuosamente a la lectura. Además cometo el pecado de lesa lectura que consiste en leer cualquier texto, sea informativo, filosófico, político, narrativo, etc., de la misma manera y no hago fichas sino que trato de aprehenderlos. Eso hace que una y otra vez vuelva a los mismos libros. Leo no para conocer autores ni para estar al día, sino para desatar mi imaginación y, en forma muy pragmática, para ayudarme a pensar.

En mi formación intelectual básica creo que influyen dos tipos de obras en mi sensibilidad y aproximación a la vida. Por un lado, toda la novelería de aventura que presenta al personaje en su doble perspectiva de portador de una tragedia o estigma personal y de defensor de valores universales cuyos enemigos o adversarios personales y sociales coinciden. Es la visión quizás de una sociología romántica en ciernes donde todo se organiza en torno al lazo o vínculo social y a sus traiciones. En este mismo orden de cosas, la tragedia griega y shakesperiana, la poesía (centralmente la primera de Neruda y de García Lorca), las obras de Camus («Calígula» y «Los Hombres Mueren y no son Felices»), Graham Greene (El revés de la trama o el fin de la aventura y El drama del suicidio y la conciencia atormentada), Saint Exupéry y el sentido de la vida y la relación humana («La Ciudadela»), son básicos en una visión desgarrada de la condición humana, del sujeto y de la relación social. Por otro lado, está la formación de una sensibilidad o vocación social o «humanista», que en mi caso no puede dejar de tener un origen católico o cristiano y donde son fundamentales los jirones de la obra nada intelectual de Michel Quoist o el Abbé Pierre o más intelectual de E. Mounier, K. Rahner. J.L. Segundo, Teilhard de Chardin (luego muy desacreditado) y, desde otras vertientes de Martin Buber, Erich Fromm y, más adelante, las del Marx humanista. Extraña mezcla todo esto que no puede entenderse sin lo ya dicho respecto de mi aproximación general a la lectura y autores.

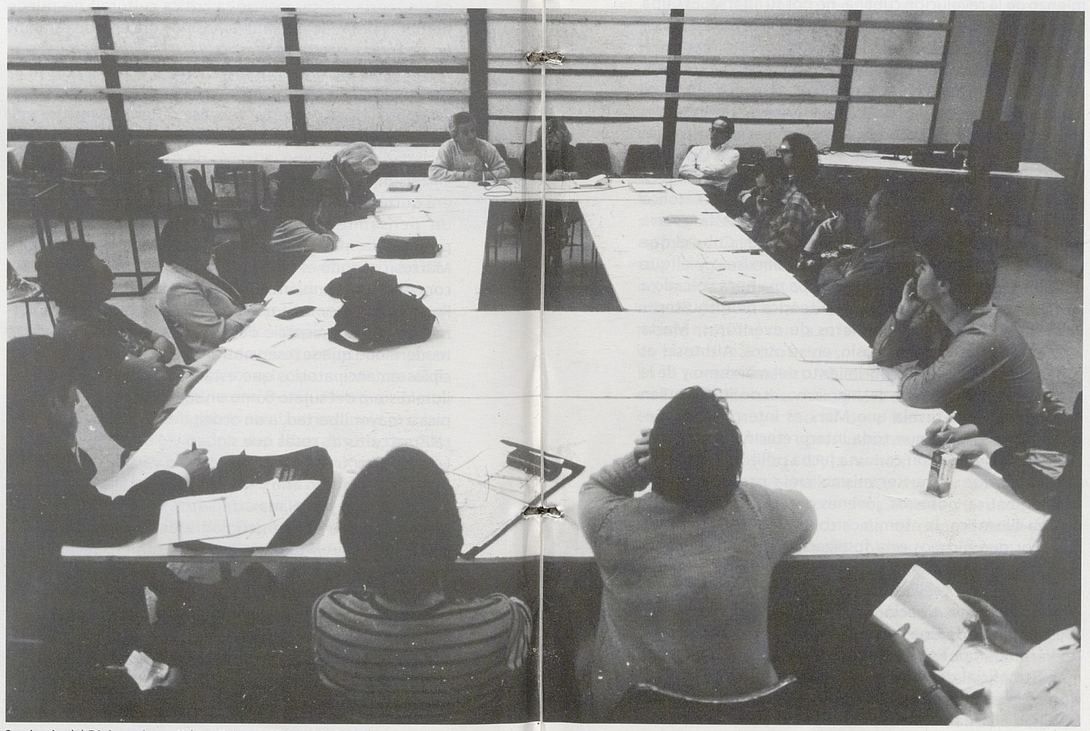
Mi formación profesional como sociólogo se basó en la literatura sociológica norteamericana de tipo estructural funcionalista con las obras predominantes de Parsons y Morton y su versión latinoamericana en Gino Germani, así como en las posturas críticas de K. Mannheim o de análisis histórico de Barrington Moore y en el pensamiento sobre América Latina de Medina Echavarría, DESAL y Veckemans en un momento y, sobre todo el cepaliano y las primeras perspectivas del enfoque de la dependencia.

Mi visión de la sociedad chilena se desarrolló a partir de Jorge Ahumada (En Vez de la Miseria y La Crisis Integral de Chile) y Aníbal Pinto (Chile: un Desarrollo Frustrado).

En el período de estudios de doctorado en Francia, son innegables la influencia marxista en economía política de autores como Mandel y sobre todo Goldmann, Althusser (Pour Marx) y del funcionalismo de izquierda marxista de autores como Poulantzas.



En mi vida intelectual y profesional adulta, he rechazado siempre a los autores gurus, por lo que no me identifico con ninguno y más bien los rechazo, y trato de desarrollar mi propia perspectiva, aunque sin duda ella tiene retazos de muchos. Diría que el único autor referencial es Alain Touraine, tanto en sus escritos teóricos y de análisis de la sociedad contemporánea, como en sus libros de reflexión sobre su propio trabajo, uno de cuyos títulos (Un Deseo de Historia) y una de cuyas frases («solitario y, a la vez, solidario») identifican mi propia pasión y búsqueda. Fuera de ello, leo básicamente a partir de los problemas y temas que estudio, los procesos políticos y los actores y sujetos sociales, sobre los cuales me esfuerzo de mostrar en escritos, cursos, asesorías, investigaciones y charlas, su significado menos visible o aparente. Es decir, combino todos los enfoques que me parecen útiles, habiendo por supuesto algunos trabajos y autores más significativos que otros, pero a los que considero colegas y no maestros. Sigue siendo importante en mi trabajo la lectura de novelas y teatro, y quizás más aun, la mirada proveniente del cine.



Seminario del Diplomado en Crítica Cultural, Universidad ARCIS.
Fotografías de Sergio Requena.

BERNARDO SUBERCASEAUX
Autor de **"Chile: ¿ un país moderno ?", 1996**

En cuanto a mi formación y perspectiva intelectual, yo diría que es más bien ecléctica y que no se inscribe en ninguna disciplina determinada. Creo que ello se explica en gran medida por circunstancias biográficas. Seguí de modo paralelo estudios de arqueología, en el Departamento de Historia, y de Licenciatura en Literatura, en el Departamento de Castellano, en lo que entonces era el Pedagógico o la Sede Oriente de la Universidad de Chile. La arqueología es una disciplina curiosa, tiene su origen en el romanticismo europeo pero participa de una epistemología férreamente positivista, en que el conocimiento se constituye a partir de un largo proceso de inducción, rumiando y afirmando el dato objetual para finalmente atreverse a formular alguna hipótesis o idea. Es una disciplina que trabaja con basura, con detritus, con el tiempo, con objetos, con objetos ritualizados con la C mayúscula de ciencia, pero sin el hombre.

Tuve algunas crisis de relación con esa disciplina que terminaron por alejarme de ella. Recuerdo que los estudiantes íbamos casi todos los inviernos a la zona de San Pedro de Atacama, a unas excavaciones en el lecho del Río Salado o arriba, en la meseta, donde trabajábamos con talleres líticos supuestamente precerámicos, vale decir carentes de objetos o residuos culturales vinculados a una etapa de regadío o agricultura. Lo que hacíamos los estudiantes en esos talleres (que podían ocupar un espacio correspondiente a una cancha de fútbol) era cuadricularlos, reticularlos con lienzas, medirlos y luego recoger en bolsas el material de superficie de cada cuadrado. En una oportunidad, por algunos lugareños, supimos que el taller lítico que estábamos trabajando había sido en el pasado un espacio en que se habían guardado burros, una suerte de corral de burros. Es decir todo lo que estaba en la superficie, los pedernales, las lascas, las puntas de flechas, estaba revuelto y pisoteado y, por lo tanto, no tenía ningún sentido hacer lo que estábamos haciendo: guardando cada metro cuadrado en bolsas científicamente numeradas para luego estudiarlo estadísticamente en el laboratorio. Se lo dijimos al investigador responsable, sin embargo el asunto ya estaba avanzado y el proceso siguió adelante. Ahí se me hizo claro que la arqueología tiene una epistemología artificialmente objetivista (no es casual que haya toda una historia de fraudes en la disciplina) y que lo único romántico era el paseo. El estudio del taller lítico iba a durar varios años como seis años, aunque había sido antes revuelto por burros. Todo eso me fue creando una cierta distancia con la arqueología, por otro lado, sin embargo, me marcó, en el sentido de resabios neopositivistas, en el gusto por refocilarse con el dato y con la empiria y con la narrativa del pasado.

En cuanto a la literatura yo me formé en un momento en que se estaba llevando a cabo un proceso de renovación de los estudios literarios y de la crítica en Chile. Frente a los procesos impresionistas y anecdóticos de la literatura tipo Alone o Latcham, había un posicionamiento muy fuerte del estructuralismo y del estudio inmanente de la literatura, situación de renovación en que nosotros como alumnos nos insertábamos, pero también nos insertábamos críticamente, porque se vivía el proceso de una Universidad en plena reforma, volcada hacia el cambio de la sociedad y, por lo tanto, el estructuralismo e inmanentismo debía ser -nos parecía- complementado o productivizado con una concepción sociohistórica de la literatura, una concepción que ampliara el corpus de lo literario hacia la cultura de masas y hacia la cultura popular. Fue también una etapa muy latinoamericanista, que se nutrió y contribuyó al boom de la novela y de la literatura del continente.

Después de recibirme estuve un año en Cuba en un programa de intercambio académico, fue el año de la zafra de los diez millones. Fue una época en que ir a Cuba era ir al santuario de la utopía, cuestión que tal vez uno nunca deba hacer si quiere mantener viva la utopía. Finalmente completé mi formación en la academia norteamericana, donde después del golpe cursé estudios de postgrado trabajando fundamentalmente en historiografía literaria y cultural en América Latina.

Cuando regresé a Chile me inserté en CENECA y en el circuito de las ciencias sociales que trabajaba el campo cultural. Estudiábamos e investigábamos los procesos culturales y comunicativos bajo la dictadura, desde una perspectiva de investigación-acción, que intentaba conocer y analizar, pero paralelamente reconstituir, el tejido social de los actores culturales. Intelectualmente creo que adquirí por osmosis con la mayoría de quienes trabajaban allí una formación sociológica, sobre todo en cuanto a un cierto tipo de racionalidad y de imaginación sociológica. Creo que el elemento de permanencia en todo este periplo ha sido el estudio de la cultura intentando descubrir el cordón umbilical entre la cultura en sentido antropológico y la cultura en sentido estético, considerando siempre a la cultura como un campo en disputa, en disputa en el sentido social, pero también entendiendo que en esta disputa se juega la conquista de la imaginación y de una mayor humanidad.



SONIA MONTECINO
Autora de **"Madres y Huachos", 1991**

Las lecturas que están detrás de «Madres y Huachos» pertenecen a dos grandes ámbitos: por un lado, el ámbito de los pensadores y escritores latinoamericanos y, por otro, un ámbito de antropólogos y antropólogas norteamericanas e inglesas. En la vertiente latinoamericana, sin duda la lectura de «El Laberinto de la Soledad» de Octavio Paz ha sido clave para mí. Después, el trabajo de Pedro Morandé en «Ritual y Palabra» y «Cultura y Modernización en América Latina», además de un seminario en el que estuve alrededor de un año trabajando con él. También un texto de Jorge Guzmán, «Diferencias Latinoamericanas», que fue una lectura muy importante, y la novela de José Donoso «El Obsceno Pájaro de la Noche».

Por el lado europeo y norteamericano hay una antropóloga, Henrrieta Moore, que escribió un texto que se llama «Antropología Feminista» que me marcó muchísimo, y luego otra antropóloga norteamericana, Sherry Ortner, que ha trabajado en lo que ella llama «la vertiente de la construcción simbólica del género», que me sirvió para encarar el tema de lo materno. Y, por último, otro autor que es un antropólogo, Horst Kurnitzky, que tiene un texto que se llama «La Estructura Libidinal del Dinero», donde cruza marxismo, psicoanálisis y estructuralismo, para construir una interpretación respecto al tema de la constitución familiar, de la represión de lo femenino vinculada a la acumulación del dinero, de los cultos a las diosas madres y de las ofrendas, como una primera forma de intercambio, que estaría ocultando vicariamente el sacrificio de lo femenino.

Ahora, el texto «Madres y Huachos» es un texto constituido en base a una serie de artículos que fueron saliendo de distintas reflexiones y a través de distintas investigaciones. Otra fuente que quizás es más importante que la fuente bibliográfica, es la fuente de las prácticas de terreno. Tiene que ver un poco con mi trayectoria de campo. Yo comencé trabajando el tema de la identidad femenina en el mundo mapuche, luego en el mundo mestizo de Quinchamalí, que es un mundo campesino, y en tercer lugar con las mujeres del mundo popular urbano. Digo que las lecturas de estas realidades son las que más me influyeron porque cuando comencé trabajando en el mundo mapuche, no se me aparecía todavía el tema de lo mestizo, precisamente por estar trabajando con la clásica mirada de la antropología, sobre un otro tan distinto a lo que somos nosotros.

TOMAS MOULIAN
Autor de **"Chile actual, Anatomía de un Mito", 1997**

Esta pregunta me llama la atención, porque supone una pauta uniforme de determinación: debemos ser, en la medida que escribimos, influidos en forma decisiva por autores o lecturas. Yo diría que en mí siempre hubo una mediación. Yo soy un intelectual -si es que merezco la denominación- marcado por lo que Althusser llamó tan bellamente «la terrible educación de los hechos». He sido primero que nada marcado por la política o por los redentores de la historia, de la historicidad. En un tono más íntimo debería confesar que no sólo he sido marcado y conducido por la política y la historia, también por relaciones afectivas que han marcado mi vida, es decir, ha sido la experiencia histórica o subjetiva la que ha sido decisiva en mis opciones intelectuales. Ellas me han conducido a los libros.

Yo soy de la generación marcada por Cuba, por el comienzo de la revolución cubana, no por su agonía. Es Cuba la primera incitación a apartarme de la enseñanza sociológica recibida de la Universidad Católica, totalmente influida por Parson y el estructural-funcionalismo. Cuba, esa renovada esperanza en un socialismo de rostro humano, aparecía poco después de las revelaciones terribles del XX Congreso del PCUS. Cuba, es el primer desafío a mi ambiguedad, a mi tensión de estudiante de la Universidad Católica, proveniente de un hogar donde la figura de mi padre -fugitivo de la España franquista, católico convertido en ateo por los padecimientos de la guerra civil española- era decisiva. Es el estímulo de Cuba el que primero me hace interesarme por el marxismo y el que explica que en mis estudios en Europa me haya volcado a leer a Marx y a Lenin bajo la guía teórica de Althusser.

Para mí y para mis compañeros de aventuras, Marta Harnecker y Rodrigo Ambrosio, entre otros, Althusser es simultáneamente el descubrimiento del marxismo y de la verdadera interpretación del marxismo, es decir, es alguien que primero nos revela que Marx es interpretable. Segundo, nos enseña que toda interpretación de Marx es política, tiene relación con una lucha política. Esta interpretación, que Althusser mismo creía profundamente antidogmática, nosotros, jóvenes conversos, carentes de cultura filosófica, la asumimos como una nueva ortodoxia. ¿Por qué hicimos esta fosilización de Althusser? Las razones son de nuevo políticas. En gran medida lo hicimos porque necesitábamos, puesto que nos habíamos embarcado en la creación de una nueva izquierda que fue el MAPU, de una interpretación del marxismo que pudiéramos oponer al marxismo soviético, la filosofía marxista oficial del PC Chileno, impenetrable a la tentación de nuevas búsquedas filosóficas. Esta generación del MAPU, de la cual formo parte, vivió frente al PC una relación de atracción y repulsión. Atracción por la línea política carente de retórica, empapada de realismo histórico, de experiencia en la lucha concreta de masas, pero repulsión por la debilidad teórica, por el determinismo economicista, en los cuales había fundamentado su teoría de la revolución por etapas, carente de toda huella de sobredeterminación que a nosotros lectores fanáticos de Althusser nos parecía el panacea teórico.

A mí personalmente, este combate político con el marxismo soviético me transformó en un lector crítico de Lenin; lectura que, por primera vez, me pone en oposición con Althusser. Mi lectura está guiada por la intención de ver en Lenin no un filósofo, como lo ve Althusser, ni tampoco un teórico sino un analista de la coyuntura política. Sin conocer aún a Gramsci, hago una lectura de Lenin inspirada en Maquiavelo, a quien había leído con fervor en los años juveniles. Esas lecturas y esas escrituras pertenecen a la lucha política del período de la Unidad Popular, alineado firmemente con los proyectos izquierdistas. A favor del realismo político, mis artículos buscaban mostrar que no había que buscar en Lenin la definición de las metas de nuestra acción, sino un método de análisis de coyuntura. Buscar en él ayuda para definir las metas, nos llevaba a forzar la toma del poder. Buscar en Lenin un analista de las coyunturas, nos conducía a un análisis complejo de la correlación de fuerzas, algún análisis verdaderamente «sobredeterminado», por cuanto no debía ser un análisis de actores y prácticas: un análisis accional de la política, lo que fue sin duda otra marca histórica decisiva. Esta etapa fue vivida por mí como militante o como un intelectual del partido, que subordinaba su pensamiento a la lógica institucional. El golpe lo recibo en ese terreno, con la sensación de no haber pensado con autonomía. El golpe y la larga dictadura que vivo permanentemente en Chile, son la otra marca histórica que ha dejado huellas más profundas.

En el terreno intelectual, aprovechando la preservación en FLACSO de un espacio y la creación de una suerte de comunidad, cuya fuerza dura hasta mediados de los ochenta, me vuelco obsesivamente a tres tareas: la comprensión crítica de la UP, la revisión histórica de la democracia chilena y el análisis crítico del marxismo soviético (como marxismo en uso de los partidos chilenos). Se trata, es casi necesario decirlo, de reflexiones desde la derrota, marcadas por el sello doloroso del fracaso y de sus consecuencias trágicas. La lectura de la UP es una lectura hecha desde la horrible realidad de la dictadura que había engendrado sin desearlo, como ironía, como burla de la historia. Mis estudios sobre la UP y sobre la democracia chilena entre 1932 y 1973, me permiten ir construyendo, junto a mi mirada de sociólogo, una mirada de historiador, pero en ese terreno soy un historiador empírico que hasta ahora no se había interesado en las nuevas teorías de la práctica de la historia. El análisis crítico del marxismo soviético me acerca, en primer lugar al marxismo italiano, esto es a Gramsci, y luego al Euro-comunismo. Estos acercamientos y los escritos que de ellos se derivan forman parte también de una lucha política. Para mí se trataba de inscribirse dentro de la corriente de reformulación de la teoría política marxista que había comenzado el marxismo italiano –la tarea era la demolición del concepto de «dictadura del proletariado». La idea central es que las formas históricas de instalación de la dictadura del proletariado en la URSS, ahogaron la posibilidad libertaria del socialismo y contenían en sí el fracaso futuro.

Los textos que escribo desde 1976 y que aparecen en 1983 publicados en el libro «Socialismo y Democracia en Chile», me convierten en un teórico de la renovación socialista. Esto ocurre paradójicamente en un tiempo bastante cercano al momento en que ya dejaba de serlo. De nuevo en la máquina de la historia en acción, la ruptura del Partido Socialista en 1979 y la creación en su interior de una corriente que se va definiendo como socialdemócrata, producen en mí una tensión, una nueva ambiguedad, que demoré años en resolver.

La imposición de la lógica transformista, me separa de la Concertación y me lleva a militar en la Intransigencia Democrática. Mi ruptura definitiva se produce el 11 de septiembre de 1981, cuando los ataques brutales de la fuerza policial contra manifestantes, me muestran la terrible lógica del blanqueo de Chile. Esto coincide con la llegada al ARCIS, que ha sido el lugar donde he podido re-mirar mi trayectoria intelectual desde una posición un tanto descentrada. En un ambiente en cierta manera dominado por las teorías post-estructuralistas, o lo que en un lenguaje más impreciso se conoce como postmodernismo, he podido descubrir paradójicamente mi condición de marxista y realizar un diálogo con el post-marxismo, al que me acerco en discusiones con profesores y, especialmente, con estudiantes. Este reconocimiento de mi atávica condición de marxista, representa en parte una resistencia; mi resistencia es al síndrome «Muro de Berlín», a ese síndrome del desaliento. ¿Acaso las transformaciones en curso del capitalismo ponen en duda la actualidad de la revolución? Esa es la pregunta de mi resistencia. Lo que está puesto en duda es que la revolución socialista haya tenido lugar y también que ella esté a la orden del día, que ella pueda ser inmediata, pero no está puesta en duda su actualidad, esto es, su carácter necesario para la emancipación.

Debo agregar que el marxismo al cual me siento ligado es un proyecto teórico más que una teoría, o más bien es una teoría que debe abandonar su forma anterior, la forma de una metafísica evolucionista, como diré citando a Vattimo.

EL CASTELLANO: LA NUEVA DISCIPLINA Y EL TEXTO NACIONAL EN EL FIN DE SIGLO CHILENO

Juan Poblete
University of California/Santa Cruz.

En el fin de siglo XIX chileno una serie de cambios en la legitimidad y formas de producción del capital cultural fundado en la literatura hacen crisis. Por un lado, el Latín que como disciplina escolar había tenido hasta entonces un lugar central en el curriculum, pierde su puesto en el medio de una serie de ataques que cuestionan su idoneidad para cumplir tal función en un país que se autopercibe históricamente como embarcado en un proceso de modernización. Por otro lado, el Castellano se yergue como uno de los centros posibles de una verdadera educación nacional. Es a través de prácticas sociales específicas como, en este caso, las escolares, que algunas de aquellas grandes transformaciones culturales (llamense "criollismo", "sociedad nacional moderna", "configuración cultural de masas", etc.) se materializan en la historia, usando la lengua para la (re)producción de la subjetividad nacional.

En la discusión actual sobre el futuro de los estudios literarios es muy fácil percibir por lo menos dos problemas comunes. Por un lado, sobrevalorar su importancia como lo único que nos queda de un Humanismo en cuyo código podría escribirse la respuesta a algunas de las encrucijadas más importantes del nuevo siglo. Por otro, subestimar su alcance real en el medio de una cultura cuyas formas de *literacy* y de reproducción social parecerían estar pasando por otros conductos.[1] Este trabajo es una lectura del fin de siglo XIX chileno que quiere ser un elemento que contribuya a la reflexión sobre el lugar posible de la literatura y de la educación basada en ella, en este otro fin de siglo.

DISCURSO PEDAGOGICO Y MODERNIZACION

Intento investigar un proceso de cambio cultural por medio del análisis de una práctica social concreta. Se trata de la enseñanza y del aprendizaje de la lengua y la literatura castellanas en el seno del sistema escolar chileno hacia fines del siglo XIX. En esa época, sostengo, una serie de cambios en la legitimidad y formas de producción del capital cultural fundado en la literatura, hacen crisis. Esta crisis se manifiesta en forma doble. Por un lado, el Latín que como disciplina escolar había tenido hasta entonces un lugar central en el curriculum escolar (especialmente secundario), pierde su puesto en el medio de una serie de ataques que cuestionan su idoneidad para cumplir tal función en un país que se autopercibe históricamente como embarcado en un proceso de modernización. Por otro lado, el Castellano como disciplina emergente se yergue como uno de los dos centros posibles de una verdadera educación nacional. Junto a la Instrucción Cívica, el Castellano aparecerá como un espacio apropiado para recoger y realizar las demandas mixtas y a menudo contradictorias del desarrollo democrático y modernizador del país.

Intento, pues, analizar el espacio pedagógico como un espacio para la (re)producción de las subjetividades nacionales. El tema general que atraviesa mi investigación es el de la literatura y su participación en las formas de ciudadanía.

En lo esencial podría decirse que mi método y enfoque han consistido en demostrar dos cosas. De una parte, como lo que suele considerarse el espacio más puramente literario, el texto, allí donde con más evidencia la literatura parece oponerse al con-texto social en el cual pareciera simplemente ocurrir, no es sino el resultado socialmente construido de una semiosis posible. De otra, que esta operación es posible por el grado de formalización e institucionalización alcanzado por la práctica educacional y en particular, por la práctica pedagógica del llamado Castellano, o sea, de la clase de lengua y literatura. En ella se produce, hacia el fin de siglo, el encuentro de dos modos de producción de subjetividades basados en una relación específica con la lengua y la literatura. Para decirlo rápido, estos modos de producción de subjetividades son los del humanismo clásico y del protonacionalismo estatal moderno y se basan en el Latín y el Castellano, respectivamente.

La lucha por la im-pertinencia del Latín pone de manifiesto, entonces, el fundamento político de un espacio y una institución cultural hoy en día, o al menos hasta hace no mucho tiempo, 'reconocida' en toda su profesional asepsia: el Castellano. Afirmaré pues que los ataques al Latín no pueden ni deben ser



La enseñanza del vocabulario, instalación de **Alicia Villarreal.** Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago de Chile, 1997.
(La cita proyectada en el muro ha sido objeto de una readecuación fotográfica en esta reproducción impresa)

separados de las luchas políticas por secularizar la sociedad chilena y por afirmar el poder del estado por sobre el de la institución eclesiástica. Del mismo modo, cabe sostener que la defensa del Latín fue, por lo menos, tanto un asunto político como pedagógico y educativo. Recíprocamente se podría afirmar que las luchas por la definición de la cultura literaria y de su in-deseabilibilidad en el currículum escolar del siglo XXI, son también parte de una batalla que es mejor reconocer como directamente política en su discusión. En este sentido es que habría una conexión fuerte y no simplemente metafórica entre el desarrollo del Estado chileno y el Castellano como materia escolar. El Castellano sería, en última instancia, una muestra palpable del triunfo de la razón de Estado, de la independencia de una racionalidad política que habla su propio lenguaje por sobre el de cualquier otra institución preexistente. Aquí residiría un uso político de la literatura que no tiene nada que ver, directamente al menos, con su nivel ideológico o representacional. Por supuesto esto no quiere decir que el Castellano no fuera a tener en este último nivel un impacto ideológico posterior. Ello requirió sin embargo, la efectiva nacionalización del canon escolar que no se produjo sino hasta después del período estudiado. Dicho de otra manera: el triunfo y la implantación del Castellano como metadisciplina que agrupa los restos útiles de varias otras consideradas ahora residuales, no hace sino manifestar performativamente, en sí mismo y con independencia de los contenidos literarios del currículum, el triunfo del Estado, de su racionalidad y de la lengua estandarizada en que dicha racionalidad decide expresarse. Este paralelismo entre el Castellano y la secularización del Estado chileno permite entender el marco más general en que la política local chilena se insertaba en el contexto de la modernización global.

En efecto, si en un momento la pelea pareció darse entre los filólogos profesionales y los humanistas diletantes y aristocráticos, fue porque en rigor formaba parte de un proceso más general de modernización económica incipiente, con sus consiguientes corolarios de desarrollo de las fuerzas productivas, especialización de la labor intelectual y complejización de las funciones burocráticas. Este espacio protomoderno, en el que empiezan a apuntar una clase media y proletaria mejor definidas, exhibe en efecto, un grado infinitamente más complejo que el que habían tenido las "ciudades patricias", para usar la expresión de José Luis Romero.[2] Esta mayor diferenciación hizo evidente el comienzo del quiebre de lo que antes pasaba por consenso político y cultural nacional en la clase dirigente.

Estamos aquí en la intersección de tres niveles del análisis: el del discurso pedagógico, el de la modernización y el desarrollo económico; y, finalmente, el político coyuntural.

Como sólo voy a ocuparme en detalle de uno de estos tres niveles, el pedagógico, convendría dejar entonces muy bien establecido que las llamadas cuestiones eclesiásticas, o sea las que enfrentaban al clero y al Estado en Chile en el último cuarto del siglo XIX, y de las cuales el Latín fue por largo tiempo parte, estaban directamente sobredeterminadas por los actores políticos que a propósito de ellas se enfrentaban. Sergio Villalobos ha propuesto así que las cuestiones teológicas fueron un instrumento de la política liberal chilena que, carente del lema de las libertades (ahora eran gobierno), necesitaba algún punto doctrinario que sirviera como unificador de las diferentes facciones. En efecto, tanto los liberales doctrinarios como los radicales que se les habían unido al término de la fusión liberal-conservadora, encontraron un objetivo común en su oposición a los sectores conservadores, hegemonizados ahora por los católicos más militantes, en la serie de cuestiones teológicas que la historia chilena suele reducir a la cuestión de la sucesión del Arzobispo.

Esta sobredeterminación de lo disciplinario (el Latín, la Literatura, el Castellano) por la política no es, claro, sorpresa alguna. Valentín Letelier expresa muy bien este reconocimiento cuando señala en La Lucha por la Cultura: "Por eso en todos los tiempos se han hecho reiterados esfuerzos para fundar el Gobierno de los pueblos en algún sistema de educación, propio a crear la indispensable converjencia de voluntades.»[3]

Aunque hacia finales del siglo XIX la función política de la educación no era nueva, sí lo era la ambición de llevar su organización y contenidos al plano de lo científico, el impulso de estudiarla como se estudian los recursos naturales para su mejor explotación. Lo novedoso en Chile era, entonces, el deseo sistemático de reordenar científicamente la educación nacional. La tarea no fue antaño ni es hoy fácil como lo sugieren muy bien el título del libro de Letelier y el Informe sobre la Modernización de la Educación Chilena en este otro fin de siglo.[4]

La crisis de las Humanidades en el fin del siglo XIX chileno tiene pues directa relación con aquellos procesos y, en el estudio de la micropráctica al nivel educativo podemos apreciar uno de los espacios en que se hacen posibles. Para muchos como Eduardo Solar Correa aquella crisis marcó «la muerte del Humanismo en Chile», que es el título de su libro de 1934. Para mí, es el inicio de un humanismo de nuevo cuño, ahora estatal y nacionalizado.

EL LATIN

Las justificaciones del Latín habían escondido siempre una doble naturaleza algo contradictoria: había que aprender latín porque era imprescindible, pero casi nadie lo manejaba realmente.[5] Podríamos preguntarnos entonces ¿Qué se buscaba con su estudio?

La respuesta más frecuente tendió a desplazarse hacia dos terrenos: en primer lugar, lo que podríamos llamar el razonamiento etimológico y, en segundo, la gimnasia mental que supuestamente proporcionaba su estudio y su práctica. Dada la centralidad del Latín, ambos argumentos contribuyeron a la proposición de un cierto tipo de modelo más amplio de reproducción cultural.

El razonamiento etimológico en su versión clásica suponía que detrás de muchas de las formas discursivas (lexicales, sintácticas y semánticas) del presente debía hallarse y de hecho se hallaba, una conexión con alguna expresión en lengua clásica, y, en especial, en latín. A diferencia del modelo filológico que Rudolf Lenz consolidaría luego en Chile, esta etimología funcionaba más como una deducción que como una inducción. No era tanto el resultado de una observación lingüística como la derivación autorizada de un modelo. Este modelo funcionaba tanto al nivel del contenido como al de la forma de la expresión. El modelo autorizado del Latín legitimaba su extendido uso paradigmático para la explicación de lo presente.[6] La derivación etimológica, el hecho de que siempre y de alguna manera se pudiera relacionar todo fenómeno contemporáneo con un pasaje clásico, no hacía sino reforzar la autoridad del modelo desde el cual fluía toda autoridad, cerrando un círculo de autorizaciones sucesivas, todas procedentes del mismo espacio clásico, es decir, tradicional. El Latín como gimnasia mental, en segundo lugar, era la superficie en que el cerebro del alumno podía ejercitarse en el uso de una razón universal sin determinaciones temporales o geográficas.

Parte de la pelea en torno al Latín fue, pues, la determinación de cuáles eran, en el contexto de un país nuevo, los medios de producción cultural, además de por qué, para qué y para quiénes eran importantes. Lo que aquí debe entenderse, entonces, son los efectos que el desplazamiento del Latín tuvo en esa estructura cultural. Para ello hay que sopesar debidamente su efectiva centralidad en la cultura tradicional, lugar éste que se relaciona también directamente con el de la Iglesia en la textura de la vida política y cotidiana de la élite y por añadidura, del resto de la población. En el contexto político y epocal chileno de la secularización y de la modernización, el Latín tenía en su contra el hecho de que

era una lengua cuyo dominio y reproducción dependían muy directamente de sus más asiduos y extendidos cultores: los sacerdotes. La preservación del Latín y, sobre todo, de su hegemonía formal en el sistema escolar nacional significaba a la vez y por extensión, la persistencia del rol social mediador que los sacerdotes habían tenido hasta entonces.

Por el Latín pasaban aunque de modo indirecto, todavía en el siglo XIX chileno, buena parte de las posibilidades de acumulación de un capital cultural con efectos simbólicos reconocidos y legitimantes. De este modo y en ese grado, los religiosos seguían siendo la puerta de acceso y los árbitros de muchos de los sentidos socialmente producidos y circulantes. Esta capacidad de cementar, aglutinar y asegurar una estructuración social había sido un argumento repetidas veces utilizado para defender el lugar de la religión en el currículum escolar y en la vida nacional en general. Mientras hubiere religión, se decía, habría paz para el país y tranquilidad para los ciudadanos (decentes.) Pero, sorpresivamente para la lógica conservadora, el argumento podía ser extendido. Mientras la semiosis social estuviere controlada por el estrato eclesiástico, podría sostenerse y de hecho se sostuvo, que el proceso de separación del Estado y de la Iglesia en que los sectores liberales chilenos pusieron tantos esfuerzos, estaría siempre destinado a un éxito limitado y parcial. Esta convicción se manifestó progresivamente en sucesivos y cada vez más poderosos ataques a la centralidad del Latín en el currículum escolar chileno (para no decir nada del lugar de la Iglesia en la vida nacional.)[7] Al desaparecer el centro de las Humanidades clásicas, se dijo como reacción, todo parecía quedar en el aire, carente del sustento y la base histórica que había permitido su reproducción secular. Pero al mismo tiempo, desde el punto de vista opuesto, ello significaba que todo parecía discutible, defendible y apropiable. Los efectos de este proceso,se harían notar no sólo en el macronivel social sino que invadirían los microespacios de la vida individual. Nuevas formas de pensar, discutir y argumentar irían poco a poco ganando un espacio. No sólo se trataba de la caída del Latín sino también de sus efectos formalizadores y metodológicos menos visibles pero no menos efectivos en el proceso general de reproducción cultural en Chile.[8]

EL CASTELLANO: DE LOS MODELOS UNIVERSALES A LA EXPRESION SUBJETIVA NACIONAL

El 29 de abril de 1889 fue decretada en Santiago la existencia del Instituto Pedagógico destinado a la formación de los profesores de enseñanza secundaria. Su creación era parte de la llamada "reforma alemana" de la educación chilena. Surgió allí un ramo nuevo: el castellano. Su profesor clave sería Rudolf Lenz.[9]

Este docente alemán contratado originalmente como profesor de francés, acabó siendo una de las figuras esenciales del resurgimiento de lo nacional y del nacionalismo cultural chileno a través de sus propuestas de reforma del Castellano y de creación e institucionalización de los estudios folklóricos en Chile.

La base de todos los cambios era para Lenz el paso de lo deductivo, normativo y reglado a lo inductivo y empírico. En líneas generales Lenz siguió este programa que enfatizaba la práctica por sobre la memorización de reglas. Sin embargo, sus recomendaciones reflejan, en las tensiones que las atraviesan, la herencia de la época y del medio en que la formuló:

"...para enseñar la lengua literaria a los niños que hablan como lengua materna un lenguaje más o menos diferente, el único sistema es el de la continuada práctica, el constante ejercicio en la lectura de buenos modelos i su imitación en narraciones i descripciones referentes a temas que sean familiares a los niños i que sólo poco a poco aumenten el caudal de la lengua a la vez que esfera de las ideas i del conocimiento" (458)

Ni la distinción entre el aprendizaje natural de la lengua natal y el estudio escolar de la lengua literaria, ni el énfasis en la práctica como medio esencial de aprendizaje, logran esconder la tensión que, al menos en este párrafo se manifiesta entre "la imitación de los buenos modelos" y "los temas que sean familiares a los niños", es decir, entre la copia normada por parte de un sujeto supuestamente universal (el alumno de las Humanidades clásicas) y la expresión individual de la subjetividad localizada (el alumno de las nuevas Humanidades.)

En efecto, Lenz llegaría a percibir sólo unos pocos años más tarde esta contradicción y a rectificar sus consejos metodológicos para la enseñanza del castellano escrito.

Lenz se movió siempre entre dos tipos de razones: la científica (filológica) y la política (nacionalista). A la primera se refiere cuando, tratando de explicar sus estudios de 1891 y 1892 sobre el habla popular de Chile, decía:

"Como noté luego que la gente culta, sobre todo los profesores de castellano, no tenían ningún interés por el estudio de la 'jerigonza corrompida de la plebe', que simplemente despreciaban porque no comprendían que el estudio de los dialectos vulgares da los materiales más interesantes para comprender la evolución histórica del lenguaje humano, me resolví a publicar mis estudios fonéticos del dialecto chileno en revistas científicas alemanas."

Este es el espacio de la neutralidad científica. Sin contradecir esta lógica, el otro espacio, el de la razón nacionalista, se nutría tanto del componente nacionalista de la filología alemana como de lo que parecen haber sido las ideas políticas de Lenz y de su formación escolar germana marcadamente nacionalizante.

Ambas razones parecen coincidir en sus "Ensayos filolójicos americanos" publicados en los Anales de la Universidad de Chile en 1894, donde dice que, por oposición a lo que ocurría en Argentina:

"..en Chile parece faltar por completo entre la jente ilustrada ese amor i cariño al pueblo bajo, el cual, sin embargo, como hemos dicho en otra parte, es la base eterna de la fuerza nacional. (...) Esperando que algún día se despierte el interés general de la jente ilustrada por el pueblo bajo, por su manera de hablar i de pensar, por su literatura i sus costumbres, apuntaremos en las pájinas que siguen algunas indicaciones que pueden servir de guía a los que quieran dedicarse a este jénero de estudios"[10]

Por esta vía Lenz encontró el camino que le permitió, a la larga, escaparse del paradigma tradicional de los modelos. En una serie de estudios que comienzan con sus "Chilenische Studien" publicados en Alemania en 1891-1892, pasando por sus textos sobre "Nacionalidad y lenguaje" (1893), "Volkpoesie von Santiago" (1895), "Estudios araucanos" (desde 1895) hasta llegar a su "Programa de la Sociedad de Folklore" (1905 y 1909), Lenz aplicó sus considerables conocimientos filológicos a la tarea de recolectar, describir, estudiar, analizar y publicar tanto la poesía popular urbana de Santiago como las formas de la literatura oral mapuche. Aunque hay algunos antecedentes.[11-12] En cada uno de estos trabajos Lenz aplicó nociones hasta entonces abrumadoramente reservadas a los estudios clásicos y legítimos, al ámbito mucho menos reconocido de la cultura popular chilena, tanto indígena como urbana. Gramática y literatura dejaban así de ser palabras reservadas para el estudio del Latín y del castellano normativo de España. Aunque éste es un corpus que ya estoy estudiando, he preferido aquí concentrarme en el análisis de algunos de sus textos metodológicos. Lo he hecho en la convicción de que a lo largo de 40 años de labor pedagógica, Lenz puede haber tenido un impacto más dificilmente rastreable, pero tal vez tan decisivo y duradero en lo que a partir de 1925 podríamos llamar nacionalización propiamente dicha del canon literario escolar chileno. Esto implicó elaborar no sólo un nuevo concepto de gramática y de su estudio, sino una redefinición de lo literario y, también, una reformulación del espacio de la escritura y de la lectura escolar.

La redefinición de lo literario suponía establecer y reconocer una nueva jerarquía cultural:

El 29 de abril de 1889 fue decretada en Santiago la existencia del Instituto Pedagógico destinado a la formación de los profesores de enseñanza secundaria. Su creación era parte de la llamada "reforma alemana" de la educación chilena. Surgió allí un ramo nuevo: el castellano. Su profesor clave sería Rudolf Lenz. Este docente alemán contratado originalmente como profesor de francés, acabó siendo una de las figuras esenciales del resurgimiento de lo nacional y del nacionalismo cultural chileno a través de sus propuestas de reforma del Castellano y de creación e institucionalización de los estudios folklóricos en Chile.

"El espíritu nacional se manifiesta mil veces más por aquella literatura que sólo se transmite de boca en boca. (...) El mismo lenguaje dialéctico del bajo pueblo espresa mucho más fielmente la vida intelectual de la actualidad i de los siglos pasados de lo que lo hace el lenguaje artificial literario. (...) Los 'escritores' chilenos que siempre buscan, aunque sea con la ayuda del Diccionario de la Academia Española, la espresión más 'castiza' para sus ideas, olvidan completamente que con esto sustraen a sus producciones literarias uno de los encantos más bellos, el de ser 'nacionales'"

La defensa del Latín fue, por lo menos, tanto un asunto político como pedagógico y educativo. Habría una conexión fuerte y no simplemente metafórica entre el desarrollo del Estado chileno y el Castellano como materia escolar. El Castellano sería, en última instancia, una muestra palpable del triunfo de la razón de Estado, de la independencia de una racionalidad política que habla su propio lenguaje por sobre el de cualquier otra institución preexistente.

EL CUADERNO Y SUS METAFORAS

Veamos ahora por fin en qué consisten aquellos micro-cambios educativos que completan la labor de Lenz, mediante el análisis del trabajo que publicó en 1924: La Composición escolar en lengua patria.

Lenz se pregunta por qué después de seis años de instrucción primaria y aún después de otros varios de educación secundaria, los alumnos son incapaces de escribir una buena carta o de resumir un libro. Su diagnóstico es:

"El niño [en el sistema escolar] no escribe por impulso propio, sino para cumplir con la orden del profesor; no trata asuntos que lo interesan y, generalmente, no conoce siquiera bien el asunto sobre el cual debe escribir. La composición con tema obligatorio para toda la clase es por esto casi siempre un fracaso"[13]

La solución suponía reeestruturar el balance entre la autoridad (de los modelos, de la gente culta y del profesor) y la expresión de los alumnos. Para hacerlo no le parecía suficiente a Lenz recurrir a una innovación como la "composición con tema libre" en tanto ésta todavía parecía ser un ejercicio abiertamente impuesto al estudiante[14]:

"Sin necesidad interior no habla sino el tonto, el charlatán y ... el niño que recita su lección. (...) Pero aún el 'tema libre' sólo excepcionalmente da buen resultado, [ello ocurre] cuando en vez de ser libre está 'amarrado' a la vida del niño. " (p.7)

El problema era, entonces, cómo "amarrar" el tema al niño o, para decirlo de otra forma, cómo "amarrar" el niño al tema. El problema pedagógico tenía así dos caras: la psicológica y la disciplinaria. Se trataba de generar en el niño, dentro del niño, en su propia subjetividad, la necesidad de escribir y aprender. Para ello Lenz propone:

"eduquemos a los niños a escribir sobre la vida real que los conmueve, a que ellos mismos vean lo que les interesa, que observen los detalles y nos presenten los resultados de su investigación como ellos mismos los sienten en su alma. Este es el camino que nos muestran los grandes escritores." (p.13)

Como puede percibirse, Lenz ha dado vuelta el argumento tradicional de que la manera correcta de aprender a escribir correctamente era la imitación literal de los grandes escritores. Lenz sugiere que esa es sólo la más superficial y la menos productiva de las interpretaciones del respeto a los grandes modelos. Lo que realmente había que aprender de ellos, era el entusiamo por expresar el mundo y al hacerlo, expresarse a sí mismos. Imitar literalmente a los modelos y a las autoridades sólo producía charlatanes, palabras huecas, en suma, retórica:

"Hasta ahora el profesor soplaba al alumno no sólo el tema y, a menudo, la disposición, sino que le mostraba modelos y más modelos. Instigaba al niño a la imitación de los grandes maestros del estilo, pero jamás les mostró el camino que ha debido recorrer todo escritor y poeta antes de llegar a ser un gran maestro" (p.19)

En otras palabras, la configuración de la formación humanista tradicional, es decir, basada en la literatura clásica, educaba al alumno a reconocer a los modelos como tales, o sea como autoridades, y, en el mejor de los casos, el de las clases privilegiadas, les permitía apropiarse de la cita como arma útil en el manejo del capital simbólico. Objetivaba así la cultura, pero no brindaba el acceso a los medios de su producción. Lenz, en cambio, quiere entrar de lleno en el espacio escolar moderno. Aquel donde los aportes de una serie de ciencias -entre las cuales cabe mencionar la pedagogía, la psicología, y la administración escolar- configuran una superficie en la cual el alumno obedece, imita, aprende porque quiere, porque ha internalizado el objetivo disciplinario de la formación escolar[15].

De la imitación sumisa y la deducción hemos pasado al campo de la inducción y la expresión. Es el espacio de la experiencia escolar moderna. Pero ésta requiere para ser efectiva de una serie de condiciones que permitan la verdadera normalización, la educación cabal de los educandos. Necesita superficies de expresión controlada. Ian Hunter ha propuesto que en la historia educacional británica, esta función la cumplen las estrictas regulaciones concernientes a la luz, dimensiones, mobiliario de la sala de clases y, sobre todo, del espacio del patio escolar.

En su Proyecto de programa de Castellano de 1919 Lenz dedica una sección completa de su informe al "Material de enseñanza" En ella se preocupa de enfatizar no sólo la importancia de que todos los alumnos tengan el mismo tipo de cuadernos y los mismos libros de texto, sino que también propone los medios burocráticos y administrativos para asegurar su distribución y compra a un precio uniforme.

¿En qué radica esa importancia? Lenz dice que el ejercicio en la pizarra, que era una de las prácticas escolares a la sazón predominantes, tiene el inconveniente de que es lento. Pero sobre todo, agregaría yo, correspondía a una forma de disciplina y control ya superada. La verdadera importancia del cuaderno de composición uniforme y obligatorio es que:

"...el cuaderno en limpio tiene un propósito pedagójico general, a saber, de acostumbrar a los educandos a manejar papeles con limpieza i orden, i de conservarles hasta el sesto año la escritura caligráfica. Este último propósito se malogra por completo si se les permite usar como cuadernos unos papeluchos desaseados, apenas cosidos, sin tapa resistente"[16]

El cuaderno funciona aquí como una superficie externa en donde la subjetividad personal puede "manifestarse" de maneras diversas. Es por un lado, el espacio en que el yo del alumno se escribe a sí mismo. Por otro, deviene una suerte de re-presentación material de esa interioridad. En tanto tal, el cuaderno de composición tiene la inapreciable ventaja de ser al mismo tiempo el lugar de la expresión libre de aquella subjetividad y el espacio en que ésta se hace controlable, estudiable y disciplinable. Lo mismo ocurriría luego, al menos en parte, con la nacionalización parcial del currículum literario. El texto literario "chileno" funcionaría allí, del mismo modo que el cuaderno escolar en Lenz.[17] Como un beneficio añadido, aquellos "cuadernos en limpio" garantizaban que el profesor cumpliera con su función en el mecanismo disciplinario:

"Manejar cuadernos limpios i bien ordenados no sólo exije trabajo al alumno, sino en mayor grado al profesor que tiene que correjirlos. (...) La lei pareja no es dura."[18]

El cuaderno, entonces, liga al alumno con su subjetividad, le permite materializarla para su perfeccionamiento y control. Lo "amarra" no sólo a un tema, sino más bien a un sistema. La letra ya no necesita entrar con sangre, pues ha devenido interioridad,*es* sangre. A la misma letra, queda "amarrado" el profesor. Sobre él, la ley se encarna en el rector, a quien nombra el Ministerio....

Hunter ha propuesto que en Gran Bretaña el control científico y disciplinario de la configuración del "playground" se extendió luego al espacio del texto literario en donde el alumno podía expresar libremente su subjetividad reaccionando al texto, para así quedar y por el mismo movimiento, expuesto a la mirada disciplinante del profesor. Yo he querido sugerir que en el caso chileno de 1893-1925, indudablemente por razones de pre-

supuesto, pero también debido a la preponderancia efectiva de un modelo tradicional de escritura escolar; aquella función, aquel espacio para la expresión y control de la subjetividad libre del estudiante, lo constituyó el cuaderno de composición.

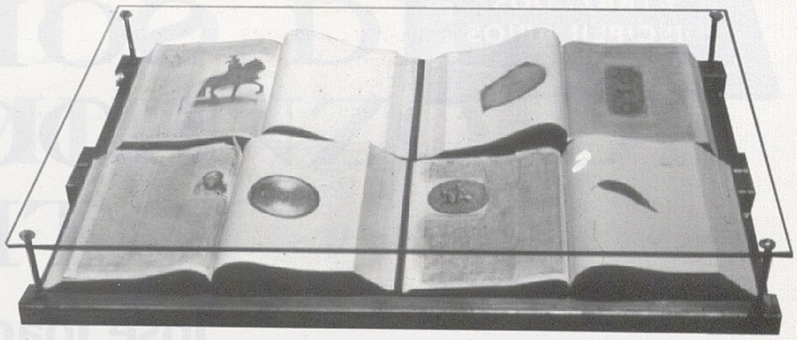
Bastaría citar al propio Lenz. En el mismo *Proyecto* decía que aunque se permitirían en los años avanzados algunas composiciones de tema libre (previa autorización del profesor) "*De todos modos quedan prohibidos los trabajos de pura imajinación, especialmente los novelescos, meditaciones sentimentales, misantrópicas i, por supuesto, las amorosas; temas todos estos a que muestran a veces inclinación los jóvenes de este curso*"[19]

Es decir, que la libertad tiene sus límites, o más bien que es un espacio construido y reglado como cualquier otro. En definitiva Lenz nos demuestra que para superar el antiguo estado de la tradición y el orden, se requería de un nuevo espacio ordenado:

"*reprímase sobre todo en las composiciones escritas de los alumnos con toda enerjía el menor indicio de afectación e hinchazón; el lenguaje de los jóvenes educandos debe ser natural i sencillo*"[20]

Es evidente que Lenz está tratando de confrontar los restos visibles del antiguo régimen gramatical y literario, pero no es menos evidente que en el nuevo, la expresión de la libre subjetividad y la libertad misma se habían vuelto normativos. La naturalidad espontánea era, paradojalmente, *el deber ser* de la subjetividad moderna. Aludía así algo oximorónicamente a la naturaleza doble de la literatura en el sistema escolar chileno moderno, que ha seguido siendo, en muchos respectos, el resultado históricamente constituido del antiguo paradigma de los modelos literarios y del nuevo que vino a reemplazarlo en ese largo comienzo del siglo XX al que nos hemos referido.

Quisiera concluir destacando cómo ésta es, en su versión fuerte, una genealogía alternativa y, en la débil, una genealogía complementaria para explicar los orígenes del nacionalismo literario que había de conducir a lo que la historiografía literaria chilena conoce como "criollismo". He querido pues, sostener, que es a través de prácticas específicas, a menudo como en este caso, escolares, que algunas de aquellas grandes transformaciones culturales (llamense "criollismo", "sociedad nacional moderna" "configuración cultural de masas", etc) se materializan en la historia.



1 He decidido conservar la palabra inglesa "literacy" para aludir así simultáneamente no sólo a la "alfabetización" que normalmente la traduce en español, sino también a los aspectos de competencia cultural socialmente establecida y variable que integran asimismo el campo semántico de la expresión inglesa.

2 Véase *Latinoamérica:las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.

3 Véase Villalobos, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1993, p. 694

4 Valentín Letelier, *La Lucha por la Cultura*, Santiago, Imprenta i Encuadernación Barcelona, 1895, p.47.

5 Véase *Los Desafíos de la educación chilena frente al siglo XXI*, Comité técnico asesor del diálogo nacional sobre la modernización de la educación chilena designado por S.E. el Presidente de la República, Santiago, Editorial Universitaria, 1994.

6 Andrés Bello la enunciaba muy bien cuando a la par que defendía el estudio del Latín por su importancia para algunas de las altas profesiones (leyes, medicina,) y el sacerdocio, por cuanto buena parte del saber acumulado en esas áreas se hallaba en esa lengua; reconocía que " el latín de las aulas, inevitablemente incorrecto y bárbaro, no es una adquisición envidiable" Obras Completas, Caracas, La Casa de Bello, Tomo I, p.286.

7 Es lo que Andrés Bello le reprochaba a la Gramática de la Academia, véase por ejemplo, "Gramática Castellana" en Obras Completas, volumen 5, p. 178-179. La posición de Bello es lo suficientemente compleja como para requerir un trabajo aparte. En lo fundamental debe decirse que Bello defendió con tanto entusiasmo el estudio del Latín y su centralidad en el currículum escolar como la necesidad imperiosa de estudiar la gramática de la lengua patria y de incorporar su estudio sistemático al plan de estudios. Para hacer lo primero, destacó, entre otros, lo que arriba llamamos el argumento etimológico. Para hacer lo último atacó a quienes despreciaban los estudios de la lengua nacional fundándose en la supuesta preeminencia del latín. Contrástese por ejemplo *Obras Completas*, volumen 8, p.490-491 con *Obras Completas*, volumen 5, p.176.

8 Para una historia sumaria de estos ataques y defensas, véase además del libro de Eduardo Solar Correa ya citado, Alamiro de Avila Martel, *El Latín en Chile*, Santiago, Biblioteca Nacional, 1991.

9 Quiero apuntar de paso, que con este proceso caerían también algunas de las formas de producción discursivas más características del siglo XIX.

Las referencias analógicas a los ejemplos clásicos que permitían darle densidad a cualquier presentación; el funcionamiento estructural de los modelos en la construcción discursiva (por ejemplo, la acumulación de citas extranjeras autorizadas y autorizantes); la función moral de los paradigmas; en suma, lo que podríamos llamar la paradigmática discursiva del siglo XIX, se vio de pronto tambaleante ante nuevas formas de establecer las relevancias y las significaciones.

10 Sobre la "reforma alemana" y la creación del Instituto Pedagógico, véanse Amanda Labarca, *Historia de la Enseñanza en Chile*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1939, p.195 y, para una visión más completa, William Sywak, *Values in Nineteenth-Century Chilean Education: the Germanic Reform of Chilean Public Education 1885-1910*, tesis de doctorado, Universidad de California, Los Angeles, 1977, p.197 y ss.

11 Lenz, "Dialectología Hispanoamericana" en Rudolf Lenz et al, *El Español en Chile*, Buenos Aires, 1940, p.17.

12 Véase la forma en que suele encabezar sus listas de avances científicos con nombres alemanes. Actitud esta por otro lado, comprensible si se tiene en cuenta el contexto político chileno en que le tocó actuar y a menudo defenderse.

13 "Ensayos filolójicos americanos", AUCH, 1894, volumen 87, p.358-359.

14 Véase Guillermo Rojas Carrasco, *Filología chilena. Guía bibliográfica y crítica*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1940.

15 Véase Juan Guillermo Prado Ocaranza y Juan Uribe Echevarría, *Síntesis histórica del folklore en Chile*, Santiago, Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Sección chilena, 1982, p.77. Véase también el importante trabajo de Bernardo Subercaseaux, *Fin de siglo. La Epoca de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile*, Santiago, Editorial Aconcagua, 1988.

16 Rudolf Lenz, "Ensayos filológicos americanos", AUCH, 1894, volumen 87, p.354-355.

17 Rudolf Lenz, *La Composición escolar en lengua patria*, Santiago, Ediciones de la Revista Cultura, 1924, p.7 De aquí en más los números de página entre paréntesis al final de las citas corresponden a este escrito.

18 Armado de las mismas buenas intenciones con que ya treinta y cinco años antes, Diego Barros Arana, gran historiador y educador liberal chileno, había elaborado su *Manual de composición literaria* (1889, segunda edición), Lenz parece haberse propuesto evitar caer en algunos de sus errores.

19 "Hay que prescindir completamente del tema impuesto por el profesor. El tema impuesto educa a los niños a hablar cuando no tienen nada que decir, los educa a la palabrería vacía, a la charlatanería. ¡Pobre resultado de tanto trabajo!" (13)

20 Lenz describe gozoso ese nuevo ambiente: uno de los alumnos narra oralmente lo que había percibido en su realidad cotidiana, los otros se entusiasman también:

"Se estimulan unos a otros. y la clase hace la crítica. Narraciones superficiales no caen en gracia. Ellos mismo forman las primeras reglas del estilo: Quien quiere narrar bien, debe fijarse en todos los detalles. (...) No se pide la composición de todos para día determinado, sino que cada uno trae lo que se le ofrece" (p.15)

21 Véase Ian Hunter, *Culture and Government: the Emergency of Literary Education*, London, Macmillan, 1988.

22 "Sólo con tales medidas será posible exijir que en todas partes los alumnos usen los mismos cuadernos i tengan los libros necesarios. Se podrá castigar entonces al alumno que no presente los útiles..." Rudolf Lenz, *Proyecto de programa de Castellano*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1899, p.21-22.

23 *Proyecto de programa de Castellano*, p.20.

24 Esta parte de mi argumentación será desarrollada en un trabajo futuro.

25 *Proyecto de programa de Castellano*, p.22. Al hacerlo, es decir, al corregir los cuadernos, el profesor se expone a su vez a la mirada disciplinante superior. Es por ello que Lenz termina la introducción de su programa con estas palabras: "La vijilancia superior de los trabajos escritos corresponde a los rectores según el proyecto de "reglamento para los liceos que se presentará junto con el presente." *Proyecto de programa de Castellano*, p.22.

26 Se refiere al penúltimo o quinto año de las Humanidades. *Proyecto de programa de Castellano*, p. 51-52.

27 *Proyecto de programa de Castellano*, p. 36.

SOBRE EL CREPUSCULO DE LA SOCIOLOGIA Y EL COMIENZO DE OTRAS NARRATIVAS

José Joaquín Brunner

Quizá sea cierto que el universo ideológico-lingüístico de nuestra profesión esté en vías de desaparición, ahora que los "grandes relatos" parecen haberse desacreditado y las micro-representaciones de la vida cotidiana se hallan mejor servidas por el periodismo, el cine y la televisión.

Ni las grandes categorías sistémicas del lenguaje de la sociología, ni sus pequeños conceptos de interpretación de la vida cotidiana, parecen sostenerse en pie frente al doble embate del Banco Mundial y la novela contemporánea. Aquel describe y analiza más fehacientemente los sistemas y proporciona además manuales para actuar sobre ellos. Y ésta representa más ricamente los elementos de la vida interior y colectiva.

Comentario leído con ocasión del 40° aniversario de la Facultad Latino Americana de Ciencias Sociales (FLACSO), Santiago de Chile, 28 de abril de 1997.

Conversando la otra noche con Angel Flisfisch, fue él quien me sugirió hablar en esta ocasión de la sociología como un lenguaje que, después de sus clásicos y epígonos, al parecer ya no tiene mucho que decir al mundo. A mí esa intuición me pareció interesante, pues tenía que ver con lo que —de manera más abstracta y general; más "sociológica", por lo tanto— yo quería decir hoy, en el 40° aniversario de la FLACSO.

Es sabido que en sus orígenes, la sociología apenas lograba distinguirse de otros géneros, entendidos éstos como universos ideológico-verbales diferenciados entre sí. Así, por ejemplo, hasta muy tarde —entrado ya el siglo XIX— su discurso se mantuvo entremezclado dentro del campo semántico de la filosofía, la historia, la literatura y el ensayo. Sólo con el tiempo llegó a constituir un lenguaje separado, relativo, objetual y limitado a una profesión intelectual. Una hipótesis posible de explorar es que, en ese proceso, la sociología mantuvo sin embargo, y prolongó, algunos elementos del género de la epopeya, intentando por el contrario separarse de la evolución de la novela, su eterna competidora.

Según Bajtin, hay tres características esenciales de la epopeya: primero, que le sirve como objeto el pasado nacional; segundo, que usa como fuente la épica de la tradición, es decir, las leyendas; y, tercero, el estar divorciada de la contemporaneidad —la del rapsoda y sus oyentes—, por una "distancia épica absoluta".[1]

La sociología conserva esos elementos, transformándolos. Si uno piensa en el desarrollo de la sociología clásica, por ejemplo, verá que ella es algo así como la épica del surgimiento de la modernidad. Su referencia, igual que en la epopeya, es el mundo de los comienzos, de las rupturas originantes; describe una suerte de periplo desde el pasado. Tal es el paso de la comunidad a la sociedad de Tönnies; o de la solidaridad moral a la orgánica, de Durkheim; o de la costumbre a la convención; o de las agrupaciones sin clases ni dominación a la historia de las civilizaciones; en suma, las "imágenes de corte" de nuestra disciplina. Sólo a partir de ellas se vuelve posible, posteriormente, entender los procesos —en cierto nivel cuasi-míticos— de la racionalización, la secularización, la universalización, la diferenciación o la modernización; para no hablar de conceptos más descriptivos como urbanización e industrialización. Los propios autores clásicos de la sociología son "teóricos épicos", como los llama un autor; en el sentido de que sus obras representan un esfuerzo heroico de comprensión, cuyo producto es una sabiduría con la cual podemos conversar hasta hoy.



Entre el pasado y el presente que recorre el periplo de la sociología, media también una "distancia épica absoluta"; la del despliegue de las fuerzas productivas, o de la lucha de clases, o de la extinción del sujeto, o de la masificación, o de la privatización de las formas de vida, o de la fragmentación, o de la globalización, o como sea que se llamen —en este género profesional— los tránsitos hacia la modernidad.

La épica en estado puro tiene que ver con los padres, con el comienzo de un viaje, con primitivas canciones, con una valoración que dice: "todo está bien en ese pasado, y todo lo que es esencialmente bueno (que es lo primero) sólo se encuentra en ese pasado". Las formas literarias antiguas viven de la transmisión oral, sacralizan el origen, se nutren de la tradición. Cuando finalmente se agotan y mueren, pasando a ser nada más que objeto de los textos escolares o un signo de cultura distinguida —tal es la hipótesis—, la novela y la sociología toman su lugar, pero sólo esta última repite su gesto, convirtiendo a las sociedades en actores épicos de la modernidad.

En el terreno de los géneros literarios, el desplazamiento de la epopeya por la novela representa el paso del héroe al personaje; de la leyenda al relativismo del presente; de los universos culturales cerrados a los sistemas lingüísticos abiertos donde se funden diversos lenguajes y niveles de conciencia. Mientras la principal fuerza creadora de la literatura antigua reside en la memoria y no en el conocimiento, la sociología en cambio, igual que la novela, es hija del conocimiento, siendo ambas alimentadas por la época moderna, con la cual se hallan profundamente emparentadas.

Dicho de otra forma, la sociología es algo así como la epopeya en estado moderno; por tanto, racional y lacerada por la auto-conciencia de la fragilidad de su lenguaje profesional. Su drama es que a diferencia de la epopeya antigua no puede hablar de un orden cristalizado en la memoria colectiva; un tiempo cuyas leyendas son sagradas en el grupo y, por eso, valoradas e impersonales; un pasado del cual emana "un profundo respeto hacia el objeto de la representación y hacia la palabra que lo representa".

Más bien, la sociología tiene como suyo lo profano y expresa un movimiento, lo inasible, los tránsitos hacia la contemporaneidad y las

La gran sociología habla bien de hombres muertos; los actores del pasado: el Estado, los partidos, las clases sociales, los sindicatos, las civilizaciones, las revoluciones. En cambio, prácticamente no se refiere a hombres vivos: las o los enfermos de SIDA, soldados, empleados del Registro Civil, obreros de Lota, ídolos de la canción, innovadores, académicos, pobres de hoy, nuevos ricos, enamorados, resentidos, jugadores de fútbol, atormentados por la sequía, emergentes grupos de poder.

contradicciones de ésta. Sus imágenes buscan capturar procesos; no héroes. Actores que se desplazan en el escenario de la historia y que, con el tiempo, han venido reduciéndose cada vez más y tornándose pequeños, livianos e intrascendentes.

Por eso, a semejanza de una parte de la novela contemporánea, también cierta sociología cultiva el minimalismo; un universo microscópico poblado de anti-héroes y minúsculos gestos. Seguramente, quien mejor habla de ese mundo evanescente es Goffman; una especie de teórico post-modernista antes de tiempo. En su sociología, más cercana a la novela que a los orígenes epopéyicos de la disciplina, todo es mínima gesticulación, desempeño de roles, comunicación teatral, fugaces transacciones, representación de un yo separado de toda épica y que carece de memoria, salvo aquella de acceso aleatorio (RAM) a los acontecimientos del día a día. Esa parte de la sociología —etnometodología, sociología de la vida cotidiana, dramaturgia social, microfísica del poder, fenomenología de los actos; todo eso— se acerca definitivamente más a Samuel Becket —o a cualquier otro "grado cero de la escritura"— que a los clásicos de la disciplina o a la gran novela histórica del siglo pasado.

Al frente de aquella sociología episódica y mínima está la otra, la continuadora formal de la epopeya; la del marxismo, el funcionalismo pesado, el historicismo estructural o la teoría de sistemas. Aquí valen todavía las "figuras completas": las estabilidades, las lógicas inmanentes, los aparatos, los modos de producción, las épocas, las epistemologías. Ahí se halla instalada la "gran sociología", la de nuestros clásicos, la emblemática, la que tiene jerarquía, larga duración y estatuto oficial en los textos canónicos de la disciplina.

De modo que también en nuestra profesión tenemos altos y bajos géneros; la grandeza heroica de los sistemas y las estructuras junto a la apariencia profana del acontecer individual, transitivo, fugaz y olvidable. Memoria y presente; épica e ironía. Las ciencias sociales no han podido nunca conciliar esas dos vertientes, sin embargo; la que viene de la epopeya y se prolonga en lucha contra la novela y la que vuelve la espalda a su origen épico y busca reencontrarse con la novela.

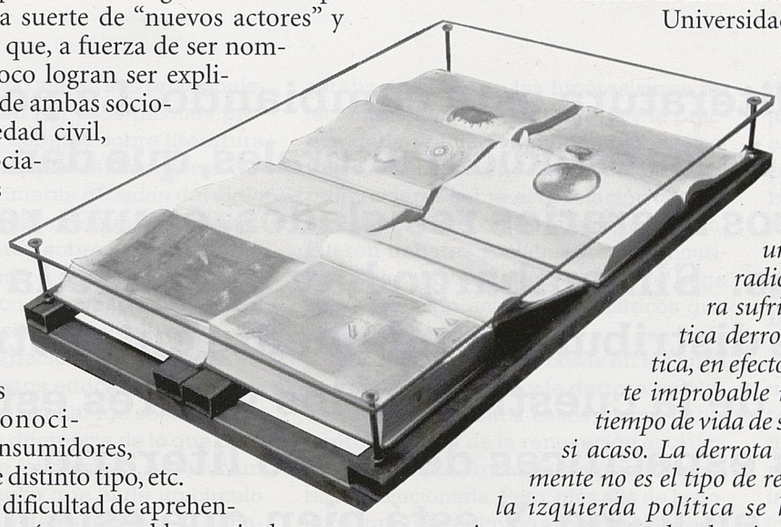
En efecto, la gran sociología, la sinfónica, la que está del lado de la historia y del despliegue de la modernidad se halla puesta bajo la sombra de sus propios antepasados y tiende ahora nada más que a repetirse, como esos posters que se venden a la salida de los museos. O bien se convierte en método, en un intento desesperado por cuantificar la realidad. Por su parte, la otra, la sociología no oficial, de cámara, novelesca y más liviana, la de Goffman y los situacionistas, aquella que coquetea con la posmodernidad y con los micro-espacios de la actividad social, corre permanentemente el riesgo de volverse tediosa y pedante, al transformarse en teoría del conocimiento. Uno termina revisando protocolos de conversaciones o los micro-ejercicios rituales del poder dentro de la sala de clases, cosas todas que el cine, la novela y la televisión tratan de manera más aguda y mejor.

De manera que mirados estos asuntos en balance puede ser, efectivamente, que el lenguaje de la sociología haya dejado de hablar. Ni sus grandes categorías sistémicas, ni sus pequeños conceptos de interpretación de la vida cotidiana, parecen sostenerse en pie frente al doble embate del Banco Mundial y la novela contemporánea. Aquel describe y analiza más fehacientemente los sistemas y proporciona además manuales para actuar sobre ellos. Y ésta representa más ricamente que la sociología los elementos de la vida interior y colectiva. De hecho, uno debería preguntarse si acaso no sería preferible, antes que enseñar a los autores clásicos y contemporáneos de la disciplina, leer las noveles de Joyce, Durrel, Vargas Llosa, Becket, Julian Barnes, Aguilar Camín o Mafud.

La herencia epopéyica de la sociología crea, además, una barrera epistemológica insalvable para tratar la contemporaneidad. Se introduce por su intermedio, subrepticiamente, esa "distancia épica absoluta" de la que hablábamos antes. Como dice Bajtin, "la palabra acerca de un hombre muerto se diferencia profundamente, desde el punto de vista estilístico, de la palabra acerca del hombre vivo". La gran sociología habla bien de hombres muertos; los actores del pasado: el Estado, los partidos, las clases sociales, los sindicatos, las civilizaciones, las revoluciones. En cambio, prácticamente no se refiere a hom-

bres vivos: las o los enfermos de SIDA, soldados, empleados del Registro Civil, obreros de Lota, ídolos de la canción, innovadores, académicos, pobres de hoy, nuevos ricos, enamorados, resentidos, jugadores de fútbol, atormentados por la sequía, emergentes grupos de poder. Por su parte, las sociologías dramáticas y situacionistas hablan mal o poco de los muertos —de las guerras o las epidemias, por ejemplo— y, entre los vivos que son su especialidad, elige preferentemente a quienes se hallan de alguna forma excluidos de la corriente principal de la modernidad.

En medio queda un ambiguo territorio poblado por toda suerte de "nuevos actores" y "mediaciones" que, a fuerza de ser nombrados, tampoco logran ser explicados por una de ambas sociologías: la sociedad civil, los nuevos asociacionismos, las comunidades virtuales, la opinión pública, los controles simbólicos, el mercado, los agentes de conocimiento, los consumidores, los "brokers" de distinto tipo, etc.



Más bien, la dificultad de aprehender lo contemporáneo con el lenguaje de la sociología vuelve a incentivar un verdadero florecimiento de la novela, cuyo mérito es proporcionar, precisamente, un punto de vista, desde la actualidad, sobre la contemporaneidad. Como la hacen también el periodismo, el cine y la televisión, cada uno a la manera de su género.

Frente a la fuerza de esas narrativas, la sociología —en sus vertientes macro y micro— parece ir quedando fuera de la escena intelectual y del campo comunicativo. Su familiaridad con lo actual es escasa; sus reconstrucciones epopéyicas han sido consumidas; su perplejidad ante el mundo es menos rica, variada y auténtica que aquella de la novela o las artes audiovisuales. Quizá sea cierto entonces que el universo ideológico-lingüístico de nuestra profesión esté en vías de desaparición, ahora que los "grandes relatos" parecen haberse desacreditado y las micro-representaciones de la vida cotidiana se hallan mejor servidas por los medios de comunicación.

La sociología se halla particularmente mal dotada para las preguntas pos-modernas, las cuales tienen que ver, al final, con puntos de vista cambiantes, con el "pensamiento débil", con fragmentos, con dilemas de orden moral, con historias e historietas y no con "la" Historia. Por su origen epopéyico y su insalvable sesgo épico, el sistema ideológico y de lenguaje de nuestra disciplina se queda paralizado ante la falta de seriedad de lo contemporáneo; ante los juegos del poder; ante la ironía propia de todo lo descentrado, pluralista y diverso que hay en nuestra época y conciencias. A la sociología no le viene bien un mundo en que predominan los estilos de vida, las formas de consumo y no de producción, los travestismos y las parodias, y donde se perciben con tal claridad las irracionalidades de la historia. No le viene bien una época sin tradiciones, que duda de sí misma y del progreso y que se burla de las estructuras y los valores, de lo sagrado y la memoria, para dedicarse a los intercambios y el cinismo conceptual, al cultivo personal y las creencias esotéricas.

Termino citando un pasaje que leí en un libro publicado recientemente por el Warton Professor de literatura inglesa de la Universidad de Oxford, cuyas preguntas resuenan con dolorosa familiaridad: "*Imaginen ustedes, dice, un movimiento radical que hubiera sufrido una enfática derrota. Tan enfática, en efecto, que le resulte improbable resurgir en el tiempo de vida de sus miembros, si acaso. La derrota que tengo en mente no es el tipo de rechazo al cual la izquierda política se halla depresivamente acostumbrada; sino una repulsa tan total y definitiva que parece desacreditar los propios paradigmas con los cuales esa izquierda tradicionalmente ha trabajado. Ya no cabría, por tanto, defender esos conceptos apasionadamente sino que bastaría con otorgarles el suave interés del anticuario cuando contempla la cosmología ptolomeica o el escolasticismo de Duns Scoto. Tales conceptos y el lenguaje actual de la sociedad semejarían estar ya no tanto en feroz pugna como ser, sencillamente, inconmensurables —cual lenguajes de diferentes planetas más que de naciones adyacentes. ¿Qué ocurriría si la izquierda se encontrara de pronto no sólo apabullada y sobrepasada sino completamente descolocada, hablando un discurso tan fuera de tono con la modernidad que, como el lenguaje del gnosticismo o del amor cortesano, nadie siquiera se preocupara por indagar sobre el valor de su verdad? ¿Qué si la vanguardia deviniera un remanente; sus argumentos aún inteligibles pero alejándose velozmente hacia alguna estratosfera metafísica donde se convirtieran nada más que en un apagado grito? ¿Cuál sería la reacción de la izquierda política frente a ese tipo de derrota?*"[2]

Muchas gracias.

Notas

[1] Mijail Bajtin, "*Teoría y Estética de la Novela*"; Taurus Humanidades, 1991, especialmente el capítulo "Épica y Novela", pp. 449-485

[2] Terry Eagleton, "*The Illusions of Postmodernism*"; Blackwell, Oxford, 1996, p. 1

LOS ESTUDIOS CULTURALES Y LA CRÍTICA LITERARIA EN LA ENCRUCIJADA VALORATIVA

Beatriz Sarlo

El lugar de la literatura está cambiando. La popularidad creciente de los estudios culturales, que dan trabajo a cientos de críticos literarios reciclados, es una respuesta a estos cambios. Sin embargo hay algo que la crítica literaria no puede distribuir blandamente entre otras disciplinas. Se trata de la cuestión de los valores estéticos, de las cualidades específicas del texto literario.
Los valores están en juego. Y está bien que esto no lo digan sólo los conservadores. Fue una mala idea la de adoptar una actitud defensiva, admitiendo implícitamente que sólo los críticos conservadores o los intelectuales tradicionales están en condiciones de enfrentar un problema que es central a la teoría política y a la teoría del arte. La discusión de valores es el gran debate en el fin de siglo.

El título de mi conferencia menciona una encrucijada: lugar donde se encuentran y se separan caminos, donde se toman decisiones, donde se establece una relación o se la termina. En la encrucijada encuentro una pregunta: ¿qué vuelve a un discurso socialmente significativo? ¿Qué vale nuestro discurso y nuestra práctica en las sociedades contemporáneas? Si la respuesta a esta pregunta no nos interesara, el suspenso de la encrucijada se desvanecería.

Ciertamente, la pregunta sobre el impacto social de un discurso debe, a su turno, ser examinada. ¿Quién puede decir lo que es socialmente significativo si vivimos, como lo indicó Lyotard hace ya bastante tiempo, en "nubes de sociabilidad" que se caracterizan por la trama de diferentes conjuntos lingüísticos y valorativos? Los estudios culturales sostienen que es posible mirar estos conjuntos difusos, inestables (que constituyen lo que hoy se puede llamar sociedad) y descubrir interés en ciertas prácticas sobre la base de la cantidad (por ejemplo, cuántos miles de personas están viendo un show televisivo), o sobre la base de la calidad (por ejemplo, un video que sólo unos cientos de personas conocen puede ser importante porque da forma a un tema que, a su vez y circularmente, es considerado importante). Toda discusión sobre el impacto de las prácticas simbólicas prueba, al menos, que se sabe bastante poco sobre la significación de nuestro discurso o el de los medios en la esfera pública y que avanzamos sobre terreno inseguro.

Sin embargo, estas preguntas y sus respuestas aproximativas no sonaron siempre del mismo modo. En América Latina, a comienzos de este siglo, la crítica literaria fue socialmente significativa. Su influencia en la construcción de una esfera pública moderna es algo reconocido no sólo por los historiadores que ven el proceso en perspectiva y subrayan lo que probablemente no vieran sus protagonistas, sino también por esos mismos protagonistas. Los debates sobre literatura y cultura nacional que transcurrieron durante las dos primeras décadas del siglo XX galvanizaron a la comunidad intelectual y desbordaron sobre la esfera pública, magnetizando a políticos y estadistas. Se avanzaron propuestas respecto a la identidad nacional, las políticas estatales sobre inmigración y minoridades étnicas, los proyectos educativos. El tema de la literatura nacional fue socialmente significativo y, a diferencia de lo que puede verse en este fin de siglo, convocó un interés más amplio que el de un círculo de académicos o de escritores. El debate acerca de la literatura nacional fue crucial en la Argentina de fin y comienzo de siglo, influyó sobre los proyectos de reforma educativa y delineó una escena donde interactuaron de modo vívido y polémico intelectuales, artistas, la élite estatal, los administradores y un sector importante del público emergente de capas medias. La discusión, promovida en un principio por *literati,* se abrió a cuestiones que importaban a públicos no literarios e influían en los administradores y promotores de las políticas de estado. La literatura y la crítica literaria fueron socialmente significativas porque se las consideró, junto a la historia y la lengua nacionales, como el corazón de una educación republicana. Así, en el comienzo del siglo, la crítica literaria marcó su huella en el discurso público y sus posiciones debieron ser tomadas en cuenta en el momento en que, desde el estado, se definían los patrones culturales que dibujaban el futuro del país.

Permítanme otro ejemplo. Cuando examinamos las revistas y diarios de América Latina, en los años sesenta y comienzos de los setenta (pero incluso desde los tardíos cincuenta), el debate crítico sobre la fundación política o ideológica de los valores estéticos y, especialmente, de los valores literarios, se desplegó con una intensidad que muestra su peso en el escenario de la nueva izquierda. Algo socialmente significativo estaba en juego en las hipótesis que relacionaban la práctica literaria y la práctica de la revolución, nada menos. Casi todos los escritores del período debieron pronunciarse sobre esta relación central en la episteme en la nueva izquierda. Fueron debates socialmente significativos, sea cual sea el juicio que se haga sobre los acontecimientos políticos que los enmarcan.

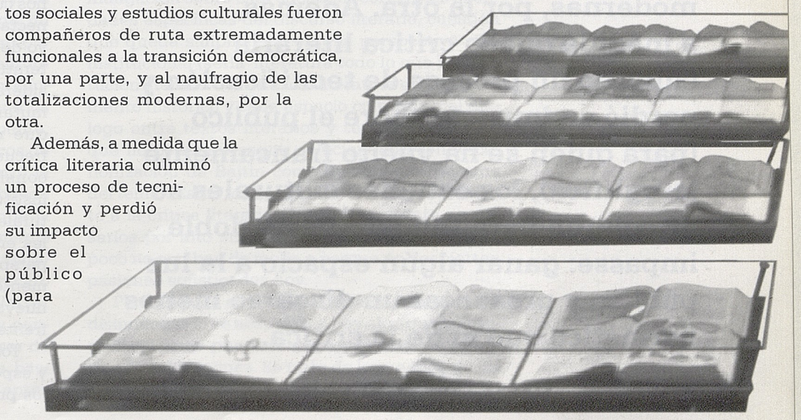
Sucedieron muchas cosas en los años que siguen al clímax y la derrota revolucionaria. En muchos casos, como el argentino, un ala de la renovación estética fue condenada junto a la vanguardia política revolucionaria. Pero, más allá de la política, también culminó el proceso de reorganización de la dimensión cultural por parte de los mass-media con una hegemonía en ascenso de lo audiovisual. Así llegamos a un umbral que hoy ya hemos traspuesto.

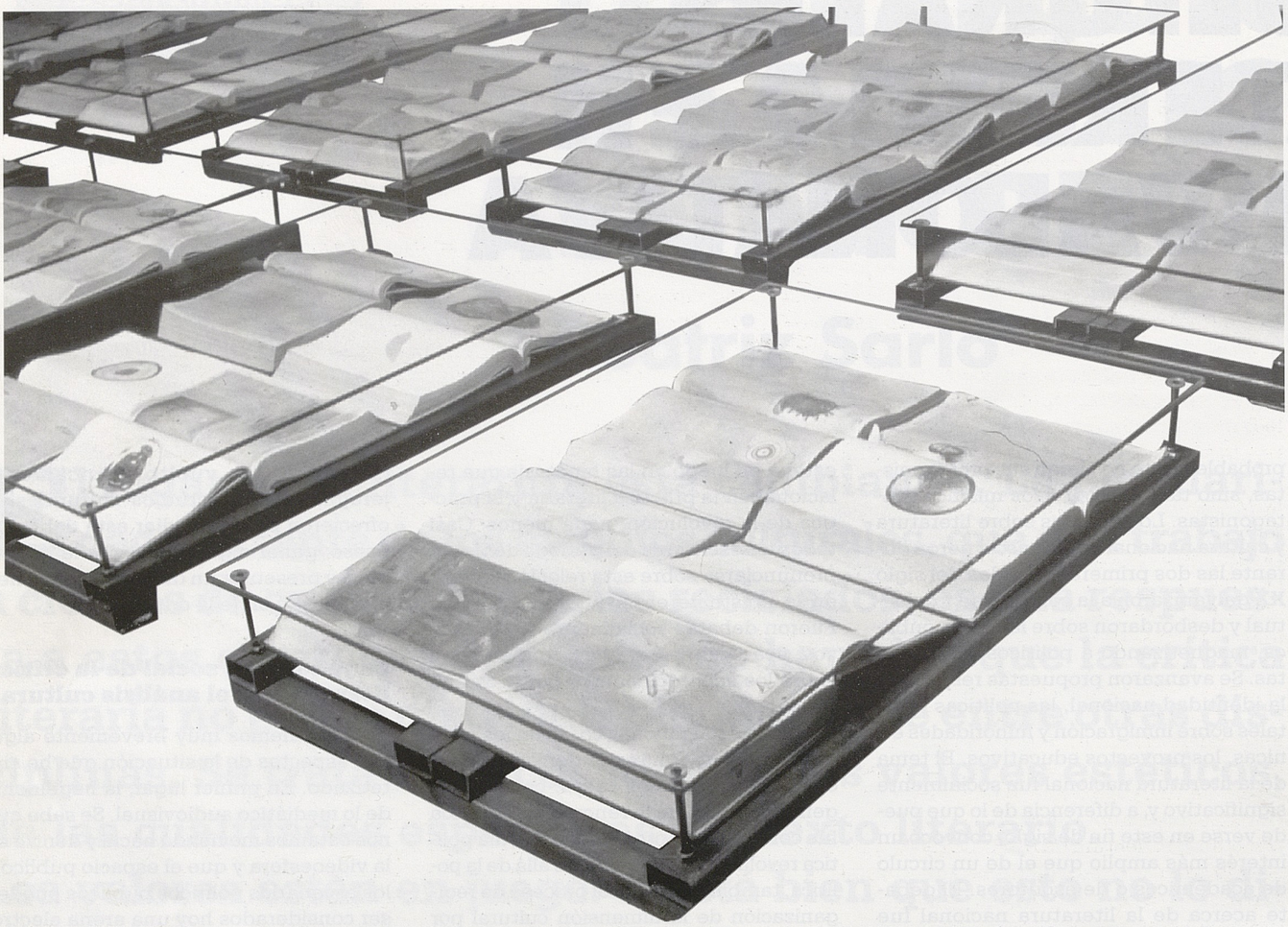
Estoy convencida de que el arte con vocación directamente pública ya ha atravesado su cénit, aunque los conflictos hoy sean tan profundos como los que antes lo impulsaron. Son conflictos, de todas formas, diferentes y, como es natural, convocan respuestas distintas. En los últimos diez o quince años, los estudios culturales aparecieron como una solución apropiada para los rasgos de la nueva escena. Sin voluntad de extremar la caracterización, diría que movimientos sociales y estudios culturales fueron compañeros de ruta extremadamente funcionales a la transición democrática, por una parte, y al naufragio de las totalizaciones modernas, por la otra.

Además, a medida que la crítica literaria culminó un proceso de tecnificación y perdió su impacto sobre el público (para quien se ha vuelto francamente jeroglífica), los estudios culturales se ofrecieron para remediar esta doble impasse: ganar algún espacio a la luz pública y presentar un discurso menos hermético que el de la crítica.

La redención social de la crítica literaria por el análisis cultural

Examinemos muy brevemente algunos aspectos de la situación que he sintetizado. En primer lugar, la hegemonía de lo mediático audiovisual. Se sabe que nos estamos moviendo hacia y dentro de la videoesfera y que el espacio público y los escenarios políticos públicos pueden ser considerados hoy una arena electrónica. Los cambios tecnológicos son irreversibles. Vivimos en el ciberespacio, aun cuando vastas minorías en América Latina todavía deben enfrentar obstáculos gigantescos para incorporarse como ciudadanos en una nueva esfera cultural y política que es tan extensa como estratificada. Todavía la lecto-escritura es la clave para descifrar a la palabra escrita incluso cuando ésta se ha liberado del papel, se ha vuelto virtual, fluye libremente por el anillo que llamamos Internet, rodea al mundo como una gigantesca bola de texto o se desliza, sin





Movimientos sociales y estudios culturàles fueron compañeros de ruta extremadamente funcionales a la transición democrática, por una parte, y al naufragio de las totalizaciones modernas, por la otra. Además, a medida que la crítica literaria culminó un proceso de tecnificación y perdió su impacto sobre el público (para quien se ha vuelto francamente jeroglífica), los estudios culturales se ofrecieron para remediar esta doble impasse: ganar algún espacio a la luz pública y presentar un discurso menos hermético que el de la crítica.

página, sin principio y sin fin, por las pantallas de las computadoras. El ciberespacio exige una nueva alfabetización. Aunque el futuro incorpore textos no alfabéticos a la enciclopedia, los textos significativos todavía siguen siendo textos escritos. No hay ensoñación técnica que pueda negar esto.

Sin embargo, el lugar de los discursos, su uso y su producción está cambiando. Y, dentro de los discursos, el lugar de la literatura. Los ciudadanos cultivados de las futuras cibernaciones se conectarán, o ya están conectados, a un flujo masivo de escritura, de imágenes y de sonidos. La literatura, la filosofía y la historia, tal como las consideramos en términos de género, flotan como mutantes dentro de la densa nube de hipertexto que rodea el planeta (densa además por la frecuencia con que la tontería y el capricho son considerados en términos de libertad, antiinstitucionalismo y libre producción de bienes culturales). De todos modos, las posiciones personales en relación con estos desarrollos (mi propia perspectiva algo escéptica porque soy precisamente una buena ciberciudadana, que conoce su nuevo alfabeto bastante bien) son irrelevantes frente a la fuerza que exhiben.

Tomemos el cambio que me parece más denso y espectacular: leer. Ese acto simple que, pese a los problemas socioeconómicos de la alfabetiza-

ción, damos por sentado, debe ser revisado por completo. La lectura está pasando por un proceso de mutación. Nosotros somos quizás los últimos lectores tradicionales. La lectura es una actividad costosa, en cuanto a las habilidades y el tiempo que requiere. El desciframiento de una superficie escrita exige una atención intensa y concentrada durante un lapso relativamente largo de tiempo. Miramos el texto y miramos *dentro* del texto. Practicamos observaciones intensivas y extensivas de la materia escrita, nos quedamos *en* el texto y *con* el texto. Aun cuando profesemos la metafísica negativa que nos enseña que ya no hay profundidad que deba alcanzarse hundiéndose en lo escrito, ni totalidad que deba reconstruirse sobre su masa de fragmentos, somos expertos en lectura profunda que, paradójicamente, reconocen la futilidad de una pretensión metafísica de profundidad. Estas actividades 'cultivadas' que llevamos a cabo con los textos, siempre fueron diferentes de las actividades generalmente realizadas por el público lector, aunque algo del orden de las operaciones y de la intensidad de la experiencia sentaba las bases de un terreno común entre prácticas de lectura intelectuales y no intelectuales.

Enfrentémoslo de una vez. Ese terreno común se ha erosionado. En la videoesfera, la lectura es extremadamente necesaria pero se está desarrollando según estilos diferentes. La intensidad se reserva a otros discursos (como el *live rock*, que es extremadamente intenso en sus rituales de consumo). La lectura en el ciberespacio privilegia la velocidad y la habilidad para derivar de una superficie a otra. Antes caminábamos sobre nuestros textos; en los próximos años, nos deslizaremos sobre ellos, surfeando sus planos fractales.

El futuro de la crítica literaria, en un mundo donde el lugar de la literatura ha cambiado y continuará cambiando aún más velozmente, no puede hipotetizarse en los marcos de una vieja discusión de hace treinta o cuarenta años. La academia internacional ha percibido estas líneas de desarrollo y ha planificado sus propias respuestas. La popularidad creciente de los estudios culturales y del análisis cultural, que da trabajo a cientos de críticos literarios reciclados, es una de esas respuestas.

Los estudios culturales existieron como disciplina por lo menos desde mediados de los años sesenta en Inglaterra. Alrededor de Richard Hoggart y Stuart Hall en Birmingham y de Raymond Williams, un solitario en Cambridge, un pequeño núcleo de académicos se planteó un conjunto de preguntas audaces que, en ese entonces, no recibieron ni una mínima atención condescendiente por parte de los críticos literarios de esa u otra parte del mundo. Pero de repente, Raymond Williams, un nombre que los críticos de literatura mencionaban poco y nada, alcanzó la celebridad. Este cambio espectacular no puede explicarse sin tomar en cuenta el desafío que la crítica literaria estaba enfrentando en el marco de las transformaciones culturales que he tratado de describir. Un proceso bastante parecido impulsó la creciente resonancia de Walter Benjamin que dejó de leerse como crítico y pensador para convertirse en inocente antecesor de estudios académicos sobre culturas urbanas, bastante lejos de las lecturas filosóficas que antes habían hecho historiadores de la arquitectura como Manfredo Tafuri o filósofos como Cacciari. Algo parecido aconteció en la academia norteamericana con Pierre Bourdieu, cuya obra alcanzó los barrios aristocráticos de la crítica literaria sólo en los ochenta. Así, en unos pocos años, muchos críticos descubrieron que su disciplina necesitaba algo nuevo, algo diferente, algo pluralista y algo *muy* culturalista.

Este desplazamiento hacia los estudios culturales dio inició a *la redención social de la crítica literaria por el análisis cultural.* El sendero fue tomado en muchos países casi al mismo tiempo. Por otro lado, los estudios literarios influían sobre disciplinas bastante más difíciles de convencer, como la historia y la antropología que, también en esos años, consumaron el llamado "giro lingüístico". El proceso tenía entonces varias direcciones: la crítica literaria buscaba ayuda en los estudios culturales (a los que poco antes había despreciado como demasiado sociológicos), mientras que la historia cortejaba a la crítica en busca del método y la sensibilidad para leer textos de manera sofisticada. Cada disciplina estaba negociando con la de al lado, descubriendo lo que le hacía falta y esperanzada en que su vecina pudiera ofrecerle algo. Esta metáfora sin pretensiones trata de describir el estado de las cosas que ustedes conocen bien. De manera más refinada, estos cruces se denominan "epistemologías postmodernas", cuyos impulsos son bien evidentes en los tópicos que cautivan el interés de la academia en América Latina y los Estados Unidos.

No voy a polemizar aquí con esta tendencia, que, por otra parte, es el villano en una historia de decadencia inventada por la derecha rabiosamente antirrelativista y anticulturalista. Los estudios culturales tienen una legitimidad que me parece obvia. Sin embargo, quisiera detenerme brevemente en los motivos por los cuales los estudios culturales no resuelven los problemas que la crítica literaria enfrenta. Con la disolución de la crítica literaria dentro de los estudios culturales no se responde a las preguntas que enfrentamos como críticos literarios, y los problemas no se desvanecen en el trance de nuestra reencarnación como analistas culturales. Para mencionar sólo tres: la relación entre la literatura y la dimensión simbólica del mundo social (que los estudios culturales tienden a dar por sentada, aunque gran parte de la obra de Raymond Williams sea una indagación sobre esta cuestión teórica); las cualidades específicas del discurso literario, cuestión que queda simplificada en una perspectiva sólo institucional (sería literatura todo lo que la institución literaria define como literatura en cada momento histórico y cada espacio cultural); y el diálogo entre textos literarios y textos sociales (al que no podemos seguir solucionando con la canonización de Bajtin como único santo patrono del tema). Estos tópicos pertenecen legítimamente a la crítica literaria y sería interesante no pasarlos por alto simplemente porque hasta hace poco no estaban de moda o porque no despierten pasiones sofisticadas hoy.

Pero, incluso estos nudos teóricos podrían ser disimulados si se acepta que hay algo que la crítica literaria no puede distribuir blandamente entre otras disciplinas. Se trata de la cuestión de los valores, quiero decir de los valores estéticos. Ellos

La lectura está pasando por un proceso de mutación. Nosotros somos quizás los últimos lectores tradicionales. La lectura es una actividad costosa, en cuanto a las habilidades y el tiempo que requiere. El desciframiento de una superficie escrita exige una atención intensa y concentrada durante un lapso relativamente largo de tiempo. La lectura en el ciberespacio privilegia la velocidad y la habilidad para derivar de una superficie a otra. Antes caminábamos sobre nuestros textos; en los próximos años, nos deslizaremos sobre ellos, surfeando sus planos fractales.

son un problema de la crítica, y se trata de un problema importante como lo es, en general, la cuestión de los valores en las sociedades contemporáneas.

Aprendimos nuestra lección. Profesamos el relativismo como piedra de toque de nuestras convicciones multiculturales. Pero las consecuencias del relativismo extremo son arrojadas ante nuestros ojos por los antirrelativistas de la derecha, cuando nos acusan de destruir a la literatura junto con el canon occidental, masculino y blanco.

Para entrar en este debate libres de una mala fe moralizante, deberíamos reconocer abiertamente que la literatura es valiosa no porque todos los textos sean iguales y todos puedan ser culturalmente explicados, sino, *por el contrario*, porque son diferentes y resisten una interpretación sociocultural ilimitada. Algo siempre queda cuando explicamos socialmente a los textos literarios y ese algo es crucial. No se trata de una esencia inexpresable, sino de una resistencia, la fuerza de un sentido que permanece y varía a lo largo del tiempo. Para frasearlo de otro modo: *los hombres y las mujeres son iguales; los textos no lo son*. La igualdad de las personas es un presupuesto necesario (es la base conceptual del liberalismo democrático). La igualdad de los textos equivale a la supresión de las cualidades que hacen que sean valiosos.

La crítica literaria necesita replantearse la cuestión de los valores si busca, superando el encierro hipertécnico, hablar sobre tópicos que no se inscriben en el territorio cubierto por otras disciplinas sociales. Los grandes críticos literarios de este siglo (de Benjamin a Barthes, de Adorno a Lukacs, de Auerbach a Bajtin) han sido maestros del debate sobre valores. La literatura es socialmente significativa porque algo, que captamos con dificultad, se queda *en* los textos y puede volver a activarse una vez que éstos han agotado otras funciones sociales.

Me pregunto si les estamos comunicando a los estudiantes y a los lectores este hecho simple: nos sentimos atraídos hacia la literatura porque es un discurso de alto impacto, un discurso tensionado por el conflicto y la fusión de dimensiones estéticas e ideológicas. Me pregunto si repetimos con la frecuencia necesaria que estudiamos literatura porque ella nos afecta de un modo especial, por su densidad formal y semántica. Me pregunto si podremos decir estas cosas sin ser pedantes, o elitistas o hipócritas o conservadores.

La discusión de valores y el canon

Quizás vivamos los últimos años de la literatura tal como se la conoció hasta ahora. Las novelas y las películas pueden estar condenadas a desaparecer en el continuum de la videoesfera. No digo que 'cosas' narradas no sigan exhibiéndose en los cines o en la televisión, sino que los films, tal como los inventó el siglo XX, pueden haber llegado a su fin, excepto para un puñado de productores y una minoría de público. Podría suceder que, en el futuro, el hipertexto no sea sólo un modo cómodo de manejar notas al pie o diferentes niveles de información, sino un patrón nuevo de la sintaxis que, durante siglos, la literatura ha moldeado y cambiado.

No sabemos cuáles serán los desarrollos de las próximas décadas. La apertura de la crítica literaria hacia las perspectivas del análisis cultural tuvo consecuencias positivas en la extensión del universo de discursos y prácticas que ella considera. Pero ha llegado el momento de trazar un balance. La crítica literaria en su especificidad no debería desaparecer digerida en el flujo de lo 'cultural'. Nadie quiere ser el último sacerdote autosatisfecho del gran arte. Sin embargo, no podemos prescindir sin graves pérdidas de la perspectiva que permita considerar ese tipo especial de discurso todavía existente (la literatura) que es extremadamente complejo y cuya complejidad probó, hasta hoy, que era atractivo (indispensable) para fracciones variadas de público.

Los valores están en juego. Y está bien que esto no lo digan sólo los conservadores. Fue una mala idea la de adoptar una actitud defensiva, admitiendo implícitamente que sólo los críticos conservadores o los intelectuales tradicionales están en condiciones de enfrentar un problema que es central a la teoría política y a la teoría del arte. La discusión de valores es el gran debate en el fin de siglo.

El desafío es si podremos imaginar nuevos modos de considerar los valores, modos que (aunque parezca contradictorio) sean a la vez pluralistas, relativistas, formalistas y no convencionalistas. Una perspectiva relativista prueba que los valores varían según los contextos culturales. Según el relativismo deberíamos leer los textos en sus contextos y juzgarlos por las estrategias que emplean para resolver las preguntas que esos contextos consideran apropiadas. De este modo, la discusión de valores es siempre una discusión textualizada.

Desde una perspectiva transcultural los valores son relativos en el espacio global donde las culturas son iguales (como los ciudadanos son iguales). Pero no todos los valores en una cultura (esto ya ha sido argumentado por Habermas), merecen la misma estima si se los considera desde contextos extraños a esa cultura. Los valores son relativos, pero no indiferentes. Y para cada cultura los valores no son relativos desde un punto de vista intratextual. Las culturas pueden ser respetadas y, al mismo tiempo, discutidas.

El relativismo demanda que las culturas sean comprendidas de manera interna, en su propia historia y dinámica. Sin embargo, en el momento en que las culturas toman contacto entre sí (y en un mundo globalizado las culturas están enredadas en un flujo ininterrumpido de contacto y conflicto), los valores entran en debate. Por ejemplo,

los valores de una cultura machista basada sobre el trabajo servil no son respetables desde la perspectiva de una cultura republicana, orientada hacia la ciudadanía e igualitarista respecto de los sexos.

Desde un punto de vista interno, cuanto más tradicional es una cultura más inclinados se sienten sus miembros a reclamar una fundación sustancial de los valores. Y así llegamos a un segundo problema. ¿Son los valores enteramente convencionales incluso en las culturas que pasaron por todas las pruebas de la modernización y la modernidad? Cuando afirmamos que una cultura pluralista y democrática se adecúa mejor a los intereses y opciones de sus miembros que una cultura fundada teológicamente (por ejemplo respecto de los derechos de las mujeres o de la libertad de los escritores para expresar sus ideas), estamos construyendo una argumentación que no es sólo formal. De algún modo toca cuestiones no convencionales (si se prefiere esta palabra a sustanciales): elegimos la libertad frente al orden teológico, la opción frente a las creencias que se presentan como naturales o se imponen por la fuerza no siempre simbólica de la tradición.

Los estudios culturales desarrollan argumentos que no pueden ignorar la cuestión de los valores. Si los ignoran corren el riesgo de convertirse en una sociología de la cultura subalterna más inclinada a escuchar salsa o mirar televisión que a estudiar las instituciones educativas, el discurso político o los usos populares de la cultura letrada. Como bases de consistencia teórica, no bastan el relativismo, el sociologismo o el populismo.

Creo que la crítica literaria y los estudios culturales se necesitan. La contribución de los estudios literarios a los estudios culturales podría orientarse a la respuesta de algunas cuestiones polémicas. El canon literario y artístico, qué se enseña y cómo se enseña, es una de esas cuestiones. Me pregunto: ¿el canon es intolerable por masculino, blanco y occidental, y entonces la cuestión sería ampliarlo y diversificarlo? ¿O nos oponemos a la idea de componer y aceptar un canon? ¿O sólo aceptaríamos un canon en el caso de que antes de proclamarlo se estableciera un pacto constitucional sobre los términos de su revisión, digamos un canon sujeto a modificaciones ilimitadas y periódicas? Para decirlo de manera diferente: ¿pensamos que hay grandes obras de literatura, significativas pese a otras consideraciones ideológicas? Si aceptamos esto, surge nuevamente la cuestión de los valores. Si no lo aceptamos: ¿estamos dispuestos a renunciar a nuestros derechos de apropiación de una tradición cultural y sobre todo a renunciar en nombre de otros a quienes no les trasmitiremos esa tradición en las escuelas y en las universidades porque pensamos que esa tradición no es suficientemente correcta desde un punto de vista ideológico?

Los estudios culturales son hoy una fortaleza contra una versión canónica de la literatura. Vivimos entre las ruinas de la revolución foucauldiana. Aprendimos que donde había discurso había ejercicio del poder y las consecuencias de este postulado no pudieron exagerarse más. No podíamos seguir hablando de los textos sin examinar las relaciones de poder que encubrían y (al mismo tiempo) imponían con la eficacia de una máquina de guerra. Pocos años después, la sociología francesa de los intelectuales establecía otro principio: donde hay discurso hay lucha por la legitimación en el campo intelectual. Finalmente, Michel de Certeau corrigió al primer Foucault: si era cierto que donde había discurso había poder, al mismo tiempo, los subordinados inventaban estrategias de lectura que implicaban respuestas activas a los textos, respuestas que podían contradecir lo que los textos significaban para otros lectores o para sus autores. Los estudios culturales siguieron las curvas que unen a estas posiciones que, convengamos, no preparan el terreno para una discusión sobre el canon sino para su refutación.

Sin embargo, se podría hacer la pregunta (como lo hace Gayatri Spivak) desde el punto de vista del derecho a la herencia cultural. Los textos tradicionales (o clásicos) poseen un significado *sostenido*, que varía según los horizontes de lectura, configurando un espacio hermenéutico rico y variado. Las colecciones de grandes obras establecidas por las diferentes jerarquizaciones que la práctica canónica hizo en el tiempo ¿pueden proporcionar las bases de un programa sensible a las diferencias culturales, en cuyo marco se las lea como grandes oportunidades hermenéuticas para la producción de nuevos sentidos y la discusión de los viejos? La crítica literaria plantea a los textos no sólo preguntas sino *demandas*, en un sentido fuerte: cosas que un texto debería producir, cosas que los lectores quieren producir con un texto. Lo que está en juego, me parece, no es la continuidad de una actividad especializada que opera con textos literarios, sino nuestros derechos, y los derechos de otros sectores de la sociedad donde figuran los sectores populares y las minorías de todo tipo, sobre el conjunto de la herencia cultural, que implica nuevas conexiones con los textos del pasado en un rico proceso de migración, en la medida en que los textos se mueven de sus épocas originales: viejos textos ocupan nuevos paisajes simbólicos.

Como *discurso académico* que quiera mantenerse al margen de las controversias, a la crítica literaria sólo le queda mudar sus procedimientos al recién decorado ciberespacio escritural del futuro y proponer (como ya se está haciendo) los instrumentos críticos del hipertexto. La crítica literaria también puede convertirse en el estudio académico de los *restos mortales de la literatura*. Esta metamorfosis simplemente la borraría como discurso producido en la intersección de valores y prácticas académicas y no académicas. No estoy segura de que la crítica literaria como *discurso público*, como discurso socialmente significativo, pueda solucionar sus problemas con un movimiento tan simple. Los estudios culturales podrían intervenir en auxilio de la crítica y obtener algunas ganancias al hacerlo.

La cuestión estética no es muy popular entre los analistas culturales, porque el análisis cultural es fuertemente relativista y ha heredado el punto de vista relativista de la sociología de la cultura y de los estudios de cultura popular. Sin embargo, la cuestión estética no puede ser ignorada sin que se pierda algo significativo. Porque si ignoramos la cuestión estética estaríamos perdiendo el objeto que los estudios culturales están tratando de construir (como objeto diferente de la cultura en términos antropológicos). Si existe un objeto de los estudios culturales es la

Me pregunto: ¿el canon es intolerable por masculino, blanco y occidental, y entonces la cuestión sería ampliarlo y diversificarlo? ¿O nos oponemos a la idea de componer y aceptar un canon? ¿O sólo aceptaríamos un canon en el caso de que antes de proclamarlo se estableciera un pacto constitucional sobre los términos de su revisión, digamos un canon sujeto a modificaciones ilimitadas y periódicas?

cultura definida de modo diferente a la definición antropológica clásica. Es importante recordar (escribió Hannah Arendt) que el arte y la cultura no son lo mismo.

La dificultad que enfrentamos es que ya no estamos seguros sobre qué aspectos (sean formales o sustanciales) el arte es una dimensión especializada de la cultura, una dimensión que puede ser definida separadamente de otras prácticas culturales. Así, una vez más, el punto que nos preocupa es si podemos capturar la dimensión específica del arte como rasgo que tiende a ser pasado por alto desde la perspectiva culturalista que impulsa a los estudios culturales, que hasta hoy han sido ultrarrelativistas en lo que concierne a la densidad formal y semántica. La paradoja que enfrentamos también podría ser pensada como una situación en la que los estudios culturales están perfectamente equipados para examinar casi todo en la dimensión simbólica del mundo social, *excepto el arte*. Sé que esta afirmación puede sonar exagerada. Sin embargo, todos sabemos que nos sentimos incómodos cuando nuestro objeto es el arte.

Permitaseme evocar una experiencia personal. Siempre que formé parte de comisiones, junto con colegas europeos y americanos, cuya tarea consistía en juzgar videos y films, encontramos dificultades para establecer un piso común sobre el cual tomar decisiones: ellos (los no latinoamericanos) miraban los videos latinoamericanos con ojos sociológicos, subrayando sus méritos sociales o políticos y pasando por alto sus problemas discursivos. Yo me inclinaba a juzgarlos desde perspectivas estéticas, poniendo en un lugar subordinado su impacto social y político. Ellos se comportaban como analistas culturales (y, en ocasiones, como antropólogos), mientras que yo adoptaba la perspectiva de la crítica de arte. Era difícil llegar a un acuerdo porque estábamos hablando diferentes dialectos. La misma experiencia fue la de un joven director de cine argentino en un festival europeo. Mostró su película (que era una versión sumamente sofisticada de un relato de Cortázar) y los críticos presentes le señalaron que ese tipo de films eran territorio de los europeos, pero que estos mismos europeos esperaban una materia más social cuando veían un film latinoamericano.

Todo parece indicar que los latinoamericanos debemos producir objetos adecuados al análisis cultural, mientras que Otros (básicamente los europeos) tienen el derecho de producir objetos adecuados a la crítica de arte. Lo mismo podría decirse acerca de las mujeres o de los sectores populares: de ellos se esperan objetos culturales, y de los hombres blancos, arte. Esta es una perspectiva racista aun cuando la adopte gente que se inscriba en la izquierda internacional. Pero ese racismo no es sólo algo que pueda imputársele a ellos. También es nuestro. Nos corresponde a nosotros reclamar el derecho a la 'teoría del arte', a sus métodos de análisis.

También nos corresponde comenzar una discusión sobre la definición de nuestro campo: los estudios culturales tendrán legitimidad plena si logramos separarlos de la antropología (de la que hemos aprendido tanto) y una separación requiere una redefinición de objetos y la discusión de valores.

Si no percibimos una diferencia entre la música pop y el jazz o el rock, nos equivocaremos. Si no percibimos una diferencia entre un crudo film político y el cine de Hugo Santiago o Raúl Ruiz, nos equivocaremos. Si no percibimos una diferencia entre un clip brasileño para MTV y Caetano Veloso, nos equivocaremos. Si no percibimos una diferencia entre Silvina Ocampo y Laura Esquivel, nos equivocaremos: en todos los casos, hay una diferencia formal y semántica que debe discernirse a través de perspectivas que no siempre son las de los estudios culturales. Silvina Ocampo es diferente de Laura Esquivel aunque se admita que las ideas de Esquivel sobre las mujeres responden a posiciones 'políticamente correctas'. Son diferentes porque hay un plus en Ocampo que está completamente ausente en Esquivel. El arte tiene que ver con este plus. Y la significación social de una obra de arte, en una perspectiva histórica, depende de este plus, como depende de su público si la consideramos sólo en términos de su impacto presente (o sólo en términos de mercado).

A veces tengo la impresión de que el canon de los estudios culturales está establecido por el mercado, que no es mejor autoridad que la de un académico elitista.

Una cultura también se forma con los textos cuyo impacto está perfectamente limitado a una minoría. Afirmar esto no equivale a elitismo, sino a reconocer los modos en que funcionan las culturas, como máquinas gigantescas de traducción cuyos materiales no requieren aprobar un test de popularidad en todo momento. Aunque, a través de caminos que sólo conoce Dios, esos materiales pueden ser populares en el futuro.

Tengo la impresión de que, movidos por el impulso generoso de los estudios culturales, pasamos por alto nuestro propio pasado como críticos literarios. Muchos de nosotros venimos de Roland Barthes, de Walter Benjamin, así como Hoggart llegaba de la poesía de Auden y Williams no abandonó nunca el campo de la literatura inglesa. Tenemos derecho a ambos mundos.

El gran debate público hoy gira alrededor de los valores, y las bases de una política que los tome en cuenta. El gran debate cultural, una vez que atravesamos el Mar Rojo del relativismo, podría comenzar a considerar valores. Por lo menos, esta es una cuestión cuya respuesta no puede ya limitarse al relativismo tradicional o al multiculturalismo tradicional. ¿Cómo se mantiene una sociedad después del multiculturalismo? ¿Es posible juzgar después del relativismo? No tengo respuesta a estas preguntas pero pienso que las preguntas mismas valen la pena.

Una primera versión, en inglés, de esta conferencia fue pronunciada en Duke University, en el Department of Romance Languages, octubre 1996, con el título de "Cultural studies and literary criticism: allies or enemies?". A Alberto Moreiras, Walter Mignolo y Jon Beasley-Murray debo agradecer incisivas críticas, algunas de las cuales quedan recogidas en la presente versión, dada en la Universidad de Chile.

Esta conferencia fue leída en el marco de la visita de B. Sarlo a Chile (Mayo 1997), invitada por el Programa de la Fundación Rockefeller (ARCIS–La Morada–Revista de Crítica Cultural).

LA CARATULA

Andrea Goic y Marcelo Mellado
(sobre un comentario de Gonzalo Díaz)

Primerísimo plano de una cara postulada como rostro, y que parece apelar a una épica de la plegaria.

El apelativo «corazón» es la bisagra que hace posible que el interior se haga exterior. Este desplazamiento instala el juego de la carátula, que funciona doblando el corazón de esta revista, y convirtiendo sus páginas centrales en portada y contraportada. Este recurso visa el siguiente relato: *Melvin «Corazón» Américo cumple 10 años de actividad artística ininterrumpida, cantando sus temas, pertenecientes al género romántico, en plazas, ferias y lugares públicos de todo el país; el que recorre en un vehículo acondicionado especialmente para tal efecto, y vendiendo directamente sus cassettes. Durante el mes de agosto Melvin Américo fue invitado al programa «Gigante y Usted», conducido por Mario Kreutzberger, lo que significó el primer contacto con su público a trávés de la televisión. Duplicassette, su sello discográfico, edita un compacto con sus mejores éxitos para celebrar estos 10 años.*

El viajero sabe que el problema de cada rostro es la elección del espejo donde poder mirarse, que el rostro es piel y la piel es territorio cromatizado por pigmentos de identidad.

LOS E.E.U.U., SU DESEO DE INMIGRAR A LOS E.E.U.U.? **(b)** ¿HA EFECTUADO ALGUIEN UNA PETICION DE VISA DE INMIGRANTE EN SU FAVOR? **(c)** ¿HA SOLICITADO UD. O ALGUIEN EN SU NOMBRE UNA CERTIFICACION DE TRABAJO EN LOS E.E.U.U.?

(a) ☐ No ☐ Si (b) ☐ No ☐ Si (c) ☐ No ☐ Si

¿ESTAN EN LOS E.E.U.U. ALGUNA DE LAS SIGUIENTES PERSONAS? *(Si la respuesta es SI, marque con un círculo el parentesco apropiado e indique lo que esa persona esta haciendo en los E.E.U.U., ej.: estudiando, trabajando, residente permanente, ciudadano Americano, etc.)*

ESPOSO/A _____ NOVIO/A _____ HERMANO/A _____

PADRE/MADRE _____ HIJO/A _____ OTRO _____

ENUMERE LOS PAISES DONDE HA VIVIDO MAS DE 6 MESES DURANTE LOS ULTIMOS 5 ANOS. COMIENCE CON SU DOMICILIO ACTUAL

Países	Ciudades	Féchas Aproximadas

IMPORTANTE: TODOS LOS SOLICITANTES DEBEN LEER Y CONTESTAR MARCANDO APROPIADAMENTE CADA UNA DE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS:

No se puede otorgar una visa a personas que estan comprendidas bajo categorías específicas definidas por ley como no admisibles a los Estados Unidos (salvo cuando se obtenga por anticipado un permiso especial). ¿Se aplica a Ud. alguna de las siguientes categorías?:

Ha sufrido alguna vez una enfermedad contagiosa riesgosa para la salud pública, o un desorden mental o físico peligroso, o ha abusado de, o ha sido adicto a las drogas? ☐ Si ☐ No

Ha sido arrestado o convicto por cualquier delito o crímen aún cuando se beneficie por un perdón, amnistía, u otra acción legal igual? ☐ Si ☐ No

Ha sido alguna vez traficante de substancias controladas (drogas), o prostituta, o tratante? ☐ Si ☐ No

Ha tratado alguna vez de obtener, o ayudar a obtener una visa, ingreso a los E.E.U.U., o algun beneficio inmigratorio a los E.E.U.U., mediante fraude o tergiversación? ☐ Si ☐ No

Ha sido deportado de los E.E.U.U. durante los últimos cinco años? ☐ Si ☐ No

Intenta ingresar a los E.E.U.U. para llevar a cabo actividades subversivas, terroristas, o cualquier otro propósito ilegal? ☐ Si ☐ No

Alguna vez ha ordenado, incitado, asistido, o de alguna otra manera participado en la persecución de cualquier persona a causa de raza, religión, nacionalidad, u opinión política, bajo el control, directo o indirecto del Gobierno Nazi de Alemania, o del gobierno de cualquier área ocupada por, o aliada con el Gobierno Nazi de Alemania? ☐ Si ☐ No

Ha participado alguna vez en un genocidio? ☐ Si ☐ No

Un Si por respuesta no significa automáticamente su ineligibilidad para una visa, pero si contesta SI a cualquiera de las preguntas anteriores, o si tiene alguna pregunta al respecto, se recomienda que se presente en esta oficina.
Si su presentación no es posible en este momento adjunte a su solicitud una declaración de los hechos en su caso.

Certifico que he leído y entendido todas las preguntas enumeradas en esta solicitud y que las respuestas que he suministrado en este formulario son verdaderas y correctas a mi mejor saber y entender. Entiendo que cualquier declaración falsa o tergiversación puede ser causa del rechazo permanente de una visa o denegación del ingreso a los Estados Unidos. Entiendo que el poseer una visa no otorga el derecho al poseedor de ingresar a los Estados Unidos de America al llegar al puerto de entrada si él o ella son encontrados inelegibles.

FECHA DE SOLICITUD _____ FIRMA DEL SOLICITANTE _____

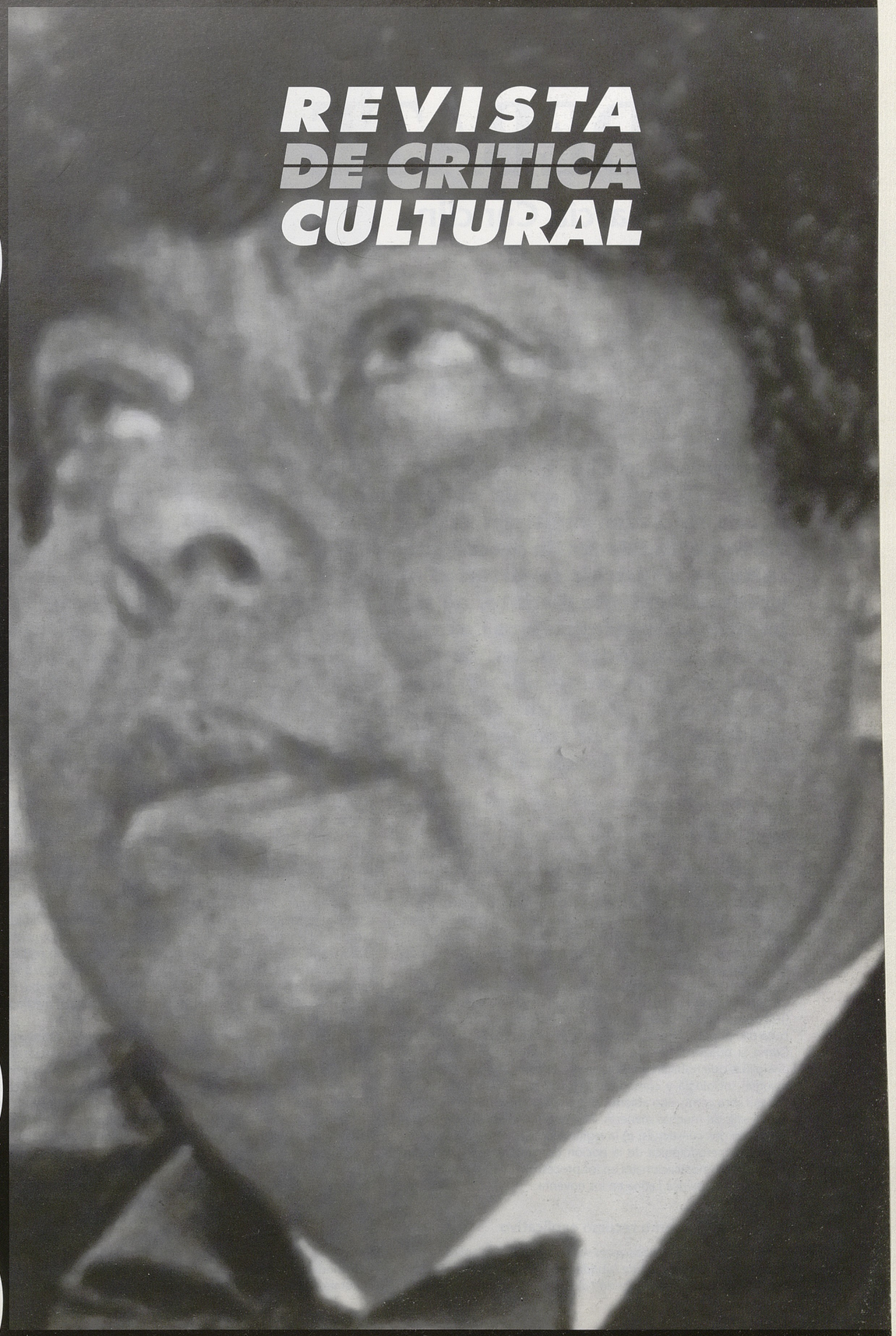
Si esta solicitud ha sido preparada por una agencia de viajes u otra persona en su nombre, el agente debe indicar nómbre y domicilio de la agéncia o la persona con la firma apropiada del individuo que preparó el formulario.

FIRMA DE LA PERSONA QUE PREPARO EL FORMULARIO *(Si difiere del solicitante)* _____

NO ESCRIBA EN ESTE ESPACIO	4 X 4 cm PEGUE O ABROCHE

CORAZON

REVISTA DE CRITICA CULTURAL



EL DEBATE SOBRE LA HIBRIDACION

Néstor García Canclini

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA



Fotografías: Lourdes Grobet, de libro "*Tijuana, la casa de toda la gente*" de **Néstor García Canclini** y **Patricia Safa**

Los estudios sobre hibridación han desacreditado a los enfoques maniqueos que oponían frontalmente a dominadores y dominados, metropolitanos y periféricos, emisores y receptores, y, en cambio, muestran la multipolaridad de las iniciativas sociales, el carácter oblicuo de los poderes y los préstamos recíprocos que se efectúan en medio de las diferencias y desigualdades. En este tiempo de globalización, todos vivimos en fronteras donde se cruzan múltiples estrategias diversificadas. El fin de siglo abre oportunidades sin precedentes de comunicarnos con muchas otras culturas, construir repertorios híbridos y reconocer lo que, siendo irreductiblemente distinto, no tiene por qué ser aislado en forma separatista. Ante los riesgos de esta apertura de cada sociedad a la interacción con tantas otras, surgen reacciones como el esencialismo chovinista, la xenofobia y las reconciliaciones abstractas de la ecualización. ¿Podrá una cultura que reconquiste su potencial crítico y solidario descubrir también posibilidades inéditas de edificar una Babel dialógica y democrática?

¿Qué utilidad puede tener la noción de hibridación al aproximarnos al fin de siglo y en medio de la radical recomposición de los mercados y las fronteras culturales? Siento la necesidad de revisar las respuestas que ensayé a esa pregunta en mi libro *Culturas híbridas,* tomando en cuenta nuevos enfoques sobre la multiculturalidad aparecidos durante los noventa, los procesos de integración e hibridación supranacional promovidos por los acuerdos de libre comercio (NAFTA, Mercosur, etc.), la recolocación que se va dando en esta década de los análisis sobre modernidad y posmodernidad, y también algunas polémicas que suscitó este libro en los seis años que lleva publicado.

Sigo pensando, como señaló Jean Franco, que *Culturas híbridas "es* un libro en busca de un método", en la medida que intenta construir pensamiento "no empaquetado en falsas oposiciones como lo culto o lo popular, lo urbano o lo rural, lo moderno o lo tradicional." Como la búsqueda de ese método, y de articulaciones entre las disciplinas que trabajan por separado esos campos (estética, antropología, sociología y comunicación), son aún tareas en proceso, veo ese libro como algo abierto, al que se puede entrar y del que se puede salir de muchas maneras. Al regresar a él ahora, voy a centrarme en dos cuestiones: a) la legitimidad epistemológica y la fecundidad metodológica de la noción de culturas híbridas; b) las estrategias comunicacionales en los procesos de desarrollo y estancamiento de América Latina en los noventa.

La hibridación como recurso explicativo

Se me ha preguntado varias veces sobre la utilidad de aplicar a procesos culturales la noción de hibridación, proveniente de las ciencias biológicas. ¿No es lo híbrido "algo no fértil, como una mula"? ¿No reside la "vitalidad cultural" en "la capacidad de reproducción y renovación de cada cultura"? (Schmilchuk).

Me cuentan los amigos biólogos que existen unos cuantos ejemplos de hibridaciones fecundas, enriquecedoras, que generan expansión y diversificación. En los vegetales, desde los famosos experimentos de Karpeahenko que cruzó rábanos con repollos, se busca aprovechar características de células provenientes de plantas diferentes para mejorar el crecimiento, la resistencia y la calidad del producto. La mayor parte del maíz desarrollado comercialmente en Estados Unidos es resultado de procesos de hibridación realizados por genetistas para aumentar su vigor (Villée-Dethier, caps. 8 y 10). También es conocida la hibridación de DNA humano con bacterias para producir proteínas, lo cual se ha vuelto el principal medio para generar insulina.

De todas maneras, no veo por qué uno debe quedar cautivo en la dinámica biológica de la cual toma un concepto. Las ciencias sociales han importado muchas nociones de otras disciplinas sin que las invaliden las condiciones de uso en la ciencia de origen. Conceptos biológicos como el de reproducción fueron reelaborados para hablar de reproducción social, económica y cultural: el debate efectuado desde Marx hasta nuestros días se establece en relación con la consistencia teórica y el poder explicativo de ese término, no por una dependencia fatal del uso que le asignó otra ciencia. Del mismo modo, las polémicas sobre el empleo metafórico de conceptos económicos para examinar procesos simbólicos, como lo hace Pierre Bourdieu al referirse al capital cultural y los mercados lingüísticos, no tiene que centrarse en la migración de esos términos de una disciplina a otra sino en las operaciones epistemológicas que sitúen su fecundidad explicativa y sus límites en el interior de los discursos culturales: ¿permiten o no entender mejor algo que permanecía inexplicado? A menudo el conocimiento científico ha avanzado teniendo ante nociones procedentes de universos semánticos distintos una actitud tan experimental como la de algunos artistas ante los recursos lingüísticos de otro. Sobre todo en el campo cultural, puede ser útil pensar las incertidumbres y las contradicciones con la libertad con que Marcel Duchamp repensó a Leonardo cuando pintó a la Gioconda con bigotes. La diferencia de un trabajo con pretensiones científicas respecto de esas operaciones artísticas consiste en situar lógicamente la noción transferida en el sistema de conceptos de la nueva disciplina que la recibe, y confrontarla con los referentes empíricos que se intenta explicar.

Mi propósito ha sido elaborar la noción de hibridación como un concepto social. Según lo expliqué en *Culturas híbridas,* encontré en este término mayor capacidad de abarcar diversas mezclas interculturales que con el de **mestizaje**, limitado a las que ocurren entre razas, o **sincretismo**, fórmula referida casi siempre a fusiones religiosas o de movimientos simbólicos tradicionales. Pensé que necesitábamos una palabra más versátil para dar cuenta tanto de esas mezclas "clásicas" como de los entrelazamientos entre lo tradicional y lo moderno, y entre lo culto, lo popular y lo masivo. Una característica de nuestro siglo, que complica la búsqueda de un concepto más incluyente, es que todas esas clases de fusión multicultural se entremezclan y se potencian entre sí.

Hablar de hibridación me pareció útil para designar las mezclas de la figuración indígena con la iconografía española y portuguesa. Luego, me sirvió para describir los procesos de independencia y construcción nacional en los que proyectos modernizadores han coexistido -hasta nuestros días- con tradiciones poco compatibles con lo que los europeos consideran característico de la modernidad. Al reunir varias conceptualizaciones de este proceso, principalmente las de Jürgen Habermas, Pierre Bourdieu y Howard S. Becker, encontré que se podían sintetizar en cuatro conceptos: emancipación, expansión, renovación y democratización. Pero la *secularización* de los campos culturales, la producción autoexpresiva y autoregulada de las prácticas artísticas y políticas, la racionalización de la vida social y el individualismo creciente, todo eso que se ha considerado resortes de la emancipación moderna, convive en América Latina con fundamentalismos religiosos y étnicos, con analfabetismo y arreglos arcaicos de poder. La *expansión,* así como la *renovación* social y cultural, se han venido manifestando en el rápido desarrollo industrializador y en el crecimiento de la educación media y superior, en el dinamismo de la experimentación artística y literaria a lo largo del siglo XX, en la fluida adaptación de ciertos sectores a las innovaciones tecnológicas y sociales, pero estos impulsos renovadores no sustituyen las tradiciones locales, a veces las acompañan y otras entran en conflicto con ellas, aunque sin destruirlas. También en las metrópolis se observan mezclas multiculturales, pero una característica que llama la atención en América Latina es que la **heterogeneidad** es **multitemporal.** La industria no elimina las artesanías, la democratización no suprime en forma evolucionista los hábitos autoritarios, ni la cultura escrita las formas antiguas de comunicación oral.

En algunos casos, la persistencia de costumbres y pensamientos antiguos puede verse como resultado del desigual acceso a los bienes de la modernidad. Pero otras veces estas hibridaciones persisten porque son fecundas: como analicé en el libro citado, han engendrado matrimonios felices entre la iconografía precolombina y el geometrismo contemporáneo, entre la cultura visual y musical de élites, la popular premasiva y la de las industrias comunicacionales. Así lo comprobamos en muchas artesanías mexicanas, peruanas y

También en las metrópolis se observan mezclas multiculturales, pero una característica que llama la atención en América Latina es que la heterogeneidad es multitemporal. La industria no elimina las artesanías, la democratización no suprime en forma evolucionista los hábitos autoritarios, ni la cultura escrita las formas antiguas de comunicación oral.

guatemaltecas que combinan mitos propios con imágenes transnacionales, en el rock que anima las fiestas pueblerinas y se nutre de melodías étnicas, que luego pueden llegar a tener difusión internacional. Tantas obras que han hecho del diálogo entre lo culto, lo popular y lo masivo su campo de ensayos, desde Octavio Paz y Jorge Luis Borges a Astor Piazzola y Caetano Veloso, testimonian la fertilidad de las creaciones y los rituales liminales menos preocupados por la preservación de la pureza que por la productividad de las mezclas.

Nada de esto ocurre sin contradicciones ni conflictos. Las culturas no coexisten con la serenidad con que las experimentamos en un museo al pasar de una sala a otra. Para entender esta compleja, y a menudo dolorosa interacción, es necesario leer estas experiencias de hibridación como parte de los conflictos de la modernidad latinoamericana. Intenté entender la trayectoria sinuosa de estas interacciones desechando la tesis de una simple imposición de la modernidad, como si se tratara de una fuerza ajena. La historia de cómo se articuló nuestro exuberante modernismo, o sea los proyectos intelectuales de modernidad, con la deficiente modernización socioeconómica, es el relato de cómo se han ingeniado las élites, y en muchos casos los sectores populares, para hibridar lo moderno deseado y lo tradicional de lo que no quieren desprenderse, para hacerse cargo de nuestra heterogeneidad multitemporal y volverla productiva.

Por eso, el término de *hibridación* no adquiere sentido por sí solo, sino en una constelación de conceptos. Algunos de los principales son: modernidad-modernización-modernismo, diferencia-desigualdad, heterogeneidad multitemporal, reconversión. Este último, tomado de la economía, me permitió proponer una visión conjunta de las estrategias de hibridación de las clases cultas y las populares. La hibridación sociocultural no es una simple mezcla de estructuras o prácticas sociales discretas, puras, que existían en forma separada, y, al combinarse, generan nuevas estructuras y nuevas prácticas. A veces esto ocurre de modo no planeado, o es el resultado imprevisto de procesos migratorios, turísticos o de intercambio económico o comunicacional.

Pero con frecuencia la hibridación surge del intento de reconvertir un patrimonio (una fábrica, una capacitación profesional, un conjunto de saberes y técnicas) para reinsertarlo en nuevas condiciones de producción y mercado: así utiliza Pierre Bourdieu esta expresión para explicar las estrategias mediante las cuales un pintor se convierte en diseñador, o las burguesías nacionales adquieren los idiomas y otras competencias necesarias para reinvertir sus capitales económicos y simbólicos en circuitos transnacionales (Bourdieu, 1979: 155, 175, 354). Pero, como analicé en el libro *Culturas híbridas,* también se encuentran estrategias de reconversión económica y simbólica en sectores populares: los migrantes campesinos que adaptan sus saberes para trabajar y consumir en la ciudad, y sus artesanías para interesar a compradores urbanos; los obreros que reformulan su cultura laboral ante las nuevas tecnologías productivas; los movimientos indígenas que reinsertan sus demandas en la política transnacional o en un discurso ecológico, y aprenden a comunicarlas por radio y televisión. En fin, por tales razones, para mí el objeto de estudio no es la hibridez, sino los procesos de hibridación.

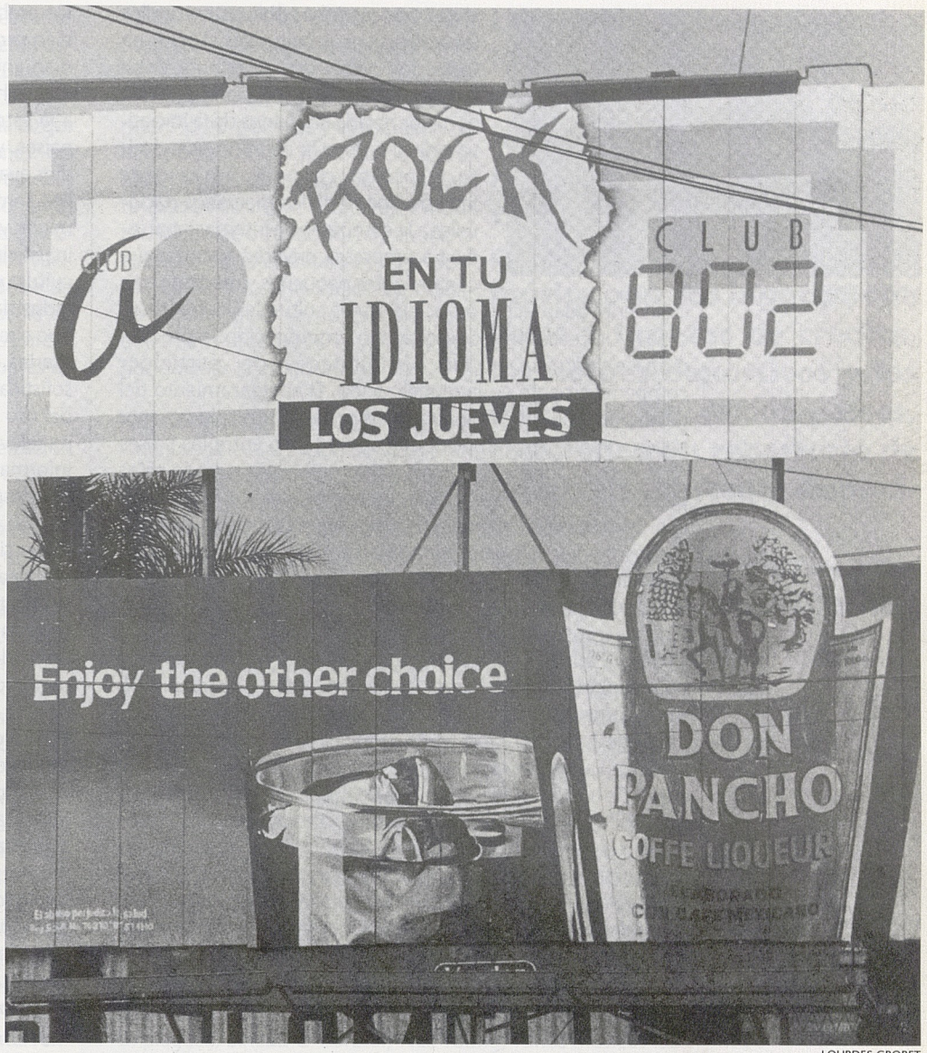
El análisis empírico de estos procesos, articulados a estrategias de **reconversión**, muestra que la hibridación interesa tanto a los sectores hegemónicos como a los populares que quieren apropiarse los beneficios de la modernidad. A veces, los grupos subalternos recurren a técnicas o procedimientos políticos tradicionales, incorporan de un modo híbrido o atípico lo moderno, como estrategias de sobrevivencia frente a las políticas económicas y culturales que los perjudican. Pero las fórmulas mixtas surgen también de protestas y negociaciones, por lo cual la modernización, la actual globalización -y en general toda política hegemónica- no pueden ser entendidas sólo como imposición de los fuertes sobre los débiles. Los estudios sobre hibridación han desacreditado a los enfoques maniqueos que oponían frontalmente a dominadores y dominados, metropolitanos y periféricos, emisores y receptores, y, en cambio, muestran la multipolaridad de las iniciativas sociales, el carácter oblicuo de los poderes y los préstamos recíprocos que se efectúan en medio de las diferencias y desigualdades.

Las filosofías binarias y polares de la historia se revelan particularmente inconsistentes en las fronteras interculturales donde hay intensa hibridación. Pero en rigor, en este tiempo de globalización, todos vivimos en fronteras donde se cruzan múltiples estrategias diversificadas. Así actúan los grupos que concentran el poder y se relacionan con los subalternos considerando hasta cierto punto su diversidad y sus demandas. En el debate internacional ha pasado el tiempo de las oposiciones extremas, del binarismo y de las conspiraciones manipuladoras en una sola dirección. Stuart Hall afirma que para entender las formas actuales de poder económico y cultural hay que trabajar esta aparente paradoja: vivimos en un mundo "multinacional pero descentrado". Si bien la "Global mass culture" permanece centrada en occidente, "it speaks English as an internacional language". "It speaks a variety of broken forms of English". Su expansión se logra mediante una homogeneización "enormously absorptive" de las particularidades locales y regionales, "and it does not work for completness". "It is not attempting to produce little mini-versions of Englishness everywhere, or little versions of Americanness. It is wanting to recognize and absorb those differences within the larger, overarching framework of what is essentially an American conception of the world". En una referencia específica a los vínculos de Estados Unidos con América Latina, Stuart Hall dice que la hegemonía estadounidense no es comprensible sólo cómo eliminación de lo diferente; lo que se observa son, más bien, múltiples caminos a través de los cuales la cultura latinoamericana puede ser "repenetrated, absorbed, reshaped, negotiated, without absolutely destroying what is specific and particular to them" (Hall: 28-29).

Tampoco los estudios recientes sobre las sectores populares permiten sostener aquella polaridad. Como una gran parte de ellos está interesada en la modernización, no sólo enfrentan y resisten, también transaccionan y consienten, toman prestado y reutilizan. Las culturas locales crecen y se expanden a fuerza de volverse cosmopolitas, como los artesanos prósperos de Michoacán o Guerrero, en México, cuando descubren que la preservación pura de sus tradiciones no puede ser el único recurso para reproducirse y reelaborar su situación: al incorporar a los diablos de Ocumicho y a las pinturas en amate de Ameyaltepec escenas contemporáneas, al aprender inglés y a viajar en avión, o a manejar tarjetas de crédito, consiguen el dinero que les permite modernizar su vida cotidiana y al mismo tiempo revitalizar sus tradiciones y ceremonias antiguas. Las renovadas luchas indígenas y campesinas de los años recientes, en Chiapas y en otras zonas de México, los muestran navegando por Internet y otras rutas no convencionales en las que los grupos populares buscan integrarse a la modernidad y sacarle provecho (Zermeño).

El agravamiento de la desigualdad centenaria por los últimos cambios de las sociedades latinoamericanas hace que las confrontaciones tengan a veces el aspecto de simple oposición.

Los énfasis en la subalternidad de las clases populares efectuados por algunos especialistas en estudios culturales (Beverley, Mignolo) son particularmente pertinentes en situaciones en que se exasperan las desigualdades al punto de que las clases y las etnias actúan como si todo se redujera a enfrentamientos. 0 cuando se producen hibridaciones entre "lo propio" y "lo ajeno" porque no hay más remedio que aceptarlas. En estos casos es útil distinguir entre hibridaciones dominadas e hibridaciones de resistencia, al modo en que lo hace Homi K. Bhabha. Es apreciable la contribución de este autor para construir la noción de hibridación como un objeto lingüístico, más allá de la biología, definiéndola como "una metonimia de la presencia" (Bhabha: *115),* y situándola en medio de relaciones de poder, no como si la hibridación entre dos culturas fuera sólo un asunto de relativismo intercultural. Pero encuentro inapropiado para América Latina la constante polaridad que establece entre lo colonial y lo resistente, porque nuestros países dejaron de ser colonias hace casi dos siglos, y la cultura no puede ser analizada hoy entre nosotros "as a colonial space of intervention", sino como escena de disputa por el sentido de la modernidad. Las categorías del pensamiento poscolonial parecen útiles para estudios sobre el período posterior a la conquista (Mignolo, 1995) o el que se vivió inmediatamente después de la independencia. Pero en el contexto de la modernidad-mundo actual aun los amplios sectores perjudicados por la reciente reestructuración neoconservadora interactúan hibridando lo hegemónico y lo popular, lo local, lo nacional y lo transnacional. Entre estas entidades se desarrolla "an intersticial intimacy", expresión que Bhabha emplea para desafiar las "binary divisions" (13) entre lo privado y lo público, el pasado y el presente, lo psíquico y lo social, y reconocer los complejos entrelazamientos que ocurren al estar-entre ("in between"), en las fronteras porosas de los cruces. Bhabha no aplica esta sutil comprensión a las relaciones entre hegemónicos y subalternos, posiblemente por la subordinación de lo cultural al enfrentamiento político que rige su pensamiento. Pero en América Latina –como lo analicé con más detalle en otro texto (García Canclini, 1995: cap. 9)– esta perspectiva es indispensable por la autonomía parcial alcanzada por los campos culturales en la modernidad, así como por la importancia de las transacciones y la negociación en el desenvolvimiento de las identidades hegemónicas y populares.



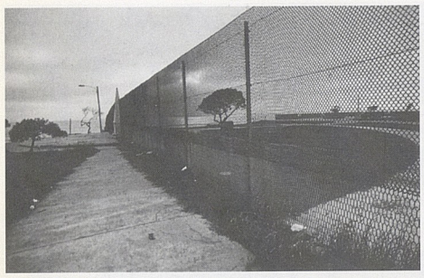
LOURDES GROBET

El malestar por la hibridación: estrategias y contradicciones de la globalización

Veamos ahora algunos dilemas irresueltos del multiculturalismo y la hibridación en América Latina. El debate acerca de las diferencias entre la multiculturalidad en Estados Unidos y en nuestro continente quedaría incompleto si no señaláramos las condiciones comunes a ambas sociedades en los procesos de hibridación contemporánea. Y también que en la actual globalización asimétrica, ciertas formas de hibridación, y de resistencia a la hibridación, presentes en las dos Américas, son resultado de la desigualdad de los intercambios.

Si tomamos en primer plano la situación económica, observamos que nunca estuvo América Latina sometida a un proceso semejante de uniformación. Pero ahora se trata de una **homogeneización recesiva.** Las políticas privatizadoras y transnacionalizadoras fueron aplicadas en forma pareja en todas las economías latinoamericanas. Como consecuencia, hasta los países más dinámicos de otro tiempo (Argentina, Brasil y México) mostraron índices negativos de crecimiento en los ochenta, y las pocas sociedades que lograron recuperar su PIB a principios de los noventa volvieron a contraerse, registran un aumento del desempleo y de su endeudamiento externo. Las grandes ciudades del continente, que los gobiernos y los migrantes campesinos imaginaban hasta hace pocos años como avanzadas de nuestra modernización, sufren el deterioro de su calidad de vida, son los centros dramáticos de la violencia. Muchas se parecen, en tanto sus calles y plazas se convierten en escenarios caóticos de la pobreza que intenta sobrevivir mediante el mercado "informal". Estas políticas de retroceso económico y descomposición social logran paradójico consenso electoral mediante la exacerbación de algunos rasgos "premodernos" (caudillismos de líderes populistas, clientelismos y arreglos corruptos con las masas menos incorporadas a la educación y la producción moderna), que se alían a productos perversos de la modernidad (narcotráfico, boicots financieros internacionales, deudas externas impagables). Los signos más negativos de la hibridación entre lo tradicional y lo moderno son movilizados para generar consenso a las políticas de desindustrialización, desempleo y mayor dependencia, en suma, de autodestrucción nacional ejecutadas por los gobiernos de Menem, Fujimori, Bucaram, y otros de la región.

Esta homogeneización recesiva afecta también la producción y el consumo de cultura. En las dos últimas décadas decreció la producción de libros, discos y películas en América Latina, se cerraron cines, librerías y teatros, museos de arte y programas de apoyo a las culturas populares. Muchas editoriales y radios han sido compradas por empresas europeas y estadounidenses que las reprogramaran desde patrones ajenos a la región. Los gobiernos, agobiados por la deuda externa, reducen


LOURDES GROBET

el gasto en servicios públicos, entre ellos los educativos y culturales. Dicen en todos los países que la cultura debe autofinanciarse, rendir ganancias, y que es mejor dejarla en manos de la iniciativa privada. Pero la recesión económica, la caída del consumo, y la apertura indiscriminada de los mercados nacionales a la competencia internacional asfixia a empresas privadas grandes y a comerciantes pequeños y medianos. La ineficiente adaptación de las industrias culturales latinoamericanas y la recesión económica han empobrecido la producción endógena y las posibilidades de participar competitivamente en la globalización. El adelgazamiento del gasto público y las débiles acciones privadas nos colocan ante esta paradoja: se promueve mayor comercio entre los países de América Latina y de éstos con las metrópolis cuando estos países producen menos libros, menos películas y menos discos. Se impulsa la integración en el momento en que se tienen menos bienes culturales para intercambiar y el deterioro de los salarios achica el consumo de las mayorías.

Sólo las transnacionales de la comunicación, como Televisa y O'Globo, aumentan sus inversiones, únicamente en las áreas de recuperación más segura (televisión, video y revistas masivas). Como escribió Jesús Martín Barbero, "en la 'perdida década' de los ochenta la única industria que se desarrolló en América Latina fue la de la comunicación. El número de emisoras de televisión se multiplicó -de 205 en 1970 pasó a 1459 en 1988-, Brasil y México se dotaron de satélites propios, la radio y la televisión abrieron enlaces mundiales vía satélite, se implantaron redes de datos, antenas parabólicas y T.V. cable, se establecieron canales regionales de televisión. Pero todo ese crecimiento se realizó siguiendo el movimiento del mercado sin apenas intervenciones del Estado, más aún minando el sentido y las posibilidades de esa intervención, esto es dejando sin piso real el espacio público y acrecentando las concentraciones monopólicas" (Martín Barbero, 1995).

Quiero indagar, por último, qué posibilidades de desarrollo cultural y estético ofrece para los latinoamericanos esta etapa de integración transnacional con homogeneización recesiva. Las aperturas de la globalización generan oportunidades diversas para los sectores hegemónicos y para las capas populares. Por razones de espacio voy a limitarme a señalar dos características en que ambas franjas coinciden o están interrelacionadas.

1. **Integración y segregación.** Los acuerdos de libre comercio benefician principalmente a las élites empresariales y de gobierno de los países periféricos, y reproducen su posición subordinada al disminuir la producción endógena y su competitividad internacional. Pero la globalización a la vez homogeneiza e integra a todos los sectores en el consumo. La expansión transnacional de las comunicaciones, que debilita el peso de las tradiciones locales, ha formado un folclor-mundo o, como lo llama Renato Ortiz, una "cultura internacional-popular": las comunidades de consumidores se organizan cada vez menos según diferencias nacionales y, sobre todo en las generaciones jóvenes, definen sus prácticas culturales de acuerdo con información y estilos homogeneizados, captables por los receptores de diversas sociedades con independencia de sus concepciones políticas, religiosas o nacionales. Los consumidores de todas las clases sociales son capaces de leer las citas de un imaginario multilocalizado que la televisión y la publicidad agrupan: los ídolos del cine hollywoodense y de la música pop, los logotipos de jeans y tarjetas de crédito, los héroes deportivos y los políticos de varios países, componen un repertorio de signos en constante disponibilidad.

Sin embargo, el mismo proceso que **integra e hibrida,** también **segrega.** La multiculturalidad y sus diferencias se conforman ahora no sólo por la convivencia y el conflicto de tradiciones históricas diversas dentro de cada nación, sino debido a la estratificación engendrada por el desigual acceso de los países, y de los sectores internos de cada sociedad, a los medios avanzados de comunicación. La desigualdad entre naciones centrales y periféricas, así como entre los estratos económicos y educativos dentro de cada una, engendran nuevas injusticias. Grandes masas ven limitada su incorporación a la cultura global por el acceso exclusivo a la primera etapa de las industrias audiovisuales: los entretenimientos y la información que circulan en la radio y la televisión gratuitas. Grupos minoritarios de las clases medias y populares pueden actualizar y sofisticar su información al participar en una segunda etapa del uso de medios comunicacionales, que abarca los circuitos de televisión por cable, la educación ambiental y sanitaria, y la información política de videos. Pero son más bien las élites empresariales, políticas y académicas las que logran conectarse a las modalidades más activas de comunicación, es decir al tercer sistema que incluye el fax, el correo electrónico, las antenas parabólicas: desde la filmación de videos aficionados hasta la construcción de redes electrónicas internacionales de tipo horizontal (Internet). Sólo reducidos sectores populares participan de estos últimos circuitos a través de la producción de periódicos, radios y videos comunitarios.

Parece difícil que sin un acceso generalizado a las dos últimas modalidades de comunicación, puedan desarrollarse formas democráticas **actuales** de ciudadanía, o sea vinculadas con la información internacional y con capacidad de intervenir significativamente en los acuerdos de integración global y regionales. La dimensión multinacional de asuntos como la contaminación ambiental, el tráfico de drogas y las innovaciones tecnológicas y culturales, requiere que los ciudadanos posean información que trascienda los espacios locales o nacionales. Por lo tanto, las políticas culturales deben coordinar acciones adecuadas a lo que podemos llamar **la esfera pública supranacional** (CEPAL, 1994, y UNESCO, 1995).

Cabría señalar otras formas de segregación generadas por la globalización de las industrias culturales, o asociadas a ella: entre generaciones, etnias y naciones. Como un ejemplo del modo en que podrían trabajarse los actuales procesos de hibridación y diferenciación, quiero referirme a las distinciones de género. Jean Franco sugería en su crítica al libro *Culturas híbridas, como* una manera de profundizar la dimensión subjetiva en los procesos de hibridación, incluir el género como categoría de análisis (Franco: 137-141). Posteriormente, al investigar cómo los gustos de los espectadores de cine de diferentes naciones son hibridados y unificados bajo la estética hollywoodense que hace prevalecer la acción espectacular sobre otras modalidades dramáticas y narrativas, hallé que en México se observan diferencias según los géneros en las relaciones con el cine nacional y con el de Estados Unidos. Hombres y mujeres prefieren mayoritariamente las películas de EU, pero la atracción más alta de los varones por filmes "de acción" (thriller, aventuras, espionaje) hace que sus respuestas concedan un porcentaje superior a las cintas estadounidenses; en tanto la preferencia de las mujeres por los temas "sentimentales" y "familiares" las vincula más con el cine mexicano. De todos modos, tanto para los hombres como para las mujeres se observa que la relación con lo nacional y lo estadounidense sirve para jugar simbólicamente con la acción y la violencia social, en tanto el cine mexicano -donde estas cuestiones son menos frecuentes- proporciona los escenarios para elaborar los conflictos efectivos y familiares. En síntesis, los procesos de homogeneización, diferenciación e hibridación no abarcan del mismo modo a hombres y mujeres, a generaciones o etnias distintas aún dentro de la misma nación.

2. **La hibridación ecualizada.** ¿Qué ocurre en los circuitos comunicacionales donde los bienes simbólicos se ofrecen masivamente a todos los públicos? El fácil acceso actual a músicas de diversos continentes, aun desde las sociedades periféricas, ayuda a compositores, intérpretes y audiencias a conocer hallazgos de otras culturas y fusionarlos con las propias tradiciones. Las estrategias de las grandes empresas comunicacionales propician, mediante su expansión mundial, que todos nos relacionemos con repertorios multiculturales. Pero las tecnologías de grabación y reproducción que nos acercan estilos distantes los vuelven demasiado fácilmente conmensurables al someterlos a un gusto padronizado: la percusión de una batería de escola de samba o de una orquesta de salsa suenan cada vez más parecidas a los timbales de una orquesta sinfónico y los tambores de un grupo de música religiosa africana o indonesa.

Como observa José Jorge Carvalho, esta homogeneización transnacional genera malentendidos: "El oyente urbano postmoderno aprende a recibir como algo familiar lo que es concebido por sus creadores y cultores tradicionales como singular, original; y el oyente típico de una comunidad musical tradicional tiene serias dificultades para aprehender el carácter fundamentalmente irónico, alegórico, o simulacral, de la producción musical generada por los medios masivos contemporáneos. Dicho de otro modo, en vez del ideal de la mutua exégesis, de la hermenéutica fusión de horizontes musicales, lo que nos toca analizar ahora con más frecuencia son las situaciones de incompatibilidad comunicativa" (Carvalho, 1995: 4).

Sin embargo, estos malentendidos y esta incompatibilidad son ocultados mediante artificios electrónicos. Un recurso clave para reducir las discontinuidades entre las variaciones tímbricas y de estilos melódicos que supone la alteridad musical es el ecualizador, ese dispositivo que organiza el equilibrio sonoro entre los instrumentos de un conjunto y en relación con las voces. Al aplicar a las diferencias interculturales esa capacidad de compensar sonidos agudos con medianos y graves, así como entre los varios canales, para que todo se oiga con facilidad y la masa sonora sea agradable, se está realizando una intervención que trasciende lo estético. Estamos ante cambios de estrategias comunicacionales que implican nuevas políticas multiculturales.

La búsqueda de una estética de equilibrio sonoro, que tuvo sus primeras manifestaciones en los aeropuertos, restaurantes, centros comerciales y otros lugares donde se trataba de "climatizar" el ambiente, se expande ahora mediante técnicas de grabación industrial que eliminan "lo discordante". Carvalho ha estudiado algunas de los principales procedimientos utilizados: a) las intensidades de distintos géneros e instrumentos musicales, los pianísimos y fortísimos, son equilibrados para que suenen bajo una homogeneidad orquestal o subordinados al canal de la voz; b) el abuso en el efecto de retorno o reverberación del sonido en shows y bares, que atrofia la capacidad del oyente para captar pasajes más sutiles, se extiende a los hábitos de grupos juveniles, y aún individuos con walkman, para los cuales la mejor manera de escuchar música es con la mayor amplificación y volumen de la masa sonora; c) el disco compacto consagra los paradigmas uniformadores de audición al ofrecer versiones "depuradas", que se presentan como si fueran producidas en salas acústicas equilibradas, con la orquesta perfecta y el espectador en la posición ideal para oír: la grabación ecualizada, con un sujeto auditor ecuánime, siempre en el centro.

Esta perspectiva etnocéntrica e ingenuamente moderna, que se desentiende de la crisis de la representación elaborada desde hace décadas por la literatura y el cine, oculta sus operaciones de borramiento: tantos balances sutiles de intensidad y ritmo eliminan las inflexiones de las voces, los desplazamientos de energías, las oscilaciones entre momentos de mayor elocuencia sonora y silencios significativos. "Solamente quedan la secuencia de acordes, el metro puro y simple y el esquema de la melodía con las palabras del texto, todo cargado de reverberación. El efecto técnico sustituye la dinámica musical. Dicho de otro modo, hay aquí una ejecución sin interpretación, sin presencia, sin aura. La 'música' es reproducida al vivo, pero ya no es vivida por quien la reproduce, y mucho menos por quienes la escuchan" (p. 9).

Los consumidores de todas las clases sociales son capaces de leer las citas de un imaginario multilocalizado que la televisión y la publicidad agrupan: los ídolos del cine hollywoodense y de la música pop, los logotipos de jeans y tarjetas de crédito, los héroes deportivos y los políticos de varios países, componen un repertorio de signos en constante disponibilidad.

Sin embargo, el mismo proceso que integra e hibrida, también segrega.

Forjada como un recurso del gusto occidental, la ecualización se vuelve un procedimiento de hibridación tranquilizadora, reducción de los puntos de resistencia de otras estéticas musicales y resistencia a los desafíos que traen culturas diversas. Bajo la apariencia de una reconciliación amable entre las culturas, se esconde la simulación de que podemos estar cerca de los otros sin preocupamos por entenderlos. Como el turismo de apuro, como tantas superproducciones cinematográficas transnacionales, la ecualización es la mayoría de las veces un intento de climatización monológica, de acomodamiento acústico en medio de los estruendos del mundo.

Por cierto, la ecualización ha servido también para restituir el sentido de músicas antiguas, medievales y renacentistas, refinar la grabación de músicas no occidentales, y experimentar con efectos acústicos y resonancias originales en la composición y la interpretación electrónicas, el minimalismo y la música aleatoria. Por otra parte, sigue existiendo la posibilidad de desenchufarse: desde que Eric Clapton grabó su disco *Unplugged,* Sinead O'Connor, Neil Young, varios músicos latinoamericanos, como Gilberto Gil y Charly García, nos recuerdan que aún es posible redescubrir las modulaciones y sutilezas de diversos estilos. No se escapa de los circuitos monopólicos transnacionales con estas exploraciones "alternativas", como lo demuestra el interés de MTV por difundirlas, pero tal vez ayudan a ver de un modo no unidireccional la interacción entre artistas, intermediarios y públicos.

Estas oscilaciones musicales pueden ser entendidas como metáforas de opciones estéticas más vastas, que a la vez son modos variados de asumir la multiculturalidad, la hibridación y las diferencias que no se dejan hibridar, que no son ecualizables. Así, el fin de siglo abre oportunidades sin precedentes de comunicamos con muchas otras culturas, construir repertorios híbridos y reconocer lo que, siendo irreductiblemente distinto, no tiene por qué ser aislado en forma separatista. Ante los riesgos de esta apertura de cada sociedad a la interacción con tantas otras, surgen reacciones como el esencialismo chovinista, la xenofobia y las reconciliaciones abstractas de la ecualización. ¿Podrá una cultura que reconquiste su potencial crítico y solidario descubrir también posibilidades inéditas de edificar una Babel dialógica y democrática?

El texto de esta conferencia es parte del curso que N. García Canclini dictó en la Universidad ARCIS (agosto 1997), invitado por el Programa de la Fundación Rockefeller (ARCIS–La Morada–Revista de Crítica Cultural).

El boom del subalterno

MABEL MORAÑA University of Pittsburgh

La noción de subalternidad toma vuelo en la última década principalmente como consecuencia de los cambios sociales que incluyen el debilitamiento del modelo marxista a nivel histórico y teórico. Mientras los sectores marginados y explotados pierden voz y representatividad política, afluye el rostro multifacético del indio, la mujer, el campesino, el "lumpen", el vagabundo; el cual entrega en música, videos, testimonios, novelas, etc., una imagen que penetra rápidamente el mercado internacional, dando lugar no sólo a la comercialización de este producto cultural desde los centros internacionales, sino también a un trasiego teórico que intenta totalizar la empiria híbrida latinoamericana con conceptos y principios niveladores y universalizantes.
Hibridez y subalternidad son nociones claves para la comprensión de las relaciones Norte/Sur basadas en la refundamentación del "privilegio epistemológico" que ciertos lugares de enunciación siguen manteniendo en el contexto de la globalidad.

La invitación a reflexionar sobre la cultura latinoamericana "más allá de la hibridez"* propone la tarea de desafiar los límites de un concepto que hasta hace poco tiempo se presentaba como incuestionablemente operativo para la captación de una cualidad distintiva y definitoria de la historia latinoamericana, marcada desde sus orígenes occidentales por la violencia de la apropiación colonial.

En estas páginas quiero referirme a las relaciones entre hibridez y subalternidad, y particularmente a las implicancias de la apropiación de ambos conceptos en el espacio teórico del latinoamericanismo internacional, es decir, a las elaboraciones desde y sobre América Latina, en relación con la creación de ese Tercer Espacio de que habla Homi Bhabha para referirse al lugar contradictorio y ambivalente desde el que se enuncia, se discrimina y se interpreta un campo cultural.

HETEROGENEIDAD, TRANSCULTURACIÓN, SUBALTERNIDAD

Desde la década de los años sesenta, los latinoamericanos asumimos que el concepto de hibridez captaba el rasgo más saliente de la experiencia cotidiana y de la producción cultural en formaciones sociales que desde la colonia a nuestros días han debido negociar su existencia a partir del entrecruzamiento de proyectos y agendas que definíamos en términos de lo propio y lo foráneo, aunque los intercambios entre uno y otro nivel implicaran la comprensión de complejos procesos de representación simbólica y la implementación de estrategias interpretativas que nos permitían, como hace mucho advirtiera Althusser, complementar nuestra ignorancia con el trasiego interdisciplinario.

La noción de hibridez era utilizada de manera "plana", como sinónimo de sincretismo, cruce o intercambio cultural, y como forma de contrarrestar la ideología colonialista que desde el Descubrimiento aplicara, con pocas variaciones, el principio de "un dios, un rey, una lengua", como fórmula de sojuzgamiento político y homogeneización cultural.

En la década de los años setenta, los trabajos de Cornejo Polar formalizan en torno al concepto de heterogeneidad un campo semántico que incluía y superaba el nivel descriptivo que estaba implícito en la noción de hibridez. Sus estudios sobre el área andina rescatan la existencia de sistemas culturales diferenciados que revelan a la nación como totalidad contradictoria y fragmentada, atravesada por formas comunicacionales, modos de producción económica y cultural y agendas políticas que contradicen la utopía liberal de la unificación nacionalista.

En la misma década, el concepto de transculturación extendido por Rama desde el campo de la antropología al de la crítica literaria vuelve a explorar el tema de la transitividad cultural como intento por comprender, en el contexto de las políticas desarrollistas, el lugar y función del intelectual y las posibilidades y riesgos de cooptación de éste por parte de los proyectos e instituciones del Estado, en el contexto de la modernidad.

Con la microsociología de García Canclini la hibridez vuelve por sus fueros, como cualidad central de un proceso de transnacionalización cultural e intercambios sistémicos que reemplaza el esencialismo identitario con la mitificación del mercado como espacio de conciliación civil donde el valor de cambio de los bienes culturales incorpora una nueva dinámica social e ideológica sobre la base de la reconversión cultural y la democratización por el consumo. En el contexto de la globalización, la hibridez es entonces el dispositivo que incorpora el particularismo a la nueva universalidad del capitalismo transnacionalizado. Más que como concepto reivindicativo de la **diferencia**, la hibridez aparece en Canclini como fórmula de conciliación y negociación ideológica entre los grandes centros del capitalismo mundial, los Estados nacionales y los distintos sectores que componen la sociedad civil en América Latina, cada uno desde su determinada adscripción económica y cultural.

Hasta aquí, la crítica latinoamericana utiliza la noción de hibridez para una crítica "desde adentro" de la modernidad y del nacionalismo liberal, como superación de los esquemas dependentistas y las dicotomías que oponían cultura popular / alta cultura, elementos vernáculos y foráneos, centro / periferia. Sin haber efectuado un cambio epistemológico radical, la noción de hibridez incorporó cierta fluidez culturalista en los análisis de clases. Permitió, por ejemplo, inscribir en el mapa político latinoamericano la topografía de la diversidad étnica, lingüística, genérica, desafiando sólo relativamente los límites de una cartografía impuesta desde afuera, con los instrumentos que el imperialismo ha usado siempre para marcar el territorio, establecer sus fronteras y definir las rutas de acceso al corazón de las colonias.

En este sentido, más que como ideologema que se sitúa en el intersticio de los discursos y proyectos hegemónicos, la noción de hibridez pareció abrir para Latinoamérica un espacio



Rigoberta Menchú, fotografía de AP/Wide World Photos

alternativo descentrando los parámetros del gusto, el valor, y la pragmática burguesa, y anunciando en la narrativa cultural del continente el protagonismo de un personaje colectivo largamente elaborado, desde todos los frentes culturales y políticos: la masa, el pueblo, la ciudadanía, el subalterno-- antes representado vicaria y parcialmente en la épica de los movimientos de resistencia antiimperialista y de liberación nacional, ahora incorporado por derecho propio a la performance de la postmodernidad.

Con el fin de la Guerra Fría, la crisis del socialismo de estado y el consecuente debilitamiento del pensamiento marxista como parámetro para contrarrestar la implementación del neoliberalismo y los efectos de la globalización capitalista, se producen dos fenómenos fundamentales para la teorización latinoamericanista a nivel internacional: primero, la necesidad de refundamentar la centralidad de los espacios y discursos que definen el lugar y función de América Latina a nivel internacional. Segundo: la urgencia por redefinir las formas de agencia política en el sub-continente, y el correlativo problema de la representación de una alteridad capaz de subvertir el nuevo orden (la nueva hegemonía) de la post-modernidad.



No es de extrañar que, por este camino, la noción de hibridez se haya visto potenciada por lecturas "centrales" que le adjudican una cualidad interpelativa creciente, una especie de "valor agregado" que permite reconstruir la imagen de América Latina dentro del campo de influencia teórica del occidentalismo finisecular. No es tampoco casual que esta apropiación del concepto coincida con el tema de la agencia política, los debates en torno a la función del intelectual en el contexto de la globalidad, la redefinición de las fronteras disciplinarias y las reflexiones acerca de la ética de la representación cultural .

Particularmente en los Estados Unidos, la noción de hibridez se articula tanto al pensamiento poscolonial como a la ideología de las minorías y a la que Bhabha llama con razón la "anodina noción liberal de multiculturalismo", inscribiéndose en un debate transdisciplinario que construye a América Latina, otra vez, como objeto de representación, como imagen que verifica la existencia y función del ojo que la mira.

En este contexto, la hibridez ha pasado a convertirse en uno de los ideologemas del pensamiento postcolonial, marcando el espacio de la periferia con la perspectiva de un neoexotismo crítico que mantiene a América Latina en el lugar del otro, un lugar preteórico, calibanesco y marginal, con respecto a los discursos metropolitanos. La hibridez facilita, de esta manera, una seudointegración de lo latinoamericano a un aparato teórico creado para otras realidades histórico-culturales, proveyendo la ilusión de un rescate de la especificidad tercermundista que no supera, en muchos casos, los lugares comunes de la crítica sesentista.

Para dar un ejemplo, en *The Post-Colonial Studies Reader* editado por Bill Ashcroft, Gareth Griffiths y Helen Tiffin (Routledge, 1995), uno de los textos más usados para la difusión académica de la teorización postcolonial, América Latina aparece representada justamente a partir de la puerta que abre la noción de hibridez, la cual titula uno de los apartados de esta antología crítica. Pero incluso en esa mínima inclusión, se rescata solamente la fórmula de lo real maravilloso, como intento por demostrar cómo el pensamiento postcolonial integra en sus nuevos productos culturales (en los procesos de creolización, por ejemplo) las formas del pasado, sin renunciar a las bases epistemológicas desde las que se construía la alteridad desde el horizonte desarrollista de la modernidad. Spivak y Said también se han referido a la hibridez latinoamericana ligándola a la obra de Carpentier, García Márquez y otros representantes del *boom*, instrumentando así una inscripción oblicua de la cuestión latinoamericana en el contexto teórico del postcolonialismo. Nueva demostración de que América Latina no se repuso nunca del realismo mágico, que proporcionara en medio de las luchas por la liberación y la resistencia antiimperialista de los '60 la imagen exportable de una hibridez neocolonial gozosa y sólo moderadamente desafiante, capaz de captar brillantemente la imaginación occidental y cotizarse en los mercados internacionales, incluyendo la academia sueca. Esto, sin desmerecer los méritos literarios de la poética sesentista, ni la funcionalidad que esos discursos pudieron haber tenido internamente en el contexto latinoamericano.

A todo esto, dentro de este proceso de negociaciones y apropiaciones teóricas, y ante el quiebre ideológico que registra la postmodernidad ¿dónde reside la agencia cultural, y cómo devolver a un panorama marcado por el descaecimiento de las grandes narrativas, los pequeños relatos sectoriales, las reivindicaciones, levantamientos y agendas de grupos que resisten el control de un poder transnacionalizado desde posiciones que rebasan, sin superarlo, el verticalismo de clases? ¿Cómo entender la heterogeneidad desde el fragmentarismo de los

centros que se enfrentan al desafío de proponer las bases ideológicas para una nueva hegemonía postcolonial, postoccidental, "posthistórica"? ¿Desde qué posiciones reinstaurar el nivel de lo político, en análisis marcados por un culturalismo sin precedentes? ¿Cómo redefinir las relaciones Norte/Sur y el lugar ideológico desde donde se piensa y se construye América Latina como el espacio irrenunciable de una otredad sin la cual el yo que habla (que *puede* hablar, a pesar de los reparos de Spivak) se des-centra, se des-estabiliza epistemológica y políticamente? ¿Cómo arbitrar la entrada a la postmodernidad de formaciones sociales que viven aún una (pre)modernidad híbrida, donde se enquistan enclaves neofeudales, dependientes, patriarcales, autoritarios, donde sobrevive la tortura y el colonialismo interno, la impunidad política, la explotación, la marginalidad? ¿Cómo re-establecer el papel del intelectual, su mesianismo irrenunciable, su mediación privilegiada, desde una crítica de la nación, del centralismo estatal y metropolitano, de la escritura, como violencia de las élites? Finalmente, ¿desde qué autoridad (autoría, autorización) reivindicar el programa de una nueva izquierda letrada, entronizada en la academia, en las fundaciones de apoyo a la cultura, en la tecnocracia de un humanismo postmoderno, sin dar la espalda a los derechos humanos, las clases sumergidas, y a la esperanza de una integración real, de igual a igual, entre las regiones globalizadas?

Creo que queda claro que estas preguntas intentan sugerir al menos dos problemas vinculados con la centralidad de los discursos. El primero, relacionado a la necesidad de repensar el papel que jugarán en la etapa actual los espacios que se identifican, por su mismo grado de desarrollo interno y de influencia internacional, con el programa de la postmodernidad. Segundo, qué papel corresponderá en este proceso de rearticulaciones político-ideológicas a la *intelligentsia* central y periférica en su función de interpretar los nuevos movimientos sociales.

Las Relaciones Norte/Sur

A pesar de que la teorización de la globalidad incorpora sin duda nuevos parámetros al problema de la representación latinoamericana, muchos aspectos de la problemática actual crean un *dejá vu* que vale la pena analizar.

Para la etapa que se abre a comienzos del siglo XX, Angel Rama caracterizaba el surgimiento de un "pensamiento crítico opositor", con conceptos que podrían sostenerse, casi intactos, para explicar la coyuntura actual. Para aquel contexto, Rama indicaba en *La ciudad letrada* que la fuerza del intelectual opositor residía en su capacidad de definir la siguiente agenda:

constituir una doctrina de regeneración social que habrá de ser idealista, emocionalista y espiritualista; desarrollar un discurso crítico altamente denigrativo de la modernización, ignorando las contribuciones de ésta a su propia emergencia; encarar el asalto a la ciudad letrada para reemplazar a sus miembros y parcialmente su orientación, aunque no su funcionamiento jerárquico. (128)

La construcción de la nueva versión postmoderna de América Latina elaborada desde los centros responde en gran medida a esos mismos propósitos: hacer de América Latina un constructo que confirme la centralidad y el vanguardismo teórico globalizante de quienes la interpretan y aspiran a representarla discursivamente.

La noción de subalternidad toma vuelo en la última década principalmente como consecuencia de este movimiento de recentralización epistemológica que se origina en los cambios sociales que incluyen el debilitamiento del modelo marxista a nivel histórico y teórico. Mientras los sectores marginados y explotados pierden voz y representatividad política, afluye el rostro multifacético del indio, la mujer, el campesino, el "lumpen", el vagabundo, el cual entrega en música, videos, testimonios, novelas, etc. una imagen que penetra rápidamente el mercado internacional, dando lugar no sólo a la comercialización de este producto cultural desde los centros internacionales, sino también a un trasiego teórico que intenta totalizar la empiria híbrida latinoamericana con conceptos y principios niveladores y universalizantes.

Cuando hago referencia al "boom del subalterno" me refiero al fenómeno de diseminación ideológica de una categoría englobante, esencializante y homogenizadora por la cual se intenta abarcar a todos aquellos sectores subordinados a los discursos y praxis del poder. Entiendo que se trata de una categoría relacional y "migrante", que se define en términos situacionales y que trata de escapar a todo riesgo de sustancialismo ahistórico y a todo marco de estricto verticalismo teórico. Sin embargo, ¿qué nos entrega de nuevo este concepto? ¿Dónde coloca al "otro" y desde qué sistemas de control ideológico se legitima esa reubicación?

El concepto de subalternidad no es nuevo en el imaginario latinoamericano. En el discurso de los libertadores --discurso "autorizado" por la legitimidad de la praxis política-- el término aparece incluido para hacer referencia a los desposeídos y marginalizados por el régimen colonial, pero la connotación denigratoria del término impide utilizarlo como interpelación directa de los vastos sectores a los cuales debe abarcar el utopismo de la emancipación.

En las teorizaciones actuales el concepto de subalternidad se vuelve a potenciar a partir de la elaboración gramsciana, en la cual el marxista italiano hace referencia a los estratos populares que ante la unidad histórica de las clases dirigentes, se hacen presentes a través de una

La hibridez ha pasado a convertirse en uno de los ideologemas del pensamiento postcolonial, marcando el espacio de la periferia con la perspectiva de un neo-exotismo crítico que mantiene a América Latina en el lugar del otro, un lugar preteórico, calibanesco y marginal, con respecto a los discursos metropolitanos.

Para el sujeto latinoamericano, que a lo largo de su historia fuera sucesivamente conquistado, colonizado, emancipado, civilizado, modernizado, europeizado, desarrollado, concientizado, des-democratizado (y, con toda impunidad, re–democratizado), y ahora globalizado y subalternizado por discursos que prometieron, cada uno en su contexto, la liberación de su alma, la etapa presente podría ser interpretada como el modo en que la izquierda que perdió la revolución intenta recomponer su agenda, su misión histórica y su centralidad letrado–escrituraria buscando definir una nueva "otredad" para pasar, "desde afuera y desde arriba", de la representación a la representatividad.

activación episódica, presentándose como un nivel disgregado y discontinuo con grados variables y negociados de adhesión a los discursos y praxis hegemónicos. La elaboración actual del concepto violenta, de algún modo, esa disgregación, convirtiendo la subalternidad en una narrativa globalizante, sustituyendo el activismo político que fundamentaba los textos incluídos en los *Cuadernos de la cárcel* por un ejercicio intelectual desde el que puede leerse, más que el relato de las estrategias de resistencia de los dominados del Sur, la historia de la hegemonía representacional del Norte, en su nueva etapa de rearticulación postcolonial.

Con la expresión "boom del subalterno" intento poner en articulación tres niveles:

Primero, lo de *"boom"* hace alusión al montaje ideológico-conceptual que promueve la subalternidad como parte de una agenda exterior, vinculada a un mercado donde aquella noción se afirma como un valor de uso e intercambio ideológico y como marca de un producto que se incorpora, a través de diversas estrategias de promoción y reproducción ideológica, al consumo cultural globalizado.

En un segundo nivel, la expresión se refiere al modo en que las relaciones de subordinación (explotación, sujección, marginación, dependencia) político-social se transforman en campo de conocimiento, o sea se re-producen como objeto de interpretación y espacio de poder representacional.

En un tercer nivel, la expresión se refiere al modo en que ese objeto de conocimiento es elaborado (tematizado) desde una determinada posición de discurso o lugar de enunciación: la academia, los centros culturales y fundaciones a nivel internacional, la "vanguardia" ideológica, donde la misma ubicación jerárquica del emisor parece eximir de la necesidad de legitimar el lugar desde donde se habla.

La incorporación de la teorización subalternista al debate latinoamericano se ha basado asimismo, en algunos casos, en la reflexión cultural surgida en la India en torno al desarrollo del pensamiento nacionalista que, como contrapartida de la fuerte influencia ejercida por el colonialismo británico, se constituyó en una nueva forma de falsa conciencia que a través de sus estrategias de interpretación y ordenamiento historiográfico continúa ocultando la verdadera condición del domi- nado y la naturaleza de la movilización popular y de sus proyectos de resistencia a las estructuras de poder. Esta reflexión, distanciada tanto de la ideología liberal como del pensamiento marxista y postestructuralista, ha dado lugar a una fuerte crítica de la noción de sujeto, del discurso ilustrado y de la historiografía que ha interpretado tradicionalmente los movimientos sociales e ideológicos de la región. Desde estos parámetros críticos, la teoría de la subalternidad surge como alternativa teórica al discurso hegemónico occidentalista y a las estrategias que éste despliega en su interpretación de los procesos de liberación anticolonialista. A pesar de las inmensas diferencias históricas --sociales, culturales y políticas-- que separan el caso de la India del latinoamericano, la teorización subalternista se apoya en la matriz (anti)colonialista como espacio ideológico que crearía condiciones asimilables de existencia y conciencia social (producción de sujetos dominados, imposición de un discurso hegemónico contra-insurgente que descalifica o malinterpreta la resistencia popular, estrategias de representación verticalista y occidentalista del dominado, etc.) que permitirían aprehender la condición subalterna como una constante transhistórica instrumental desde el punto de vista teórico y representacional. Sin embargo, como bien advirtiera Gyan Prakash, "vale la pena tomar en cuenta que el propio *Subaltern Studies* es un acto de traducción. En la medida en que representa una negociación entre la historiografía centrada en Occidente, sus percepciones no pueden restringirse al Asia, pero tampoco ser globalizadas." (313) A pesar de esta salvedad, que intenta resguardar la historicidad en el proceso de asimilación y aplicación de la teorización india en otras realidades culturales, América Latina es *producida*, como tantas veces en su historia, como un constructo teórico legitimado desde la centralidad de discursos prestigiosos que transfieren sus categorías y agendas ideológicas a una realidad multifacética, cuya compleja especificidad histórica resulta inevitablemente nivelada y simplificada en el proceso de traducción teórica y de negociación historiográfica. Esto, sin entrar a deslindar las implicancias y derivaciones político-ideológicas de un proceso que en el nuevo reacomodo de fuerzas internacionales y rearticulaciones del pensamiento occidental(ista) efectúa la apropiación teórica de América Latina como espacio aún propicio para la colonización cultural.

Me atrevería a decir que para el sujeto latinoamericano, que a lo largo de su historia fuera sucesivamente conquistado, colonizado, emancipado, civilizado, modernizado, europeizado, desarrollado, concientizado, desdemocratizado (y, con toda impunidad, re-democratizado), y ahora globalizado y subalternizado por discursos que prometieron, cada uno en su contexto, la liberación de su alma, la etapa presente podría ser interpretada como el modo en que la izquierda que perdió la revolución intenta recomponer su agenda, su misión histórica y su centralidad letrado-escrituraria buscando definir una nueva "otredad" para pasar, "desde afuera y desde arriba", de la representación a la representatividad . Y que ese mismo sujeto que fuera súbdito, ciudadano, "hombre nuevo", entra ahora a la épica neocolonial por la puerta falsa de una

condición denigrante elevada al status de categoría teórica que, justamente ahora, en medio del vacío dejado por los proyectos de izquierda que están también ellos recomponiendo su programa, promete reivindicarlo discursivamente. Pero siempre podrá decirse que son las trampas de la alienación las que impiden a ese sujeto reconocer su imagen en las elaboraciones que lo objetivizan.

Desde que la hibridez se convirtiera en materia rentable en discursos que intentan superar y reemplazar la ideología del "melting-pot" y el mestizaje con la del multiculturalismo y la *diferencia,* la cuestión latinoamericana pasó a integrar el pastiche de la postmodernidad. En las nuevas reelaboraciones sobre hibridez y subalternidad de alguna manera la historia se disuelve (en la medida en que aumenta la desconfianza en la historiografía burguesa) o aparece subsumida en la hermenéutica y el montaje culturalista, y la heterogeneidad se convierte, paradójicamente, en una categoría niveladora que sacrifica el particularismo empírico a la necesidad de coherencia y homogeneización teórica.

Sobrevive, entonces, en este panorama de influjos transdisciplinarios y transnacionalizados, lo que hace bastante tiempo señalaba Jean Franco, entre otros, con respecto a la posición de América Latina en el mapa gnoseológico de la crítica cultural. Franco indicaba los efectos y peligros de la dominación teórica ejercida desde centros de poder económico y cultural situados en las grandes metrópolis del capitalismo neoliberal, desde las cuales se asumía la necesidad de teorizar no sólo *sobre y para* América Latina sino *por* la totalidad de un continente al que se asumía como incapaz aún de producir sus propios parámetros de conocimiento.

La supuesta virginidad de América, que la presentara desde la conquista como la página en blanco donde debía inscribirse la historia de Occidente, hizo del mundo americano un mundo "otro", un *lugar del deseo* situado en la alteridad que le asignaran los sucesivos imperios que lo apropiaron económica, política y culturalmente, con distintas estrategias y grados, a lo largo de un devenir enajenado de su propia memoria y noción del origen, a no ser aquel que le asignaran las agendas imperiales de la hora.

Localizada teóricamente como "sub-continente", mundo Tercero, "patio de atrás" de los EEUU, conjunto de naciones "jóvenes" que habían llegado tarde al banquete de la modernidad, países suspendidos en el proceso siempre incierto de satisfacer un modelo exterior, sociedad no realizada (siempre *en vías de*), Latinoamérica sigue siendo aún, para muchos, un espacio preteórico, virginal, sin Historia (en el sentido hegeliano), lugar de la *sub-alteridad* que se abre a la voracidad teórica tanto como a la apropiación económica. Sigue siendo vista, en este sentido, como exportadora de materias primas para el conocimiento e importadora de paradigmas manufacturados a sus expensas en los centros que se enriquecen con los productos que colocan en los mismos mercados que los abastecen.

En resumen, hibridez y subalternidad son, en este momento, más que conceptos productivos para una comprensión más profunda y descolonizada de América Latina, nociones claves para la comprensión de las relaciones Norte/Sur y para la refundamentación del "privilegio epistemológico" que ciertos lugares de enunciación siguen manteniendo en el contexto de la globalidad. Plantean, entre otras cosas, la pregunta acerca de la posición que se asigna a América Latina como constructo de la postmodernidad que al definirla como espacio de observación y representación cultural, como laboratorio para las nuevas hermenéuticas neoliberales y como parte de la agenda de una nueva izquierda en busca de su voz y su misión histórica, refuerza la centralidad y predominio de una intelectualidad tecnocratizada que se propone como vanguardia de/en la globalidad. El binomio hibridez/subalternidad hace pensar en otras dos nociones: sub-identidad/sub-alteridad, y en los nuevos fundamentalismos a los que esas ideas pueden conducirnos. Finalmente, ambas nociones entregan a la reflexión teórica, nuevamente la problemática de la nación en tanto "aldea global" (conjunto conflictivo de regiones, espacios culturales y proyectos político-ideológicos) desde donde puede ejercerse la resistencia a nuevas formas de colonización cultural y de hegemonía --y, no hay por qué dudarlo, de marginación, autoritarismo y explotación colonialista-- que se sumarán en esta nueva etapa a las nunca superadas estrategias excluyentes de la modernidad.

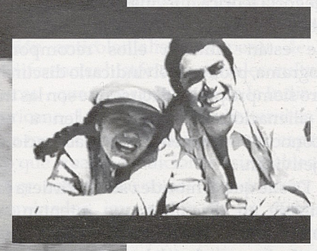
(*) Una versión de este trabajo fue leída en el congreso Internacional de LASA (Latin American Studies Association), realizado en Guadalajara, México, abril 17-19, 1997, en el panel titulado "Más allá de la hibridez (II)".

Localizada teóricamente como "sub-continente", mundo Tercero, "patio de atrás" de los EEUU, conjunto de naciones "jóvenes" que habían llegado tarde al banquete de la modernidad, países suspendidos en el proceso siempre incierto de satisfacer un modelo exterior, sociedad no realizada (siempre en vías de), Latinoamérica sigue siendo aún, para muchos, un espacio preteórico, virginal, sin Historia (en el sentido hegeliano), lugar de la subalternidad que se abre a la voracidad teórica tanto como a la apropiación económica.



La Memoria Obstinada (1996) de Patricio Guzmán











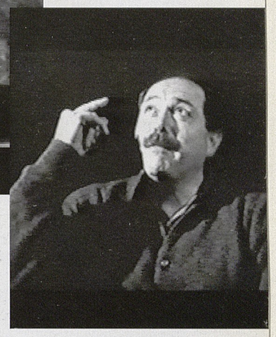












Con motivo del 11 de Septiembre

Notas sobre «La Memoria Obstinada» (1996) de Patricio Guzmán

NELLY RICHARD

1– Imposible mirar este documental de Patricio Guzmán sin confrontar lo que muestran las imágenes (el recuerdo) al contexto de la desmemoria y a las múltiples tecnologías del olvido que fabrica y reparte cotidianamente el presente oficial.

La televisión chilena, metamorfoseada por el full-color de un registro de estetización publicitaria que sólo demanda presencias lisas –sin estigmas de deterioro– ha suprimido de sus pantallas, mediante fluidos procedimientos de obliteración visual, los cuerpos y las identidades que no aceptan maquillarse con las cosméticas del bienestar y sus modas de la entretención. El retrato en blanco y negro de los detenidos-desaparecidos ya no combina con nada en medio del cromatismo exacerbado de esta festividad de logotipos y estereotipos que los sumerge diariamente en una total anacronicidad de signos. Es como si la tecnicidad pobre de la fotocopia estuviera delatando, frente a la contemporaneidad mediática, el pretérito visual de una vergonzante incompetencia de lenguaje que termina así de inactualizar su drama.

El escenario político-comunicativo de la televisión chilena ha dejado a la memoria golpeada, a la memoria herida del golpe, sin rostros ni cuerpos de referencia. Al cortar toda responsabilidad de vínculos con la afectividad del recuerdo y al borrar las marcas icónicas –de figuración visual– de la narración biográfica de la violencia, dejó a los actores del conflicto sin la posibilidad de reconocerse como sujetos *de* la historia ni como sujetos *con* historia(s).

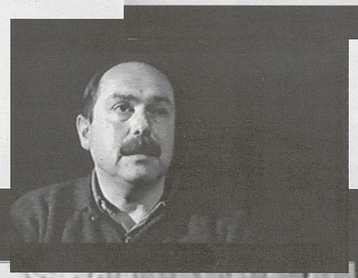
De ser mostrada en las pantallas chilenas, la desatadura emocional del recuerdo que se produce en «La Memoria Obstinada» convulsionaría, sin duda, la formalidad cumplidora del habla política de la Transición que cita el pasado sólo cuando se siente segura de poder desalojar el drama de la cita, borrando del trámite notificante de su verbalidad expedita la materia convulsa y fracturada de las subjetividades biográficas.

2. La memoria es un proceso abierto de reinterpretación del pasado que deshace y rehace sus nudos para que se ensayen de nuevo sucesos y comprensiones. La memoria remece el dato estático del pasado con nuevas significaciones sin clausurar que ponen su recuerdo a trabajar, a reescribir comienzos y finales partiendo de nuevas hipótesis y conjeturas que desmonten el cierre de las totalidades explicadas. La laboriosidad de esta memoria insatisfecha que no se da nunca por vencida es la que perturba la voluntad oficial de sepultación del recuerdo como fijo depósito de significaciones inactivas.





CONSTRUIR UNA SOCIEDAD MEJOR









¿ En torno a qué marcas se obstina la película de P. Guzmán ? ¿ Sobre qué objetos deja caer tenazmente su voluntad de trazas e incripciones ?

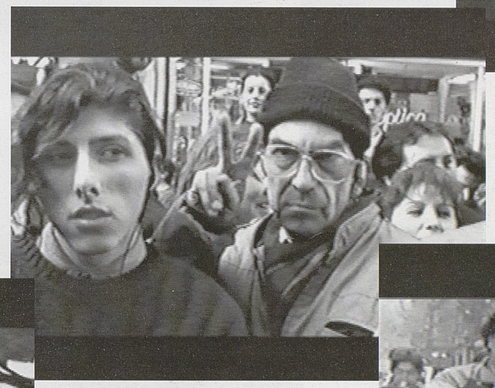
Sobre el recuerdo (las imágenes del golpe militar retenidas en la huella fotográfica del documento visual) y sobre la memoria: práctica descifradora que reactiva la materia sensible del acontecimiento insertando sus significados en nuevas constelaciones perceptivas e intelectivas para abrir, con ellas, líneas de recreación móvil en los bloques de existencia del pasado sedimentado. Más que recordar, «La Memoria Obstinada», performativamente, hace recordar: es conducente y transitiva. Lleva los personajes a construir sus propios montajes interpretativos por asociaciones vividas con el recuerdo: volver al Palacio de la Moneda, revisitar el Estadio Nacional, etc. Es la disruptividad temporal de estas «reconstituciones de escena» la que produce los choques de memoria que remecen la secuencia del recordar a partir del detalle particularizado de múltiples recovecos biográficos.

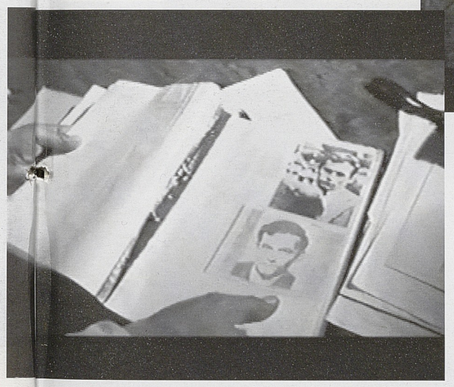
Estas experimentaciones en directo de una narrativa de la memoria corporalizada por sus sujetos estimula formas de vitalización del recuerdo que diseñan un gesto contrario a la ritualización del monumento histórico que oficializa la memoria política. La película construye un antimonumento que descongela lo estático del pasado mediante una lecto-escritura de planos en continuos avances y retrocesos que conjugan el mirar hacia atrás con un presente físicamente involucrado en la mirada, donde se juntan afectividades y comprensiones todavía desencajadas pero que el carácter vinculante del recuerdo pone en correspondencias de búsquedas y tactos.

La facultad actualizadora de la memoria viva y











operante que despliega la película la hace resemantizar los nexos con lo omitido-confiscado del pasado histórico a través de un recuerdo que circula. Que se remite y se transmite de cuerpo a escena, de escena a relato, de relato a narración, de narración a fragmentos y de fragmentos a re-composición. Su memoria es dialógica y en movimiento, trabajada desde la intersubjetividad de una práctica llena de intercambios y transferencias comunicativas.

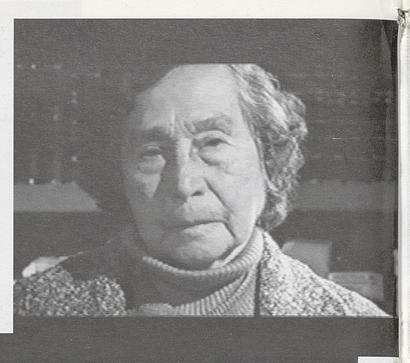
3– «La Memoria Obstinada» de P. Guzmán compromete al recuerdo (la materia sobre cuyas partículas existenciales trabaja la obra) y al espectador (su destinatario) en un mismo proceso de coproducción de sentidos surgido de una interrelacionalidad de planos, temporalidades, escenas, vivencias y subjetividades en acto, que van ensayando probabilidades de relato.

Más que el «tema» de la película (su motivo histórico-referencial), la memoria es el agente narrativo del proceso de recordar: fuerza de sentido dotada de energía crítica que va realizando su trabajo multiplicando junturas simbólicas y temporales entre estratos de percepción y conocimiento antes divididos entre sí y que se funden ahora en una contigüidad de planos vivenciales.

La memoria de la película se desdobla en una memoria-objeto (el recuerdo del 11 de Septiembre de 1973 capturado por fotos e imágenes de archivo) y una memoria-sujeto (recordar) cuyas voces retraman la figura del trauma, desde las búsquedas de reconocimiento ejercidas por sujetos que deben pasar por una doble prueba: de disjunción temporal entre pasado y presente, y de disjunción psíquica al tener que juntarse ahora con simples restos de identidad. Memoria-

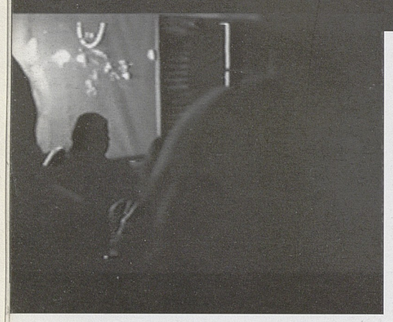












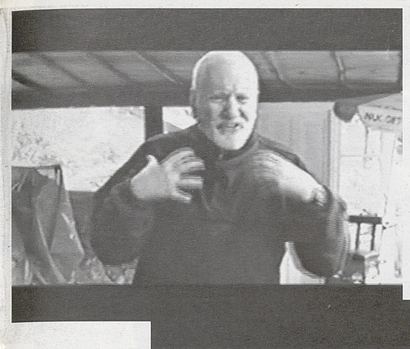


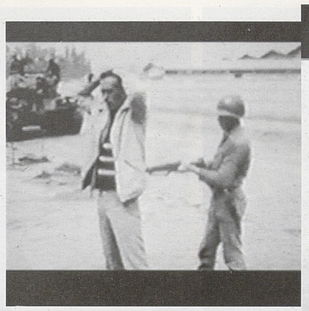
objeto y memoria-sujeto dialogan entre sí mediante la fluidez de los tránsitos entre fotografías documentales y recreaciones subjetivas que le restituyen su flujo expresivo a una secuencia de hechos brutalmente rota en su argumentalidad histórica.

Las intercalaciones recíprocas que se llevan a cabo entre lo histórico-social y lo individual-subjetivo hacen fluir el sentido en direcciones que cruzan el pasado en blanco y negro de la dictadura con las reescrituras vivientes de cada memoria personal. Lo nacional, lo familiar, lo heróico, lo privado, lo público, lo amoroso, lo cotidiano, etc. cuyos registros habían sido disociados unos de otros por la epopeya de la resistencia y su código militante-partidario, son ahora llevados a reconectarse en una misma zona compartida de desgarro histórico y de carnalidad del recuerdo.

4– Entre la foto de álbum del matrimonio de Juan, el guardia del palacio presidencial con cuyo relato se inicia la película evocando el 11 de Septiembre de 1973, y la foto documental del bombardeo de La Moneda, se juega la tensión fotográfica entre la ritualidad privada del recuerdo sentimental y la monumentalidad pública de la cita histórica: doble trabajo de la remembranza (remembrar: juntar miembros desperdigados) que busca exorcisar la pérdida con la reiteración de sucesivos mecanismos identificatorios.

Son recuerdos subjetivos hechos de vivencias personales los que desenganchan la narración histórica del pasado en «La Memoria Obstinada»: recuerdos biográficos de escenas privadas que rebajan así el tono heroico-monumental del pasado de la antidictadura con las pequeñas historias de un «yo» que relata, en voz baja, fragmentos de sus trizadas experiencias de vida.



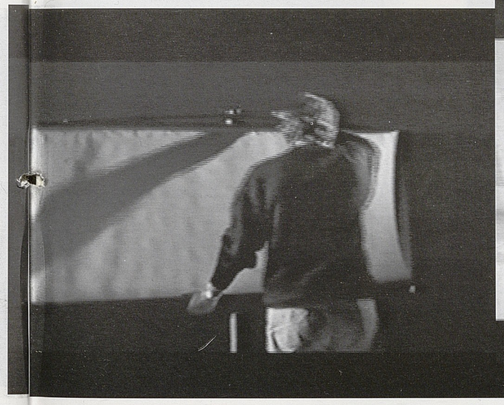




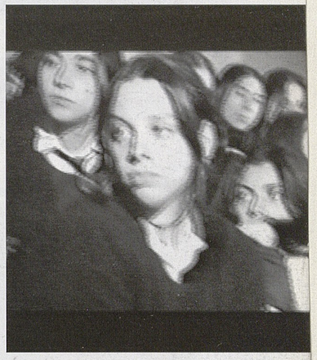
LA BATALLA DE CHILE

la lucha de un pueblo sin armas









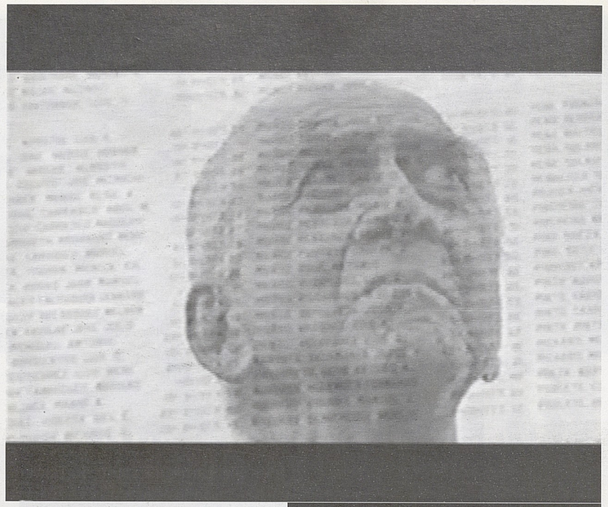
Territorios reservados de la intimidad familiar poblada de rutinas cotidianas que desesquematizan la macroreferencia política al pasado dictatorial, haciendo vibrar el recuerdo en la dramaticidad del pequeño acontecimiento irreductiblemente singular.

(Sólo Ernesto opera una gesticulación del recuerdo que reintroduce en el documental la declamatividad de la consigna ideológica, las oraciones en mayúsculas de una verdad altisonante. La enfaticidad del tono de Ernesto desentona con la minimalidad temblorosa de la memoria que todos los demás personajes comparten bajo el mismo registro hesitante del «puede ser»: un registro de falibilidad del juicio y de vulnerabilidad de las categorías que testimonia solidariamente del estado de indefensión en el que el drama dejó a sus víctimas.

En el otro extremo de esta sobreactuación del recuerdo y contrastando poderosamente con su retórica de la elocuencia, está la imagen del estudiante de teatro que corporaliza un llanto ahogado cuya mudez sobresaltada –sin audición– designa el límite de incomunicabilidad contra el cual se estrella el dolor de la commoción psíquica.)

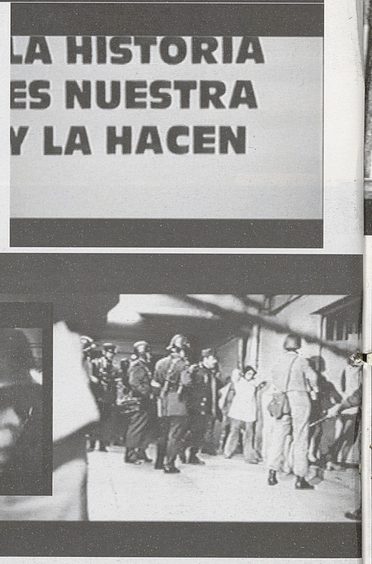
5– Un personaje le cuenta a otro lo que él no recuerda y la suma parchada de estas versiones colaborativas reconstruye un frágil tejido de vivencias solidarias que dibuja un relato entrecortado. Las versiones se socorren unas a otras para reamarrar los hilos de la historia, pero sin renunciar a la controvertibilidad del recuerdo que puede así funcionar como protección ética contra el abuso de las categorías supuestamente indesmentibles de los discursos oficiales. El debate de los estudiantes reunidos en torno a la mostración de «La Batalla de Chile» da lugar a confron-

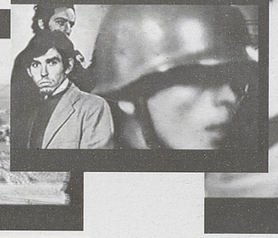


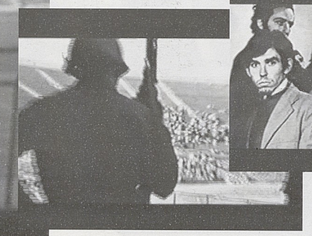














LA HISTORIA
ES NUESTRA
Y LA HACEN

taciones de juicios que admiten la discordancia como parte de su narrativa en curso, para frustrar con ella las clausuras doctrinarias de las narrativas ortodoxas. (Sólo el formato ideologizante del último discurso de Ernesto reinstala la autoridad de sentido que los previos desplazamientos de lectura entre lo seguro y lo inseguro habían logrado desafiar críticamente.)

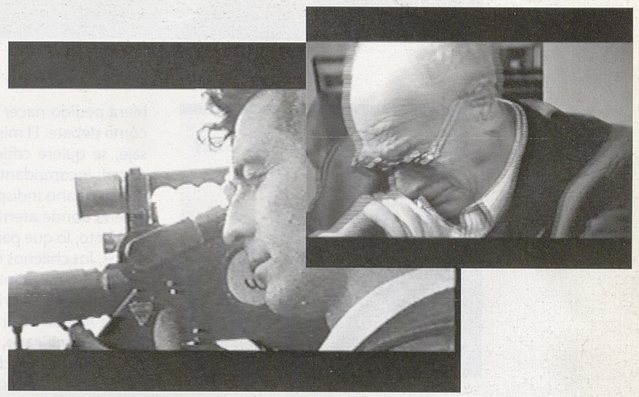
Las víctimas que toman la palabra para recordar lo hacen llenas de vacilaciones y oscilaciones: «Tengo mis dudas», dice Carmen Vivanco cuando le corresponde identificarse en la foto. El titubeo y la incerteza arman el púdico reverso que condena sin decirlo el habla triunfal de las verdades prepotentes cuyos dueños arrasaron con estas identidades todavía al borde del desastre de sí mismas.

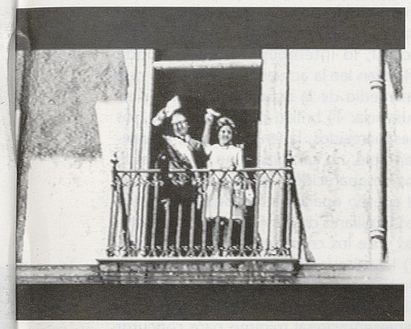
(No sólo los contenidos de la memoria sino también algunas de sus imágenes, como en el caso de las tomas del Estadio Nacional, apelan a la clave semántica de lo indefinido para tomar distancia, mediante la ambiguedad y la polisemia, con las convenciones de objetividad –de explicitud referencial– que sustentan retóricamente el género documental. Son estos recursos fílmicos los que llevan el borde de las significaciones principales a arriesgar su supuesta nitidez en zonas de turbadora incertidumbre hechas para demorar, con sus latencias, la captura del sentido).

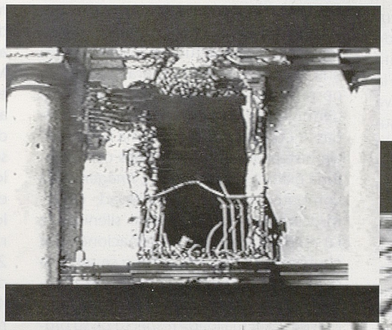
6– Los personajes del documental sólo se sujetan en escena por la atadura del hilo de memoria que los vincula biográficamente a su pasado. Ningún entorno social los relaciona explícitamente con la cotidianeidad pública del Chile de la Transición que sólo aparece en la pantalla como «tarjeta postal» y no como red

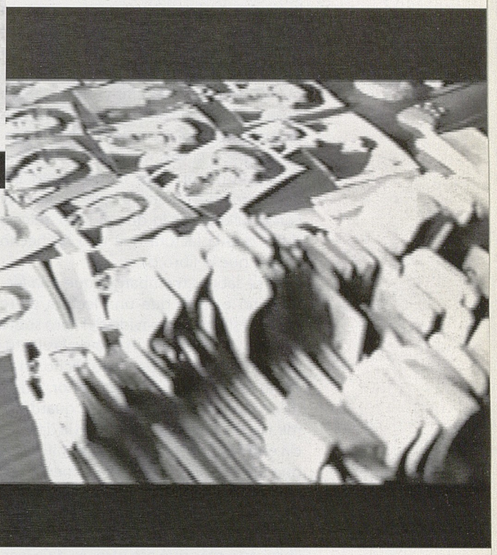
















de actuaciones y fuerzas de discursos: es decir, como presente a intervenir. El documental descongela el pasado en quiénes lo resucitan vivencialmente frente a la cámara, a la vez que congela su propio recuerdo histórico en las citas de «La Batalla de Chile». Es como si la no-exhibición pública de esas imágenes que nunca fueron mostradas en la televisión chilena, su falta de un transcurso múltiple de recepción social, operase una *sustracción de contexto* que tiende a paralizar la visión de Chile en la temporalidad detenida de un paréntesis histórico sin ligazón de sentido con los cambios ocurridos a sus alrededores: la escena donde se vuelve a tocar el himno de la Unidad Popular en pleno Paseo Ahumada no hace sino evidenciar la perplejidad que rodea esta *descontextualización de la cita* en el Chile postdictatorial.

«La Memoria Obstinada» particulariza el recuerdo haciéndolo vibrar biográficamente en la confrontación individual de cada uno con su pasado. Por un lado lado, exalta y potencia la vinculación emotiva entre recuerdo y memoria, desbloqueando los nudos subjetivos que siguen amarrando el trauma existencial a la profundidad de lo dañado, liberando toda su cantidad e intensidad físicas. Pero, por otro lado, esta pura interiorización del recuerdo desliga su escena privada de la problemática de inscripción social de la memoria.
Imposible mirar este documental de P. Guzmán sin preguntarse cómo llevar la memoria a tener, hoy, la fuerza crítica para interrumpir el borrado desdramatizante del flujo mediático que promueve el olvido por la vía definitivamente cruel de la insignificancia. •

COMO SE LLEGA A SER LO QUE SE ES

Willy Thayer

Comentario a :
"Chile Actual: Anatomía de un Mito" de **Tomás Moulian**
ARCIS /LOM
Santiago de Chile, 1997

A medida que uno se interna en la lectura de este libro, bajo el compromiso de emitir un juicio y proponer una lectura posible, constata, mientras avanza en la lectura, cómo la superficie del texto va siendo colonizada por anotaciones, subrayados, y demases. Inerme, como un cataléptico en su almidón de negro contra blanco, el pobre libro va siendo arrasado, re-escrito, producido por la lectura. Así, al llegar a la última frase «ahora quiero acordarme del porvenir», frase con la que el libro se cierra sobre sí, queriendo abrirse, a la vez, más allá de sí mismo –incidiendo en una historicidad esperanzadora– pareciera que ya no hay cómo diferenciar lo que el libro «dice», de lo que la lectura que uno ha hecho «dice» que el libro dice.

Pero se sabe, sin embargo, que una lectura, no es más que una lectura entre otras. El silencio impávido del libro sobre la mesa de disección, habla de las lecturas que se reserva, de lo no dicho en lo dicho incluso para el propio autor. Y desde esas posibilidades que se guarda te mira lacónicamente, marcando la diferencia entre su significante y los significados que uno le roba o le regala a media noche. Pero si el libro escapa a una interpretación, no puede escapar, sin embargo, al devenir de sus lecturas. Cualquier libro, este más que ese otro, se da a leer. Pero ninguno se da entero.

El libro de Moulian es, será, el devenir de sus lecturas. Y ese devenir comienza hoy, el día del «lanzamiento». Sancionarlo en su primer momento de vida, inclinarlo así o asá, es una tentación que todos vivimos, tal vez como venganza frente a la imperturbabilidad que él mismo nos devolvió mientras lo explorábamos. Tentación que, por lo general, reprimimos, previendo que un inicio traumático pudiera pasmar al recién nacido en su paso inicial. Pero reprimirse en la presentación, piensa Moulian, instala a la vez, a los presentadores, y también al público, en un ritual vacío. Moulian, queriendo zafarse de la protocolaridad mortecina, invitó no a una presentación estricta, sino a un debate. No quiso un escenario protegido para el nacimiento de su libro. Lo cual habla de Moulian, pero también creo, habla del libro. Como si el libro estuviera de acuerdo con Moulian, como si le hubiera pedido nacer en un debate, nacer cómo debate. El mismo libro, en su mensaje, se quiere crítico, intempestivo, inactual, incomodante, es decir, se quiere de antemano indispuesto respecto de la escena donde aterriza: el Chile Actual. Y en efecto, lo que parte por decirnos a nosotros, los chilenos de actualidad -y cada cual, en su fuero interno, sabrá como le calza esta categoría odiosa- es que el «Chile Actual» se erige también sobre el silencio planificado, los olvidos pactados, la no integración del pasado en el presente, la voluntad de incompatibilizar el futuro con la memoria, la carencia de palabras comunes para nombrar lo vivido. Dice que el país actual se sostiene sobre una injusticia política y moral y un duelo no realizado. Que padece, bajo su epidermis triunfalista, un daño sordo, heridas inconscientes que salen a la superficie histéricamente travestidas como euforia exitista y nacionalista, imágenes de competencia y competitividad, entremezcladadas con el pesado silencio de las medias palabras, las afirmaciones que contrarían lo que se piensa o se sabe, la deuda de una traición que, como acontecimiento reprimido, habita en el desdén de la «actualidad» respecto de su propia genealogía. Traición de las identidades o diferencias ideológicas, traición de las biografías, de las filias y las filiaciones.

¿De qué trata, pues, este libro? ¿Para qué trata de lo que trata? ¿Cómo, en que registro lo hace? ¿En qué tono o moralidad se erige? ¿A quién le habla? ¿Hay bajo su refunfuño una lectura intempestiva que traspase la postdictadura? ¿Cuál es su presupuesto?

Este libro habla, se propone hablar, como su título nos lo indica, de la actualidad, de «nuestra» actualidad. Sin embargo, esta «nuestra actualidad», antes que un objeto de análisis es un «estado de cosas» general donde toda práctica y quehacer analítico, incluida la de Moulian –y la mía comentando a Moulian–, se inscribe y hunde sus condiciones de posibilidad. La erección de un «discurso» contra la actualidad, cuenta ya con la actualidad como el suelo, el presupuesto desde el cual se erige, así como el nadador que intenta avanzar contra la corriente, requiere de la corriente y la presupone en cada brazada que da contra ella. Porque ir contra o a favor de la corriente, es, antes que nada, ir «en» la corriente.

La cuestión de la lectura que este libro hace del Chile Actual se juega, entonces, más que en constituir un libro en contra de la corriente del Chile Actual, en ser uno que «lee la corriente en general» dentro de la cual unos (se) figuran a favor y otros en contra.

La crítica de lo actual, parece saberlo Moulian en cada instante de su texto, no se origina en un afuera trascendido de la actualidad. Pero tampoco en un simple adentro. Y aquí comienzan los problemas. La crítica de la actualidad presupone que, al menos en algún punto de lo actual, prevalece algo inactual que permite hablar, en lo actual, de o sobre lo actual; y no meramente escribir crónicas o reportajes de actualidad que se agotan en la coyuntura de los hechos y posicionamientos al día. Hablar *de* lo actual presupone, como condición *sine qua non*, un mínimo de autonomía1, una paranza desde donde leer intempestivamente la actualidad de lo actual, sin estar cabalmente leído por ella. Y Moulian parece dar con ese mínimo en este libro. Lo inactual, lo intempestivo desde donde Moulian lee la actualidad es aquello que en medio de la actualidad *brilla* por su ausencia: 1) brillan por su ausencia, los desaparecidos, la lengua muda, irrepresentable, no cambiaria, no transable de los desaparecidos, lengua avisorable en el cuerpo opaco, la alegoría viviente de los familiares de las víctimas de las torturas y de los crímenes del autoritarismo. 2) La miseria absoluta, la lengua muda de la demanda absoluta, es decir, aquella demanda que no tiene el capital representacional mínimo para concurrir al intercambio. 3) Lo perdido en lo ganado, o lo «desaparecido», a saber, el la economía, la salud, la ideología, la política, la educación estatal modernas. 4) La experiencia del Golpe militar reprimida en las narraciones chovinistas, en el blanqueo y eufemización de la firma «Pinochet». Firma rutilante y vergonzante, al mismo tiempo, firma de la traición, del éxito y del olvido. Y no me refiero a la traición como defecto moral, sino como acontecimiento que dio lugar a una eticidad, a la nuestra actual, que traiciona la divergencia en el consenso.

Ese estado de cosas que la palabra «actualidad» refiere es, al mismo tiempo, un estado de lengua, un modo de hablar, un modo de leer y, por sobre todo, un modo de comprender y de sentir, una sensibilidad, una estética. Esa habla, esa estética de postdictadura está hegemónicamente sancionada por las ciencias sociales al comienzo, y por las ciencias de la comunicación, las ciencias administrativas, la informática, la telemática, el saber del marketing y de la publicidad, posteriormente. El lenguaje de «la vida real», el horizonte de comprensión en que se dispone y nos dispone la actualidad, el modo como ella se habla hegemónicamente y se hace hablar, proviene de estas lenguas, que construyen la comprensión y la sensibilidad media de todas las cosas. Poderosas lenguas, ejecutivas y ejecutoras de un sentido común, de un sobreentendido a partir del cual se ufana el exitismo oficial.

Poderosas lenguas pero, según Moulian, escuálidas y mezquinas, faltas de curiosi-

dad, porque oyéndose sólo a sí mismas y denostando como «barbarie» o cripticismo, lo que no habla como ellas y se repliega a parte de su idiotismo, ejercen una nueva forma de dictadura de la comprensión. Lenguas poderosas y escuálidas que, teniendo a favor el viento de cola del mercado post-estatal, no sienten roce ni límite alguno, no saben de sí, y se autoclausuran complacientemente como lengua de la vida real, como lengua universal. Y en cierto modo lo son, puesto que lo real, lo actual, es dominado, comprendido, construido, efectivamente interpretado por ellas.

El libro *Chile Actual, Anatomía de un Mito*, se dispone a hablar de lo reprimido, del «revés de un derecho». Pero ¿En qué idioma hablar lo reprimido? ¿Cómo hablar lo olvidado, ese vano de muerte que rodea la imagen optimista del Chile Actual? Dos serían las lenguas a la mano de Moulian. La primera de ellas es la lengua profesional que ha formateado a Moulian durante largo tiempo, y respecto de la cual él se declara en crisis, lengua que se dispone, ahora, en este texto, a traicionar en parte, a saber: la lengua de la sociología y de las ciencias sociales, por una parte. En segundo lugar, el «neo ensayo hermético», al cual Moulian declara haberse aproximado con curiosidad e interés, en el contexto de la búsqueda, su búsqueda, de una «nueva piel» o «nueva lengua». Ambas lenguas fácilmente hallables en el mercado lingüístico. Respecto de ambas, Moulian toma distancia, porque cada una a su manera, dice, representa el extremo de la la impotencia de re-significar o nombrar la actualidad. La de las ciencias sociales, que con su lenguaje eminentemente cambiario, cuantitativo, objetivo, congelado en arbóreos marcos teóricos y cuadros estadísticos, con sus pretensiones de objetividad sostenida en frágiles pruebas afirmadas en el tono categórico, con su exceso de transparencia funcionaria, no hace más que trivializar todo lo que refiere, volverlo insignificante y comunicativamente estéril. Y la lengua del neoensayo que resignifica demasiado, tortura excesivamente el habla media volviéndola desproporcionadamente «extraña», cayendo en lo rebuscado y en el enigma incomprensible.

Moulian intenta, dice, una lengua híbrida, a medio camino de entreambas, intentando transitar desde un «espíritu geométrico» a un «espíritu de finesse», porque es preferible «enfrentar los peligros del exceso retórico antes que el vacío de la pulcritud; las ambigüedades antes que el helado rigor de un saber redondo; la insinuación a la demostración». El futuro de la escritura sociológica, añade –futuro del cual este libro sería un adelantado– se encuentra en el *bricolé*, que sería lo más indicado, según Moulian, para «reconstruir un mundo de vida trastornado por torvos sucesos, crueldades y heroísmos, cambios culturales, olvidos y mitos, por la destrucción del Estado y de otras transformaciones». El lenguaje de las ciencias sociales no alcanza para hacer comprensible esta «odisea de creación y crueldad, de innovación y castigo», ni menos para desmontar el compulsivo esfuerzo amnésico que blanquea la paternidad, el linaje, la firma de la actualidad.

Si algo caracteriza a la voluntad crítica de Moulian, es su exigencia de ajustarse a escena, de calibrar los instrumentos de la crítica al asunto criticado. Si la red es demasiado grande, el pez podría escapar. No se consigue mucho criticando la actualidad con instrumentales demasiado «extrañantes». Sé crítico, dice Moulian, pero que tu crítica sea audible, que tenga referencia a la acción y a la sociedad en que resides. Si me desobedeces serás castigado por la fría recepción que tendrán tus pretendidos descubrimientos cuando sean comunicados. Se crítico y audible al mismo tiempo, pero en ningún caso funcionario de la transparencia. Así, el *bricolé* genealógico de Moulian se propone sus propios límites, demarca su territorio de eficacia y audibilidad, según el destinatario que se promete. Ese destinatario seríamos «nosotros», los chilenos de actualidad. Se trata, pues, de criticar manteniéndose en el borde de la audibilidad pública. Así, hacia finales del libro, Moulian declara, por ejemplo, haber recurrido al modelo crítico de la genealogía Nietzscheana. Pero declara, a la vez, haberlo hecho con precauciones específicas. Porque la genealogía de Moulian tiene metas y objetivos precisos –cosa que la genealogía de Nietzsche desmonta–. Objetivos y metas que exigen detener el monstruo especulativo en el justo punto en que se paraliza la posibilidad de escucha del oído medio. Proponiéndose un lector amplio, el libro calcula un tipo de crítica de la actualidad en una lengua actual, comunicativa y representacional. Porque se trata de decir lo que no se dice, y que se «oye» que no se dice en la actualidad. Y decirlo según las cosas «se» dicen. No sería el «cómo» decir, sino lo literalmente dicho o no dicho, los contenidos abiertos o censurados del decir, el objeto de la crítica de Moulian. Más que la lengua de la actualidad lo que critica Moulian, entonces, son los contenidos manifiestamente reprimidos de esa lengua. Hay pues, en el libro, una crítica y una renuncia a la actualidad. Con ello Moulian asegura una recepción amplia de su critica. Sacrifica la posibilidad más originaria de la crítica como «acontecimiento inactual en lo actual», y la regula como un «hecho», un *plus* de la actualidad en la actualidad. Lo cual no se había hecho antes de Moulian, y que dota de necesariedad y obligatoriedad a su libro.

Caigamos en un momento del libro para ejemplificar la genealogía de Moulian. Caigamos en un subcapítulo del capítulo segundo titulado: *El Consenso*. ¿Cómo se forjó el consenso? ¿Cuál es su historia olvidada?

«El consenso actual es la etapa superior del olvido». Más aún, es «la decisión del olvido absoluto», decisión de «blanquear» la memoria, la historia de la producción del Chile Actual. Porque la condición milagrosa del Chile de hoy, sólo es posible sobre la base del olvido de su génesis. Es necesario, es necesario para la izquierda, es una necesidad que sólo tiene lugar en la izquierda, recordar cómo llegamos a ser lo que somos, resistir la «decisión» de ese olvido en favor de lo reprimido en el recuerdo. Esta, creo, es la política de izquierda que sugiere Moulian frente al consenso, propuesta de una política genealógica y sectorial de la izquierda, y sólo de la izquierda. Más concisamente, la izquierda, si algo quiere decir hoy esa palabra, la izquierda es esa fatalidad –hecha decisión– de no olvidar. Todo lo demás es de derecha, es decir, pertenece a la fatalidad, hecha decisión también, del olvido. Y ¿qué sería, o de qué sería el «centro», aquello que sin ser la decisión de recordar, ni la decisión de olvidar, se pliega sin decisión a la política de blanqueo y represión de la memoria y de lo olvidado en ella?

La izquierda es, pues, el interés de volcar la actualidad hacia su procedencia, de tensar políticamente la memoria. Porque el pasado, para ella, no es lo que ya pasó, un tiempo terminado y sancionado, como quiere el consenso. El pasado es interés en el pasado, ocupación y preocupación en él, porque desde sus fechas se tejen los fantasmas y las espectativas que se nos abren como presente y porvenir. Contra la historia como lo que ya pasó se erige la pasión historiográfica –así la llama Moulian– de exhumar lo inhumado en el olvido. Esa exhumación es, a la vez de una vuelta atrás, una lectura del pasado, una interpretación e intervención en el pasado que altera el presente y sus expectativas.

Moulian recuerda, y uno recuerda con él, que en su origen, el consenso consistió en dejar provisoriamente a un lado las divergencias ideológicas, los intereses políticos, y las deudas sin fin, con la finalidad de forjar una unidad formal, tan vacía como indispensable para salida de la dictadura. Tuvo así nacimiento general la política distensa e instrumental: la política PPD2. El consenso fue, primeramente, efecto de un sacrificio, de una renuncia y una postergación, indispensable aunque provisoria, de la propia diferencia o identidad ideológica. Pero también el consenso fue la conminación

momentánea a ese sacrificio, la táctica obligada de aceptar cambios mínimos, para la reinauguración democrática. Sin embargo, poner la identidad o la diferencia aparte no era para nada un asunto inofensivo. Bastó que se soltara o traicionara por un momento la identidad ideologica o diferencia política, para que se las llevara definitivamente el temporal del mercado abierto y las pusiera en el juego del intercambio mercantil. Desujetarse de lo ideológico –¿cómo si no, en aquel entonces?– y sujetarse a la pragmática de un intercambio político instrumental, cuyo sujeto es el «valor de cambio», parece haber constituido el momento final, la muerte definitiva del Estado nacional moderno como monumento de la tensión y el conflicto ideológico. Poner las identidades, las divergencias sobre la mesa, y renunciar a ellas para generar una distensión provisoria, fue transitar de lo ideológico a lo operacional, subordinar definitivamente lo ideológico a lo operacional. Ocurrió allí un cambio de significante en la política. Del significante ideológico de la política se transitó al significante «cambiario» de ella; de la sujeción ideológica a la sujeción mercantil. De este modo, el retorno de lo ideológico no sería ya como principio de conducción de la acción, sino como retórica subordinada a las operaciones cambiarias, operaciones que resuelven problemas al interior de los flujos, sin preocupación por el sentido del fluir. A partir de entonces, «la política ya no existirá más como lucha de alternativas ni como divergencia sino, dice Moulian, como historia de pequeñas variaciones, ajustes, cambios que no comprometen la dinámica global.
El consenso es, pues, una «shamanización». Como es sabido, el shamán se convierte en verdadero shamán, cuando ya no percibe sus trucos y simulaciones como lo que son: trucos y simulaciones. El shamán se convierte en verdadero shamán, cuando a fuerza de repetir sus prestidigitaciones instrumentales, y constatando sus eficacias, se convence poco a poco de su magia, hasta creerse milagrero.

Así, observa Moulian, cuando Allamand dice que Foxley y Ominami hubiesen sido excelentes ministros del gobierno militar»; o cuando se atribuye a Pinochet la frase «de haber conocido al ministro Correa lo hubiera nombrado en mi Gabinete»; o cuando Tironi se burla despiadadamente de su biografía atenuando la pregunta ¿cómo llegué a ser el que soy? o ¿cómo dejé de ser lo que era?; o cuando Brunner olvida *La cultura Autoritaria* en el *Bienvenidos a la modernidad*; el consenso confirma la transición desde una subordinación provisoria de lo ideológico a la pragmática cambiaria, a una subordinación definitiva. A partir de lo cual todas las ideologías y diferencias, domesticadas como mercancías, son «bienvenidas» a festejar el pluralismo. Porque ya no inciden, ya no son «sujetos» de acción, sino objetos del mercado.

Haber dejado las ideologías, las identidades o divergencias provisoriamente aparte, haber dejado los límites identitarios momentáneamente a un lado, permitió el advenimiento de lo ilimitado, lo no ideológico y sin identidad como principio de conducción de la política, a saber: el mercado post-estatal. Y quisiera, sobre este punto, para cerrar, abrir una diferencia con Moulian a propósito del «Chile Actual», como un Chile copado por una ideología, como él dice. Un punto de poca audibilidad, probablemente, pero de importancia analítica, y por tanto, política. El asunto pasa por la no tematización directa, de parte de Moulian, del concepto «Actualidad». ¿Qué es la actualidad? ¿Qué es lo actual de la actualidad?. Moulian no aborda la cuestión directamente, sino mediante el análisis de fenómenos específicos de la actualidad, por ejemplo, el análisis de la «política» en la actualidad. Sigamos este hilo.
Según Moulian la crisis de la política, en Chile, proviene de la falsa muerte de las ideologías, falsa muerte perpetrada por una ideología hegemónica que pretende la tecnificación de la política y encarga de pasada, la subsunción de las ideologías alternativas, a ella. Tal ideología hegemónica, según Moulian, es «el neoliberalismo». La crisis de la política es, en el Chile de hoy, la imposición de la ideología neoliberal.
Decimos al revés de Moulian: la actualidad no es el despliegue o la consumación de una ideología, sino algo mucho peor. Si fuera sólo una ideología, sabríamos qué es aquello a que nos enfrentamos y que tan prepotentemente «nos» enfrenta. La actualidad más que el despliegue totalitario de una ideología, sería la «verdad» no ideológica de toda ideología. Y la verdad no ideológica de toda ideología es –y aquí el lenguaje pierde oxígeno- que las ideologías no son, nunca fueron, salvo ilusoriamente, el principio de conducción de la acción. Que ellas son, siempre fueron, sin saberlo, instrumentos de despliegue de esta actualidad post-ideológica que recibe nombres tan variados como: capitalismo tardío, capitalismo post-industrial, economía moderna consumada, capitalismo mundial integrado, acontecimiento del nihilismo, etc.

A la actualidad no le sería esencial ninguna ideología, Decimos esto al revés de lo que piensa Fukuyama, y que Moulian comparte, aunque en una posición completamente opuesta. Lo actual ha llegado a ser lo que es mediante dictaduras de distinto signo. Las ideologías, las luchas ideológicas y anti-ideológicas, habrían sido un medio efectivo para el afianzamiento postideológico de la actualidad. Chile Actual, y esto podría predicarse de cualquier lugar en la «globalización», sería una superficie cambiaria que reverbera esencialidades, eticidades, estéticas, sexualidades, *epistemes* de intercambiabilidad usuaria, produciéndolas y disponiéndolas así o asá según el requerimiento eventual. Un significante cambiario que ora produce, ora pone en crisis la cualidad, la identidad, la moralidad que produce y la que pone en crisis.
Y así lo dice, me parece, el propio Moulian, cuando señala que lo característico del consenso es que funciona sin ideologías, sin divergencias ideológicas, o donde las divergencias se han subordinado a la pragmática cambiaria, y lo ideológico se ha convertido en un medio, no en un fin. De ahí que sea el consumo y el crédito, como dice Moulian, la fuente concreta de sentido del «ciudadano» medio. Y que el pago de cuentas, sea su único espesor de historicidad.

La actualidad adopta, entonces, no la forma de un blindaje ideológico, identitario por lo mismo, y totalitario, ni la forma de un sistema indescomponible, una ley única sellada por irrompibles cadenas sin perforaciones ni rupturas. La actualidad se ofrece como pura brecha, perforación y ruptura, y se caracteriza por la descomposición permanente de sí misma. Es la informidad y discontinuidad de lo «actual», su propensión a la fractura y al aflojamiento, a dejarse afectar e infectar, lo que anestesia cualquier lengua crítica, la vuelve amigable en cuanto asoma en el umbral del supermercado. Es conminatorio, creo, pensar la posibilidad de la crítica en un contexto donde lo criticado, la actualidad, es informe, inverosímil y sin aspecto, aunque en cada caso nos proponga exigencias y cosméticas perentorias y estresantes, y parezca erigirse ideológicamente, en cada caso, en defensa y promoción de valores morales o ideologías conservadoras. Es en el contexto de la informidad y la inverosimilitud del nihilismo cambiario, donde la promoción de estampitas morales y principios de censura no logran contener el esfínter abierto del significante cambiario. Es en este contexto donde ha de conjugarse la cuestión de la posibilidad de la crítica hoy, posibilidad que necesariamente tiene que adentrarse más allá, o en el límite, de lo representacional y del sentido. ❖

[1] La autonomía, en este caso, es una condición de lectura o de la crítica, más que su promesa.
[2] Partido por la Democracia.

Este texto fue leído en la presentación del libro "Chile Actual: Anatomía de un Mito" de Tomás Moulian. Junio 1997, Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.

DIFERIR, DISTANCIAR

Diamela Eltit

Comentario a :
"El Invasor"
de **Sergio Missana**
Editorial PLANETA, 1996

«El Invasor» de Sergio Missana nos presenta un escenario literario múltiple que se origina a partir del viaje azaroso y absorto del obrero español Antonio Ramón quien viaja a lo que viaja, en un recorrido que resulta simétrico –aunque no por ello menos elusivo– con un fragmento de dramáticas proporciones de la historia chilena: la masacre obrera en la escuela Santa María en Iquique. Antonio Ramón, el protagonista de la narración, en tanto figura errante emprende un difícil viaje signado por un destino incierto que empieza a cursarse en medio de un paisaje que se presenta cada vez más áspero, que no ofrece tregua en su plano horizonte nortino, un paisaje ocupado por los cuerpos opacos de los trabajadores, por prófugos anarquistas, figuras todas cruzados por una parquedad que se funde con el paisaje en el que inestablemente habitan.

La novela va organizando un logrado e incisivo procedimiento narrativo mediante el que se va configurando la particularidad que caracteriza al protagonista del relato –su silencio, la motivación indescifrable de sus acciones– pero, y en esto radica la poderosa fuerza de la novela, se va produciendo, desde la superficie del texto, un excedente en el cual la narración se hace parte de un macro relato histórico y además, un nuevo excedente se conforma como fuente privilegiada de un particular y crítico relato jurídico.

Así, el discurso literario va dando cuenta, desde un transcurso centrado en la territorialidad, de un cuerpo sin territorio, un cuerpo despojado de referentes biográficos, eróticos, políticos como no sea el nexo simbiótico con un mítico y ausente medio hermano que se transforma en el motor vital de Antonio Ramón.

La búsqueda, desde siempre signada como fatalidad de ese medio hermano, gravita en tanto centro tácito, pues según las referencias de la novela, Antonio Ramón y su medio hermano son extremadamente parecidos físicamente, esta semejanza, atrae la figura del doble, del gemelo establecido más allá de un real y concreto doblaje físico, convoca la imagen relegada de un otro que se vuelve idéntico a partir de la figura diseminativa de un padre común, cuya fecundidad trasgresiva en dos mujeres, termina por igualarlos, pasando incluso por encima de las leyes racionales de la biología. Antonio Ramón se involucra en una búsqueda que se ha consolidado como funeraria y así se va dotando paradójicamente de historia, desde la incierta historia del cuerpo desaparecido del medio hermano.

De esa manera, Antonio Ramón habita y protagoniza una media historia porque sus pulsiones son diversas de la gran historia, como diversas resultan sus pasiones por solitarias y relegadas al particular e impenetrable ritmo de una mente que evita entregar los mecanismos que la movilizan.

Así, la estrategia narrativa descansa en aquello que resulta diferido. A la manera de una imagen ligeramente distorsionada, deliberadamente ambigua, la narración busca así producir una multiplicidad de sentidos. Sin aferrarse a un recorrido único, el texto permite la inclusión, siempre provisoria, de otras voces que van poblando y dotando el relato de un creciente espesor que se vuelve irreductible a petrificarse en una única versión. Imposibilidad de una versión única porque las inclusiones provienen siempre de un lugar diverso, de una diversa energía que arranca de una matriz anclada en otro centro y que permite así el despliegue de discursos que colaboran para impedir la clausura hacia la unidireccionalidad del texto narrativo.

Las operaciónes textuales de la novela permiten que progresivamente se establezca la preponderancia narrativa de una atmósfera, una atmósfera en continuo deslizamiento que empieza a volverse central y a envolver el texto. Una atmósfera en la cual incluso el tiempo histórico se pone en jaque porque el contexto histórico específico de la novela –la masacre de la escuela Santa María– puede extenderse hasta volverse equivalente a cualquier irregularidad producida en una diversidad de tiempos históricos. El dilema entre verdad, justicia y burocracia se hace atemporal y móvil. Este juego con los tiempos históricos va a favorecer el desplazamiento de sus personajes que pueden convertirse en modelos fun-dantes de otros, sucesivos tiempos. Diacronía y sincronía confluyen en el texto ampliándolo y expropiándolo aún de sus propios referentes.

Esta mecánica móvil se produce por la elección y disposición de sus materiales narrativos. La novela escoge hablar a partir de los micro mundos, donde los espacios intersticiales ocupan un lugar central, mientras que los macro espacios habitan la periferia del relato. De esta manera los centros se tuercen y se desperfilan, permitiendo que lo aparentemente menor se expanda para iluminar precisamente la fuerza y el poder de esos mismos centros. La elección de un personaje que se hace protagonista estrictamente circunstancial del relato, consolida esta posición narrativa, coopera para el despliegue de un inteligente juego con sus sentidos emanados desde la ambiguedad, pero se trata de una ambiguedad que, finalmente, es una apariencia porque el suspenso dramático en el que se teje la novela se erige para nombrar poderes, socialidades, transcursos.

Antonio Ramón, sin más épica que su propio ensimismamiento, ocupa un espacio intermedio que lo nombra como víctima y, a la vez, victimario. Esta posición doble se debe a la elección de su objeto –el cuerpo del militar– quien de victimario de los obreros refugiados en la escuela Santa María se transforma en la víctima que, sin embargo sobrevive, de Antonio Ramón.

La posición oscilante que ocupan los personajes a partir de la violencia de sus acciones, legitimadas desde diversos órdenes, permite la entrada del discurso jurídico que va a debatir la distancia que media entre verdad y justicia, entre delito y pena, de aquello irracional convertido en lógica por la retórica jurídica. La incorporación al relato de un nuevo narrador –el abogado– que ocupa el epistolario como recurso, va a posibilitar una nueva versión en la novela. Una versión en la que se incuba lo adverso y la aversión. Nuevamente, de manera oblicua, asistimos a las hebras en las que radica lo más estructural en la conformación de la nación chilena y los sectores en los que se ejercen sus poderes dominantes. Estos poderes estallan a partir del debate jurídico en el que está atrapado el cuerpo recluido y penitenciario del obrero Antonio Ramón. Su cuerpo se hace así soporte para el desplegamiento de otro discurso, un discurso que afecta el devenir social de un territorio que no corresponde biográficamente al cuerpo que lo provoca, pero, que, a partir del viaje y de la pérdida de territorialidad, termina por serle crucial.

El título de la novela, forma parte de una interrogante más: «El Invasor». Título enigmático que puede originar una multiplicidad de conjeturas. Si pensamos que en nuestra cultura, la invasión por excelencia se produjo a partir del viaje del descubrimiento y la conquista de América, este nuevo invasor español, que aparece bajo el prisma del inmigrante, de la extranjería, del busca- fortunas se moviliza hasta llegar a convertirse, a partir de la coyuntura política, en el protagonista del atentado, en el doble de la figura clásica del anarquista, pero que, en realidad, sin anular las metáforas anteriores, viene a encarnar el imperativo de la ley natural, la forma atávica de la venganza. Pero a su vez la hegemonía de su protagonismo es invadido por la emergencia un nuevo personaje que se apodera de la narración y que le disputa el centro –el abogado– quien con su lenguaje argumen-tativo va marcando su discenso en el interior de una misma ley.

Novela centrada en circunstancias, en accidentes, en impulsos y pasiones, «El Invasor», emerge con una propiedad indesmentible en el escenario literario chileno. Su poderoso tramado, ubica a este texto como una sólida propuesta literaria por la agudeza y la prolija densidad en la que se cursa y se sostiene su admirable estética. ❖

EL ANGEL DE LA MELANCOLIA

Carlos Pérez Villalobos

Comentario a :
"El Circo en Llamas"
Obra crítica de **Enrique Lihn**.
Edición de Germán Marín,
LOM ediciones, 1996

Imprescindible por tantas razones, esta publicación que debemos a Germán Marín, compilador, y a Editorial LOM, permite calibrar, a casi diez años de su muerte, la sorprendente obra crítica de Enrique Lihn (1929-1988), animal literario como pocos en nuestra fauna nacional. En las casi seiscientas páginas de este volumen se reúnen, entre artículos de prensa, ensayos, prólogos, ponencias, notas autobiográficas, 146 textos que cubren poco menos de cuarenta años de trabajo crítico, desde 1951 (cuando el autor cruzaba los veinte años) hasta el 87, un año antes de morir. «El conjunto está formado, (...), por los trabajos que pertenecen al espacio estrictamente literario, dejando al margen aquellos que Lihn escribiera dedicados al cine, la plástica, el teatro» –indica Marín en el prólogo.

Se podría pensar, así propuesto el libro, que se está ante la edición de los ejercicios consagrados de un crítico profesional o –alternativa que disuade a cualquiera– ante las páginas de un homme de lettres que hace de la crítica literaria el pretexto para exhibir los oficiosos primores de su escritura. Pero no. Nada hay (o muy poco) en este volumen que contenga las marcas de «profesionalismo» crítico –ni mucho menos, desde luego, el gesto de quien se autocomplace en las bondades de su ministerio verbal. Baste recordar a este respecto la figura de Gerardo de Pompier, parodia del auteur relumbrón y cursi (institución frecuente en las letras criollas), para tener una idea de la distancia –y el histriónico desprecio– que Lihn encarnó explícitamente contra ese engendro decimonónico y mercurial en el que se confunden el «bien escribir» (el cultivo de las bellas letras) con la perpetración de didascálicas pompas retóricas. *El circo en llamas* es –digámoslo de una vez– el volumen de una escritura que se confiesa escritura, y esto significa: de una escritura que se forja, paso a paso, en la vigilia crítica respecto de las instituciones lingüísticas imperantes. El sesgo crítico de los textos no es atribuible, pues, tan sólo al trabajo de lectura ejercido sobre un inmenso conjunto de obras y autores –y basta revisar el índice para tener un cálculo primero de la heterogénea y profusa enciclopedia que hace de este volumen un extraordinario documento sobre la producción literaria en nuestro país, durante los '60 y los años de dictadura. El carácter crítico de la producción de Lihn reside, de modo especial –y en esto me quiero detener en lo que sigue–, en su aspecto marcadamente escritural. Por otro lado, que se trate de parte importante de la producción escritural (grafía) de una vida (bios) ya enterada por la muerte, hace difícil, en verdad, sustraer la lectura de la impronta biográfica que recae sobre estos textos los cuales, así atesorados, imponen, antes que nada, el peso de un destino singular y el volumen de una inteligencia cuyo discurrir es indiscernible de las vicisitudes de la lectura y de la escritura.

Cualesquiera sean las materias de que trate –poetas mayores y menores, narradores y obras, eventos literarios, polémicas circunstanciales, notas y reflexiones sobre cultura–, el hecho es que la escritura de Lihn antepone siempre, en contra de los fueros auráticos de la voz (idéntica a sí misma, ahistórica, universalizante), el espesor de su cuerpo significante nunca ajustado a los cauces convencionales de una disciplina o de una retórica previsible. Prueba de esto (y prueba de la sustancia reflexiva de su escritura) es, por ejemplo, esta afirmación que se lee en la página 387: «No quiero fingir que hablo cuando escribo». A la conciencia idealista que aisla pensamiento (y la voz cristalina que lo comunica y expresa), ignorando el artificio lingüístico de su enunciación, la escritura de Lihn, que no emboza la opacidad enunciativa de su discurrir, opone la conciencia de que escribir es construir un texto cuyo plus significante se juega en el desvío y la transgresión de las inercias lingüísticas que tácitamente lo traman. Es esta resistencia contra la naturalización –y el disimulo, por tanto– del artificio retórico y la ideología que comporta, es esta voluntad declarada contra la ilusión (metafísica) de transparencia, es esa recelo contra toda sedimentación discursiva, la que define, me parece, la particular lengua de estos textos, la lengua de un grafómano, mezcla curiosa de lucidez crítica e indisciplinamiento, que impide leerlos como los escritos triviales y oficiosos de un profesional de la crítica –sea ésta académica o periodística.

Salvo contadas excepciones, a saber: los escritos primerizos en los que palmariamente se reproducen aún formatos discursivos previsibles (el de la crítica académica, por ejemplo), la inteligencia crítica de Lihn se desarrolla empujada por las palabras, que cuajan en frases intrincadas la más de las veces, por más palabras y frases insubordinadas, entre comas o entre guiones, irritada. No se trata, pues, de un pensamiento que viene a encarnarse a través de una frase que tersamente lo enuncia. Pareciera, todo lo contrario, hacerse legible una maquinaria intelectual cuyo trajín –que no disimula su rechinar– es, todo él, movimiento escritural, pulsión textual. De ahí, quizás, el efecto de desprolijidad y desidia que producen estos textos y que en ellos funciona como signo: no hay el ensayo de una conciencia que, al margen de la letra, vaya ajustando los borradores de ésta al pensamiento acabado, refinando, por así decir, la materia impura y densa de su enunciación; antes bien, se está frente a un texto en cuya respiración –cojeante, asmática, pedregosa, de intesidad variable– se va desarrollando un pensamiento que no quiere trasvestir sacerdotalmente sus hu-

mores –espesos, contradictorios, virulentos– en la asepsia de un fingido éter del espíritu. Se tiene la impresión de que cada texto no es nunca efecto de una poda, de una ascesis, de una renuncia, sino que aquí la corrección agrega y la precisión corre a parejas con la complejidad diseminante de una ilimitada autorreflexión.

Tal proliferación grafomática, sin embargo, nunca queda como el signo de una plenitud; nunca se trata de los ejercicios de un escritor que se viva en la autocomplacencia de la propia capacidad de secreción lingüística (como, por ejemplo, pudiera ser el caso de autores bienvenidos en la «enciclopedia» intelectual de Lihn, a saber: la precisión suntuosa en Barthes, la retórica del diferimiento en Derrida, la preciosa economía verbal de Borges –podríamos agregar, entre nosotros, la tersa densidad de Oyarzún). La escritura de Lihn, en cuya sustancia (como en la de los citados) se confunde literatura y pensamiento sobre literatura, se lee como el signo irredimible de una contingencia, de una falta –como el síntoma de una imposible plenitud. (Los momentos más enrarecidos –y, desde luego, los más importantes– de la escritura donosiana –nada que tenga que ver con los libros de su vejez– pueden dar con el rasgo que queremos definir). Escritura cabalmente atea, se diría, que ya desde su literalidad defrauda –ironizando, parodiando, abortando– toda comodidad retórica por donde pudiera colarse alguna ilusión metafísica, algún fuego fatuo, alguna pompa sublime. Y si este volumen –con su fárrago sorprendente de textos– deja la impresión de que Lihn se la pasó escribiendo, es menos a raíz de una sobrepotencia grafológica, que por la sencilla razón de que no puede dejar de escribir –más por una necesidad desgarradora de sobrevivencia, que por un exceso pletórico y desbordante; nunca por sobreabundancia, sino siempre para llenar un vacío imposible de llenar (ineludible aquí el ya recitado verso: «Porque escribí, porque escribí estoy vivo.» Ni poesía de vate telúrico, ni antipoesía, ni poesía de los lares, a la poesía de Lihn, a su poética –hay que mencionarlo aunque sea entre paréntesis–, son atribuibles algunos signos del marcado aspecto escritural y crítico que hemos reseñado: nunca la voz aurática o mediúmica o pedestre, a través de la cual habla la tierra o el cielo, o el pueblo, o la tribu, o alguna extraviada musa surrealista, sino el discurrir de una lengua, hecha de carne y de palabras, que es la de un sujeto contingente singularizado por la muerte y por el malestar en la cultura).

La escritura –lo sabemos principalmente por Barthes– indica de manera indirecta una relación con la literatura y con el mundo. La de estos textos dejan entrever la postura del autor frente a la Historia y connotan, como ninguna otra entre nosotros, el malestar, la indisposición crítica respecto del estado de cosas en que le toca respirar (y que los años de dictadura tornan irrespirable: quebrantado el lenguaje, interdicta la crítica, bajo el romo desparpajo de la retórica mercurial y militar). Es allí, en los signos de la trama discursiva de su escritura, amén de sus explícitas tomas de posición y de sus invectivas, donde mejor se acusa, a mi entender, la condición política de su escritura –la tensa relación de Lihn con las instituciones (de la crítica, de la literatura, de la política) y sus lenguajes instituidos. Sus textos se tejen, en este sentido, a fuerza de trenzarse en diálogo y en polémica –más discrepancias que concensos, más animadversiones que diversiones– con su objeto o, mejor: con la institución lingüística que habla en el objeto –sea éste un libro, un evento literario, un autor, un hecho o institución cultural (léanse a este respecto, por ejemplo, los escritos ordenados por el compilador bajo el título *El compromiso*, esa vieja palabra sartreana). Esa autorreflexión polémica que no transa, que no finge inocencias, que jamás se olvida en el lenguaje en que se trama, ni se olvida de la trama política del lenguaje, constituye, lo repito, la sustancia crítica –política– de su escritura. Y son esos rasgos de su escritura, que perfilan tan característicamente un estilo intelectual y un destino, los que, como en aquella hermosa imagen borgeana, terminan por identificar los caracteres de un rostro –la mueca saturnina y biliosa de una mirada, semejante, se me ocurre, a la de ese ángel caído de Durero, enfermo de tedio y melancolía. Tan perfilado es el retrato del sujeto que surge de los textos, que bien puede uno imaginar este libro como un diario, como cuaderno de viaje, como bitácora, de un infatigablemente lúcido habitante del «horroroso Chile» (por citar otro de sus versos inevitables).

Al final, justo antes del índice, en una nota a pie de página, Germán Marín informa de un irrealizado proyecto de Lihn, a saber, un libro consistente sólo en notas a pie de páginas –blancas hojas silenciosas aunque no mudas, como cabe suponer, ya que promiscuadas de ecos, atiborradas de invisibles diálogos intertextuales. Conjeturo que el compilador quiere sugerir que ese libro imaginado por Lihn viene a realizarse en éste, el que leemos. *El circo en llamas*, creo yo, bien puede leerse como el conjunto de los pies de página acumulados a lo largo de una vida –notas, anotaciones, que defienden y definen un inclaudicable margen, escritas al borde y desde el borde de ese texto sin exterior que es la cultura.

Para finalizar, algo a propósito del título de esta publicación. Me recuerda un argumento de Kierkegaard cuyo motivo es el avatar que vive un payaso sobre quien recae la misión de anunciar al «respetable público» la primicia terrible: que el circo se incendia. Apenas la lengua circense inicia su discurso ya comienzan las carcajadas. El circo «siniestrado» como metáfora del mundo y la paradoja retórica que enfrenta, patéticamente, a un sujeto con su destino, bien pueden dar con la sensibilidad de Lihn y su alta vigilia intelectual, cuya lucidez crítica, entre nosotros, sin exagerar, no tiene parangón (ni tampoco, que yo sepa, herederos a la vista). ❖

LA OBSESION POR EL NOMBRE

Justo Pastor Mellado

Comentario a :
"Todo debe ser demasiado", biografía de Delia del Carril
de **Fernando Sáez**
Editorial Sudamericana
Santiago, 1997

"Todo debe ser demasiado", título que anoté al pie de la pizarra. Y que es el título de la novela de Fernando Sáez. Y la conversación con Fernando era justamente porque yo le había llamado novela a la biografía, y la explicación es muy simple, es novela en el sentido freudiano de la novela de los orígenes. La novela de los orígenes consiste en el modo como un sujeto inventa o arma la ficción de donde viene, de donde viene su nombre... es un poco la arqueología del trauma, por decirlo así. Y me parece que la historia de Delia del Carril es un gran trauma, un trauma histórico. Un trauma histórico y una trama histórica extraordinaria.

Pero antes de pensar en esta novela de *"Todo debe ser demasiado"*, para entenderla, hay que remitirse a la primera novela de Fernando Sáez,"*El aire visible*", iba a decir invisible, pero es el aire visible. Porqué iba a decir invisible, lo voy a explicar. La estructura de esa novela es bastante circular, y a mí me sorprendió porque partía con la primera referencia a un señor, a un cuerpo yaciente, que acaba de sufrir un ataque, y la única conciencia inicial e iniciática de esa novela es que siente que sus piernas están abiertas formando un surco, una especie de valle. Y me parece que esa metáfora generativa de la novela es fundamental para entender su circularidad, porque la novela termina en otro rectángulo. Si al inicio tenemos el rectángulo de la cama del hospital, al final está el rectángulo del féretro y la frase, una de las frases finales, es que él pesa lo mismo, a mí me parece importante que pese lo mismo, que no haya perdido sustancia entre el momento en que está todavía vivo con sus fluídos y el momento en que el efectivamente yace y es transportado al cementerio. La cuestión del cementerio es clave, porque cuando él habla aquí de que sus dos piernas más o menos inertes, y de las cuales tiene poca conciencia están abiertas, y están abiertas como dos montañas refiriéndose a la maqueta de una especie de relieve infantil del territorio, lo que me hace a mí pensar de esas dos piernas montañosas es la circunstancia de su sexo. Entonces es fantástico que comience con eso porque el sexo da origen a la novela, hay una diseminación de historias, él está en un situación estática y los que comienzan entonces a moverse son los sujetos que de alguna u otra manera, dependen o han dependido de él, dependen de su semen y de su seminalidad, entonces, Fernando Sáez, lo que hace en esa novela es una reticulación de clasificación, situación de los personajes, para llegar a una situación de expansión y luego compresión del relato y termina éste, como yo digo, circular, de nuevo, en este féretro transportado por todos aquellos a los cuales el accidente el trauma de este hombre ha dado vida.

Esa estructura, en el caso de Delia del Carril, no es respetada. No es respetada porque la reticulación empleada en la primera novela, en la segunda novela necesitaba ser más lineal. Pero es una linealidad aparente porque en el fondo son dos surcos, dos relatos. Lo planteo como dos relatos lineales, porque efectivamente tienen un comienzo *a* y un final *z*. Cuando yo pensaba en el título de esta novela, "T*odo debe ser demasiado*", y lo anoté al final, las actitudes humanas más definidas, los blancos más blancos etc. pensé en esta especie de maniqueismo, en el buen sentido, si se puede hablar de maniqueismo en el buen sentido, de Delia del Carril por definir las cosas, aquí las cosas son muy claras, como actitud de vida, y lo que hace Fernando Sáez es hablar de esa claridad, pero a partir de las zonas oscuras de la existencia de Delia del Carril.

¿Cuales son esas zonas oscuras? Son aquellas que manifiestamente habían sido dejadas de lado. Entonces de lo que se habla aquí es de ese subtexto en la vida de Delia del Carril, más bien de aquella subversión, la versión subterránea. Y curiosamente eso permite entender las opciones político sociales de Delia del Carril, porque de origen aristocrático, ella asume una militancia comunista, pero es de una aristocracia totalmente declinante y ella asume los ideales y la diagramática de un movimiento social ascendente. Ahora, que ese movimiento social ascendente haya tenido algún destino mayor, ese no es problema de Delia del Carril ni nuestro tampoco, en alguna medida. Pero lo que ella delata a través de su existencia es este desmoronamiento, este decaimiento social específico y este deseo ya no de reparar ese desmoronamiento, porque es irreparable, pero sí ella ubicarse en un lugar que es el lugar que le permite el otro, que es su otro social. El otro social, el proletariado, el movimiento comunista internacional, que es el otro social que le va a servir de alianza inconsciente para ella también rehacerse un nombre, porque su nombre se ha desmoronado. Ella se rehace el nombre. Y es curioso que ella intente rehacerlo asociándose gran parte de su vida a la vida de un tipo que trabaja con los nombres, con las palabras, con las letras, Pablo Neruda. Pero Neruda es un tipo que no tiene una historia aristocrática, es un tipo que si no tiene una historia comunista, por lo menos tiene una tercera versión de la historia, una ordinaria historia clasemediana chilena, que me parece muy clave como tercer nivel en el libro de Fernando Sáez. Porque la presencia de Neruda en este libro, es la de una constante y progresiva indelicadeza. Indelicadeza histórica, indelicadeza personal con Delia del Carril. Si yo hablara de la indelicadeza histórica de Neruda, tendríamos que pensar en *"Confieso que he vivido"* y en toda aquellas omisiones políticas y todas aquellas ficciones, arreglines históricos que Neruda hace, las cuentas y las malas cuentas que hace a mucha gente. Nadie ha podido responderle a Neruda en ese sentido y creo que la biografía o la otra novela de Jorge Edwards sobre Neruda, es interesante porque también habla de ese otro Neruda indelicado, un gran hombre indelicado que en esta especie de historia maniquea que yo hago, Delia del Carril es el paradigma de una cierta delicadeza de vivir. Delicadeza que contrasta el efecto y el dolor del desmoronamiento. Había que tener mucha fuerza para ser delicada y ser mujer en la Argentina aristocrática o en una cierta Argentina aristocrática de comienzos de siglo, donde esta mujer con Victoria Ocampo y María Rosa Oliver, tienen que hacerse un nombre, hacerse un lugar, a como de lugar. Y lo que esta novela trata quizás, sea cómo Delia del Carril logró alcanzar un lugar. Pero es un lugar complicado, problemático, porque en este juego, en este cruce entre desmoronamiento y recuperación y recomposición, ella ocupa un lugar siempre como segundona. La noción de segundona puede ser muy peyorativa y muy dolorosa, pero no pretendo que sea así, y creo que Fernando Sáez de lo que habla es no de lo segundón –en verdad es una palabra poco feliz que he empleado– yo diría más bien de la fortaleza del personaje segundo o más bien, la importancia de los segundos personajes en las historias. Yo recuerdo conversaciones sobre historia de la pintura con Balmes, en que siempre hacíamos referencia al pintor Lucas Signorelli y a los murales de la iglesia en Orvieto – bueno además esto tiene otra historia a propósito de la novela familiar que hablabamos al comienzo, porque a propósito de esos murales, es la única zona en la textualidad de Freud, en que Freud habla directamente de pintura, y Freud habla de pintura a

propósito del olvido del nombre, el olvido del nombre del pintor Signorelli, entonces siempre Orvieto me causa una terrible impresión en la historia de la pintura, porque Signorelli no es un hombre de primera línea, y sin embargo como pintor de segunda línea es de los más grandes. Es decir, la historia de la pintura está hecha por el esfuerzo de los mediocres pintores, de los pintores que trabajan todo el día, aquellos a los que no los acompaña el genio, aquellos que tienen que luchar por imponer, por hacerle un lugar a su figuración, a su tecnología inconsciente, en fin– y creo que el caso de Delia del Carril, es el de una mujer que ocupa segundos roles pero que son de primerísimo plano. Esa quizás sea una buena paradoja, hablar de Delia del Carril, en una historia que por los datos que nos entrega Fernando Sáez, por esos datos, en verdad que hay un gran mito de Delia del Carril, en donde la hacen aparecer sus grandes amistades, la hacen aparecer como una especie de angelical, border line, «...ella no sabía lo que hacía...ella era tan fantástica que...» No, no, no, no. Ella era una mujer dramática, era una mujer quizás demasiado apegada a la necesidad de definir las actitudes humanas. Eso no es absoluto angelical, nadie es angelical cuando le toca vivir la guerra civil española en el Madrid del año treinta y seis, al lado de Neruda. Para eso sobra la angelicalidad. Delia del Carril no es un personaje angélico y tampoco es un personaje angélico cuando vive con Neruda en México y Cuba en los años cuarenta. No. Creo que hay que romper el mito, disolver el mito de esa Delia tan amada por todos. Si, amable, amadísima, pero era un ser mucho más complejo, mucho más espeso, y creo que de esa complejidad es de lo que Fernando Sáez intenta dar cuenta en esta aparente linealidad en la historia. Una historia en que evidentemente, Madrid, instala un corte, digamos, episte-mológico en el asunto. No solamente porque Delia del Carril arma su militancia en el PC, sino que, bueno, se hace pareja de Pablo Neruda. Es decir, la importancia que FS le da en esta pesquisa a la progresiva comunización de Neruda y a la importancia que en el aparato de instalación y de inscripción social y política de Neruda tiene su pertenencia al PC. De hecho, me parece que hay datos nuevos que permiten revalorizar, no tanto la presencia de Neruda, como un militante político yo diría hipostalinista muy consistente, sino como Delia del Carril, como personaje segundo en primerísimo plano, sostiene la política adscriptiva de Neruda. Uno podría decir que de acuerdo a lo que Marthe Robert dice de la novela burguesa, Neruda asciende escalando por la falda de las mujeres.

La famosa tesis de Marthe Robert sobre el héroe de la novela burguesa, el bastardo, la figura del bastardo, del bastardo social. Neruda es en el fondo un bastardo social, en un tipo que necesita hacerse de un nombre y abandonar su bastardía, obviamente que no reniega del padre, pero hay una manera de renegar del padre al cambiarse de nombre con un nombre de poeta para pertenecer a la república de las letras. Esa es una historia nerudiana, muy chilena, por eso Neruda es tan importante en Chile, porque Neruda sintomatiza los deseos de ascensión del nombre en Chile.

En cambio Delia del Carril, es una aristócrata argentina –el relato de FS es muy preciso cuando se refiere al viaje de la familia del Carril a Europa, es un viaje en que la familia se moviliza entera, con vacas para que durante el trayecto los niños tengan leche de vaca, historias que ya hemos escuchado de nuestra oligarquía criolla también, es decir, era cuando los viajes, eran grandes empresas de conocimiento– es un viaje que se contrasta con las historias cotidianas ligadas a las casas de Neruda. O sea, como sí Delia del Carril supiera de casas, y la hipótesis subterranea de FS, yo creo, es que es Delia del Carril, quien le enseña indirectamente a Neruda, qué es una casa. No la casa de Isla Negra o La Sebastiana, no, la noción de casa. Donde Neruda pudiese exponer y echar a perder esas casas poniendo las vitrinas que pone. Hay una parte ahí donde a mi juicio FS, fue extraordinariamente pulcro, es cuando se refiere a la manía objetual de Neruda, eso es muy interesante, hablar de la manía objetual de Neruda, junto a esta especie de rigor y pulcritud de Delia del Carril, que es una mujer que sabe lo que significa perderlo todo, incluso perderlo a él. Me parece que la cuestión de la pérdida es otro elemento del cual se ha hecho mucho caudal.

Delia del Carril, dicen, yo lo escuché muchas veces, no voy a citar nombres, pero siempre se cuenta la leyenda de que Delia llega al Taller 99 después de la ruptura con Pablo Neruda, que es ahí donde prácticamente el grabado le sirve de terapia. Bueno, esa es una manera muy reductiva y mezquina de hablar de la proximidad de Delia del Carril con las artes visuales. Pero, por otra parte, no hay que exagerar el peso que Delia del Carril tiene en las artes visuales. Yo creo que, nunca llega a ser una gran pintora, por ejemplo, porque ella siempre tiene la duda de serlo. Lo que conquistó en la pintura ella jamás se lo imaginó, si bien lo deseó al final de su vida. Pero de manera equívoca. Lo interesante de su trabajo, por ejemplo, los caballos, creo que sintomatiza este deseo de ascención ligado a la epopeya del movimiento comunista internacional, es decir, esos caballos, que son tan siqueirianos, tan muralista mexicano, en cierto sentido, pero que se juntan con toda la retórica visual del vitral, hacen que, su gráfica tenga esa paradoja también. Por un lado algo tosco, ascendente, en donde el caballo es una excusa formal para hablar de la filigrana, sobre todo. Son caballos con cuello, con músculos, son caballos desollados. Ella hace caballos desollados, porque a ella la han desollado.

Ella vuelve a repasar el carboncillo, estos son testimonios que yo he recogido de gente que trabajó con ella, el modo de pasar el carboncillo una y otra vez sobre el mismo surco. Es alguien absolutamente preocupado por dejar su nombre, por inscribir, diríamos, cuidar el surco que ha tenido. Pero esos caballos son, los caballos de un drama histórico partido en dos. Son caballos que después encontramos en las calles de Santiago, popularizados y reducidos por el muralismo brigadista, son caballos que vamos a ver en las portadas de los discos de Quilapayún, son caballos que van a constituir el sentido común de la Unidad Popular, y de todo su recuerdo. Son caballos cortados por la mitad. Por eso digo que , en esta especie de brioso caballo que – siempre los muralistas van a usar el caballo, Escámez, Siqueiros, Orozco... siempre va a haber caballos ...caballo cuatral, jinete del pueblo...con toda esa poeticidad albertiana, insuflando, empujando, como si la línea fuera siempre el destino final de la letra, tanto en Alberti como en Neruda, respecto de la visualidad. Por eso Alberti y Neruda eran tan reaccionarios en artes visuales, quizás Delia del Carril era mucho más a la izquierda que Neruda en las Artes Visuales, en la pintura y en el grabado– pero en eso Delia del Carril ha sido mal comprendida porque ha sido convertida en una especie de border line, como decía, en una especie de artista angélica. No. Creo que tampoco es una gran artista visual, ocupa un segundo plano, ocupa un segundo lugar, más bien es curioso cómo ella es llevada a ocupar un primer plano, por la boca y el relato de otras personas que tienen interés en ubicarla en un lugar, que a lo mejor no es el propio. Pero esto implica pensar, ¿cuál era su lugar propio? Creo que la novela de Fernando Sáez investiga subversivamente el lugar propio de Delia del Carril. Hay una cuestión metodológica en esto, que es reconsiderar el rol de primer plano que tienen los personajes segundos en la historia, tanto en la historia de la pintura, tanto en la historia de la política, cuanto en la historia de las relaciones culturales en un país, como el nuestro, donde creo que la obsesión por el nombre es una cuestión que figura. ❖

Transcripción de la cinta de video de la presentación del libro "Todo debe ser demasiado", de Fernando Sáez. Sala CTC, Santiago de Chile, Julio 1997)

REVISTA DE CRITICA CULTURAL 12

UNIVERSIDAD

14
Conversaciones con
JACQUES DERRIDA

22
SABERES UTILITARIOS
Y SABERES
DESINTERESADOS
Jacques Derrida

24
ESTUDIOS DE GENERO :
SABERES, POLITICAS,
DOMINIOS
Kemy Oyarzún

30
LOS ESTUDIOS
DE GENERO EN
LAS UNIVERSIDADES
CHILENAS
Ivette Malverde-
Patricia Pinto /
Marta Vitar / Rosa
Soto / Claudia Picero/
Sonia Montecino

32
LA CRISIS NO MODERNA
DE LA UNIVERSIDAD
MODERNA
Willy Thayer

34
EL ESTADO DE DERECHO
Gonzalo Díaz

36
EL PENSAMIENTO
VIENE DESPUES
Pablo Oyarzún

RUIDO SECRETO
Sergio Rojas

42
REIMAGINAR
LA UNIVERSIDAD
Francisco Brugnoli
Rodrigo Roco

46
ESTUDIOS CULTURALES Y
VOCACION POLITICA
John Beverley

54
Fragmentos inéditos
de la novela
EL CONTAGIO
Guadalupe
Santa Cruz

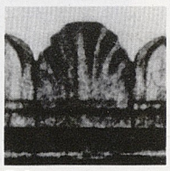
56
EL SIDA Y SUS
POLITICAS
Presentación
Marcial Godoy
Entrevista con
Christian Rodríguez

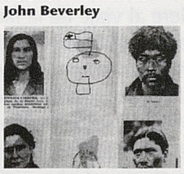
62
MARGUERITE DURAS
Texto Nadine d'Orange
Presentación
Diamela Eltit

64 LECTURAS
• FEMINISMO, ARPILLERA Y DESCONSTRUCCION
Nelly Richard
• CONSUMIDORES Y CIUDADANOS
Bernardo Subercaseaux
• EL ARTE SI TIENE SECRETOS
Gonzalo Arqueros
• LA DIALECTICA EN
SUSPENSO,
UNA DETENCION
EN LA ESCRITURA
Elizabeth Collingwood
• PRIMERA NOVELA
DE ADRIANA VALDES
Jorge Guzmán













Ultimos números
de

REVISTA DE CRITICA CULTURAL

aún disponibles.

Pedidos a fono
563 05 06

REVISTA DE CRITICA CULTURAL 13

rial

T
E
R
DES

4
ESCAPAR DE
LA AMNESIA :
el museo como
medio de masas
ANDREAS HUYSSEN

26
LADYS MARIN,
UN RETRATO
DIAMELA ELTIT,
NELLY RICHARD

30
EL PROCESO DE
ALBERTO MENDOZA:
poesía y subjetivación
JULIO RAMOS

40
Páginas de Arte
NURY GONZÁLEZ

44
BYE BYE LOVE
EUGENIO DITTBORN

50
OLVIDO Y CONSENSO
TOMÁS MOULIÁN

52
DEBATE
UN DESM
ESPIRITU
FEDERIC

54 LECTURAS
LA PROPIA VOLUNTAD
DE LA ESCRITURA
NADIA PRADO

• UNA ARQUEOLOGIA
DEL IMAGINARIO
Y SIMBOLICO CHILENO
ROBERTO HOZVEN

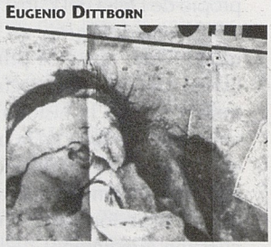
• PODERES, MODERNIDAD
Y CULTURA EN EL FUTBOL
SUDAMERICANO
CARLOS OSSANDÓN

• REVIST
Y DEBAT
LUCÍA IN
MARTIN
EDUARD
TOMÁS I









REVISTA DE CRITICA CULTURAL 14

RELATOS DE LA CIUDAD Y CRITICA URBANA

Portada
"LA OPINION PUBLICA", óleo sobre tela, retazos, costura, 140 x 220 cm, 1994, de PABLO LANGLOIS

12
PEPE DONOSO: un homenaje
CARLOS FLORES DEL PINO

18
CALLES Y VEREDAS
OLGA GRAU

22
ALEGORIA Y
POSTDICTADURA:
notas sobre la
memoria del mercado
IDELBER AVELAR

28
LA
DESAPARICION
DEL
NARRADOR
CARLOS J. OSSA

32
EL LUGAR COMUN
de la Plaza de Armas
ANDREA JEFTANOVIC,
JOSE BENGOA,
HUMBERTO GIANNINI,
HUGO GINOCCHIO,
EUGENIA BRITO,
MARCELO MELLADO,
CARLOS PEREZ V.,
SOLEDAD BIANCHI,
EUGENIO DITTBORN

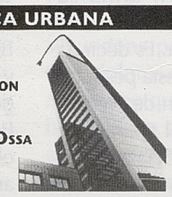
40
LOS "VIOLADORES DE MAIPU"
y el tráfico de los códigos
NELLY RICHARD

46
LENGUA Y BARRIO : la jerga como política de la disidencia
DIAMELA ELTIT

52
SUJETO Y CULTURA URBANA
JUAN G. GELPI

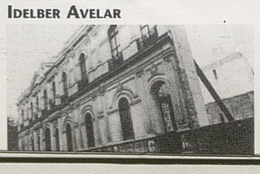
58
LAS CIUDADES
POETICAS Y LA
CRITICA URBANA
MARTA
CONTRERAS

62
LA CIUDAD
A LA INTEMPERIE
FEDERICO













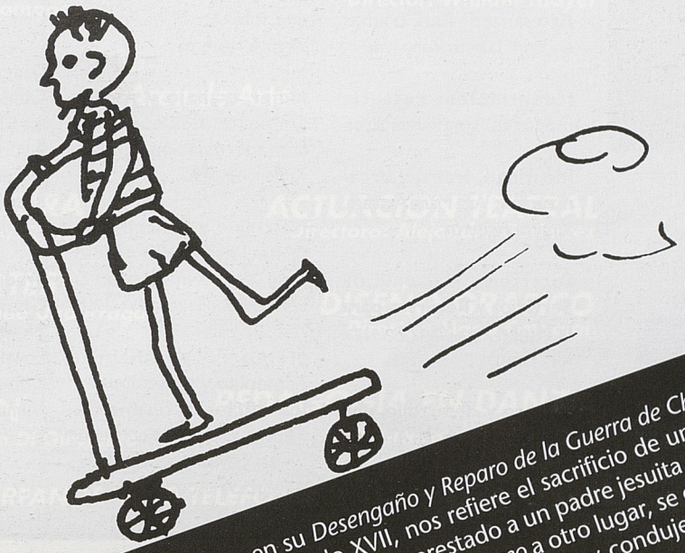






D I T T B O R N

P I N T U R A S A E R O P O S T A L E S



González de Nájera, en su *Desengaño y Reparo de la Guerra de Chile*, escrito en la primera mitad del siglo XVII, nos refiere el sacrificio de un paje de 18 años de edad que este oficial había prestado a un padre jesuita para su servicio y que, habiendo sido enviado como correo a otro lugar, se encontró en el camino con unos indios que lo insultaron, ataron y condujeron a un cerro donde lo mataron:

«Limpiaron un árbol renuevo en el cual hicieron una cruz, y habiéndolo desnudado, lo subieron en ella en donde fuertemente le ataron manos y pies. Y habiendo hecho un fuego delante de él, comenzaron luego con toda crueldad a cortarle vivo a pedazos, los cuales ponían a asar en las brasas, sin moverlos a piedad las tiernas quejas, lamentaciones y ruegos que el mozo les hacía; pues para la piedad o misericordia que les movía era como si no lo entendieran, aunque les hablaba en su propia lengua; porque aquellos hambrientos lobos, no poco contentos de haber tocado tan buen lance, para satisfacer su insaciable apetito, no cesaban de cortar, asar y comer con mucho espacio y risa, burlándose y haciendo donaire de las quejas y palabras lastimosas del suspendido mártir; y viendo él la fiereza de aquellos empedernidos ánimos y la certeza de su muerte y falta de algún socorro humano, etcétera. Y antes que acabase de morir, le abrieron el pecho aquellos crueles bárbaros y sacaron el corazón, cuya caliente sangre fueron chupando y rociando el aire con ella, y sin apartarse de allí le acabaron de descarnar las remanentes carnes, dejando los huesos por aquel suelo, que a tener aparejo de vino y en qué molerlos, no dejarían de quemarlos y bebérselos en polvos, según ya dije lo acostumbran».

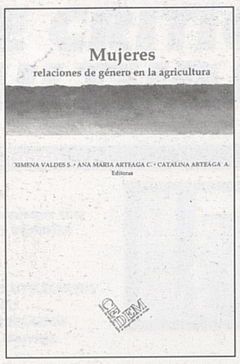
Alonso González de Nájera, en Aureliano Oyarzún, "La sangre en las creencias y costumbres de los antiguos araucanos", *Estudios antropológicos y arqueológicos*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1979.

1 2 D E M A R Z O A 3 D E M A Y O - 1 9 9 8

MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

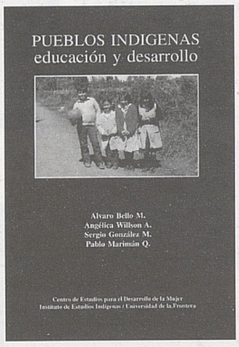
EDICIONES CEDEM

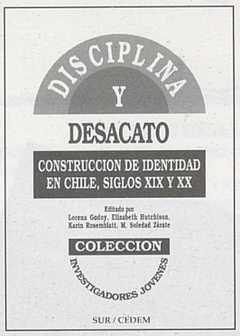
Purísima 305 – Fono 735 77 55 – Fax 777 22 97 – Santiago de Chile. cedem@reuna.cl











TITULOS CEDEM

Textilería mapuche, arte de mujeres. Angélica Willson

Loceras de Pilén. Ximena Valdés S.

Artesanas de Rari, tramas en crin. Loreto Rebolledo

Huentelolén, cestería mapuche. Loreto Rebolledo

Identidad, trabajo, organización. Ana María Arteaga, Virginia Figueroa

Directorio Nacional de Servicios y Recursos para la Mujer. Ana María Arteaga, Riet Delsing

Género y desarrollo, una bibliografía. A. M. Arteaga, V. Figueroa

Mujeres, relaciones de género en la agricultura. Ximena Valdés, A. M. Arteaga, Catalina Arteaga, Editoras

La salud de las mujeres en Chile. Ana María Arteaga, Virginia Figueroa

Mujer, trabajo y medio ambiente. Los nudos de la modernización agraria. Ximena Valdés S.

Masculino y femenino en la hacienda chilena del siglo XX. Ximena Valdés S. Loreto Rebolledo, A. Willson

Memoria y cultura. Femenino y masculino en los oficios artesanales. Ximena Valdés, L. Rebolledo, Vivian Gavilán, Liliana Ulloa, Angélica Willson

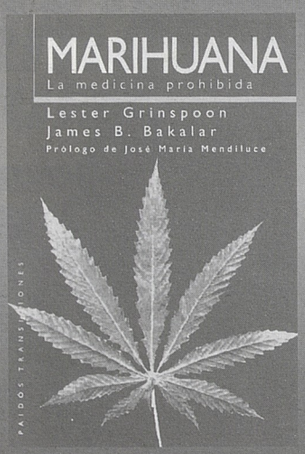
COEDICIONES

Pueblos indígenas. Educación y desarrollo. Alvaro Bello, Angélica Willson, Sergio González, Pablo Marimán. Coedición CEDEM/ Instituto de Estudios Indígenas/ Universidad de la Frontera

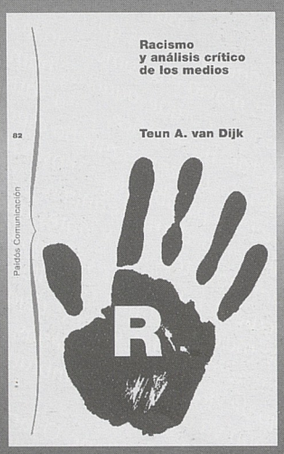
Disciplina y Desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX. Editado por Lorena Godoy, Elizabeth Hutchison, Karin Rosemblatt, M. Soledad Zárate Coedición CEDEM / SUR

Tradición y Modernidad en Chañaral Alto. Francisca Browne, Dalal Garib, Marcela Loyola. Coedición CEDEM/ Universidad Academia de Humanismo Cristiano

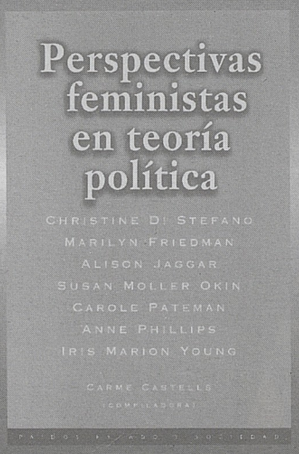
NOVEDADES 1997 DE EDITORIAL PAIDOS



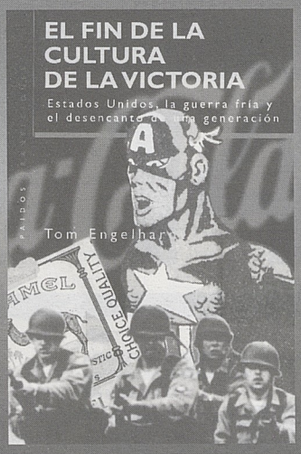
MARIHUANA, LA MEDICINA PROHIBIDA
Lester Grinspoon, James Bakalar



RECLAMO Y ANALISIS CRITICO DE LOS MEDIOS
Teun A. van Dijk



PERSPECTIVAS FEMINISTAS EN TEORIA POLITICA
Christine Di Stefano y otras



EL FIN DE LA CULTURA DE LA VICTORIA
Tom Engelhardt

EDITORIAL PAIDOS

Distribuida en Chile por Editorial Sudamericana Chilena

Si desea conocer mejor los títulos y novedades de este sello, en forma gratuita, envie sus datos a : Editorial Sudamericana, Sta. Isabel 1235 - Providencia, Santiago, o a nuestro correo electrónico : **sudchile@netup.cl**

Area de Ciencias Sociales

DERECHO
Director: José Galiano

PSICOLOGIA
Directora: Victoria Passache

SOCIOLOGIA
Director: Tomás Moulián

SERVICIO SOCIAL
Director: Juan Campos

INGENIERA COMERCIAL
Director: Alvaro Palacios

PERIODISMO Y COMUNICACION SOCIAL
Directora: Gladys Díaz

FILOSOFIA
Director: William Thayer

Area de Post Grados y Post Titulos

DOCTORADO EN EL ESTUDIO DE LAS SOCIEDADES LATINOAMERICANAS
Director: Jacques Chonchol

MAESTRIA EN CIENCIAS SOCIALES
Director: Gabriel Salazar

DIPLOMADO EN GESTION DE EVENTOS Y PRODUCCION CULTURAL
Director: José Sanfuentes

DIPLOMADO EN CRITICA CULTURAL
Directora: Nelly Richard

Area de Arte

ARQUITECTURA
Director: Joaquín Velasco

BELLAS ARTES
Director: Fernando Undurraga

CINE Y TELEVISION
Director: Claudio Di Girolamo

ACTUACION TEATRAL
Directora: Alejandra Gutiérrez

DISEÑO GRAFICO
Director: Mario Carvajal

PEDAGOGIA EN DANZA
Directora: Astrid Ellicker

ARCIS
UNIVERSIDAD

HUERFANOS 1710 TELEFONO *695 5238 FONO FAX 695 2894 SANTIAGO, CHILE

Fondos en Distribución:
TASCHEN
BLUMEN
POLIGRAFA
KONEMANN
FOLIO
ARCO

EDITORIAL
CONTRAPUNTO

Exclusividad en Revistas:
El Croquis
Arquitectura Viva
Cuadernos de Pedagogía
Letra Internacional
Revista de Occidente
Cuadernos de Jazz
Nickel Odeon
Scherzo
Quimera
Experimenta
Archipiélago
Claves
Lápiz
Clij



Visítenos en nuestras Librerías :
• Avda. Providencia 2256 - F. 232 27 42 - Santiago • Avda. Providencia 2533 - F. 251 54 94 - Santiago
• Apumanque, L. 385 - F. 229 72 78 - Santiago • Calle Valparaíso 651, Local 12-13, - F. 697 086 - Viña del Mar

Escuela de Filosofía de la
UNIVERSIDAD ARCIS

Corporación de Desarrollo de la Mujer
LA MORADA

REVISTA DE CRITICA CULTURAL

THE ROCKEFELLER FOUNDATION

El programa "**POSTDICTADURA Y TRANSICION DEMOCRATICA; IDENTIDADES SOCIALES, PRACTICAS CULTURALES Y LENGUAJES ESTETICOS**" es el primer programa chileno de análisis crítico de las relaciones entre política, cultura, estética y sociedad, que combina la triple participación de un centro de investigación y enseñanza académica (la Universidad ARCIS), un espacio cultural y social de gestión feminista (LA MORADA) y una tribuna editorial de debate intelectual (la REVISTA DE CRITICA CULTURAL).

El cambio político que marcó el fin de la dictadura militar (1973-1989) y abrió el proceso llamado "Transición democrática" ha desplegado múltiples efectos de reordenamiento y transformación de la institucionalidad política, de los lenguajes públicos y de sus redes comunicativas, de los discursos culturales y modelos universitarios, de los imaginarios estéticos, de los circuitos y prácticas de arte, de las formas de habitar la ciudad, de las representaciones sociales de identidad y género.

El alcance de estas transformaciones no ha tenido la oportunidad de ser sistemáticamente analizado en la complejidad de sus redes y entrecruzamientos político-sociales y simbólico-culturales. Este programa busca estimular cruces de reflexión transdisciplinarios entre la filosofía contemporánea, la teoría feminista y la crítica cultural, para abordar una lectura plural de las tensiones de sentido que recorren el Chile de hoy, tomando en consideración no sólo el plano formal de los discursos y prácticas institucionales sino también los planos informales donde se modulan los recursos de expresión simbólica de memorias y subjetividades en ambiguos conflictos de representación.

Los tres módulos temáticos del programa son:
1. CONSENSO, MEMORIA Y MERCADO
2. IMAGINARIOS SOCIALES Y SUBJETIVIDADES COTIDIANAS (LA CIUDAD, LA TELEVISION)
3. DISCURSOS ARTISTICO-CULTURALES, SABERES ACADEMICOS Y PENSAMIENTO CRITICO

El Programa consiste en:

1. Un seminario de estudio bajo la estructura académica de un Diplomado en "Crítica Cultural" que tiene lugar en la Universidad Arcis; conferencias, mesas redondas y coloquios que cuentan con la participación regular de invitados nacionales e internacionales; y

2. Un programa de becas a estudiantes y profesores extranjeros cuyo trabajo de investigación se relacione con los temas planteados.

SANTIAGO DE CHILE 1998-1999

POSTDICTADURA Y *transición democrática;*

identidades sociales, prácticas culturales, lenguajes estéticos.

La **UNIVERSIDAD DE ARTE Y CIENCIAS SOCIALES (ARCIS)** fue creada en 1982 como proyecto de reincorporación al trabajo académico de los profesores exonerados de las universidades estatales durante el período militar. La biografía más reciente de la Universidad data de la transición democrática en cuyo período se ha consolidado jurídica y económicamente, y se ha definido estratégicamente como una universidad de artes y ciencias sociales que enfatiza la creación interna de espacios de participación académica y estudiantil. Curricularmente, la Universidad ARCIS se postula como experimental y reflexiva, en una actualidad en que predominan los criterios economicistas lineales.

Desde su fundación en 1983, **LA MORADA** se ha constituido en un espacio de pensamiento y acción feminista, en torno al cual se reúnen distintos sectores sociales. LA MORADA hace operativa una práctica política y cultural feminista que pone en circulación la diversidad de temas, propuestas y debates alternativos al modelo de sociedad dominante. Sus áreas de trabajo son: 1) ciudadanía y derechos humanos; seminarios y talleres de capacitación, 2) educación y cultura; seminarios, foros e investigaciones, 3) salud; atención terapéutica y orientación legal, investigación en psicoterapia y género 4) comunicaciones; proyecto Radio Tierra, fundado en 1990, que es el único proyecto radial feminista latinoamericano.

La **REVISTA DE CRITICA CULTURAL** es un proyecto editorial que nació en 1990, motivado por el deseo de articular un espacio de reflexión intelectual que convocara saberes teóricos y prácticas culturales traspasando los bordes de la formalidad académica. La Revista, que se publica dos veces al año, ha abierto un diálogo múltiple y activo en torno a temas de análisis social, teoría de la cultura, crítica feminista y debate estético. Colaboran en ella destacadas figuras nacionales e internacionales de las ciencias sociales, del arte y de la literatura, de la filosofía, que hacen de esta tribuna editorial, con reconocida marca crítica, un proyecto inédito en el campo cultural chileno.

COORDINACION DEL PROGRAMA:
Willy Thayer, Raquel Olea, Nelly Richard, Carlos Pérez Villalobos

DIRECCION DEL PROGRAMA:
Nelly Richard

Informaciones sobre el Diplomado en Crítica Cultural o el Programa de Becas :

Nelly Richard
UNIVERSIDAD ARCIS
Fono 6952095, anexo 15.
Huérfanos 1710, Santiago de Chile

FERIA del DISCO

TODA LA MUSICA DEL MUNDO

A LOS PRECIOS MAS BAJOS DE CHILE

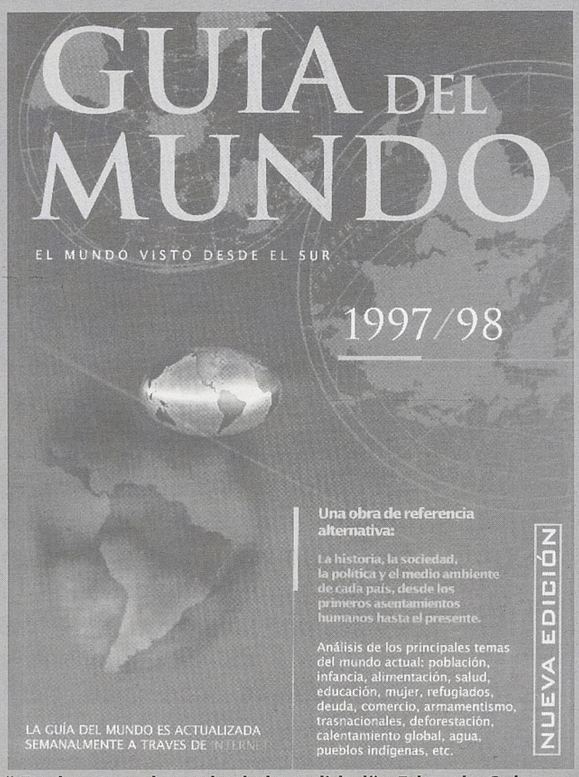
AHUMADA 286 - MALL PANORAMICO - PROVIDENCIA ESQ. SUECIA - APUMANQUE - PARQUE ARAUCO - ALTO LAS CONDES - LA DEHESA

FERIA del DISCO

DONDE VIVE LA MUSICA

LIBROS IRARRAZAVAL 3097, 2° Piso Fono-Fax 205 54 10

MILNOVECIENTOS



" Es el retrato desnudo de la realidad" - Eduardo Galeano

DISPONIBLE TAMBIEN EN CD ROM

INSTITUTO CHILENO FRANCES DE CULTURA

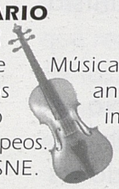
Noviembre - Diciembre 1997

SERVICIO CULTURAL DE LA EMBAJADA DE FRANCIA

TEMPORADA CULTURAL

Música

IL SEMINARIO MUSICALE



Conjunto de Música barroca, con instrumentos antiguos, que ha obtenido importantes premios europeos. Dirigido por GERARD LESNE.

ALAIN LOMBARD

Director de la Orquesta Nacional de Burdeos, dirige a la Orquesta Filarmónica de Santiago, con la destacada participación del pianista francés Jean-Philippe COLLARD.

Circo

LES ARTS SAUTS (trapecistas)



Estos acróbatas, egresados de las más importantes escuelas francesas de circo, nos hacen partícipes de su pasión por la altura, el vuelo y el vacío.

Literatura

PANORAMA ACTUAL DE LA EDICIÓN FRANCESA. Con la presencia de autores e intelectuales franceses, en la 17ª Feria Internacional del Libro de Santiago.

Debate **EL CHE, UNA LEYENDA DEL SIGLO**, con la participación del autor Pierre KALFON.



Mesa Redonda **LOS INTELECTUALES CHILENOS EN PARÍS** Con la participación de escritores chilenos.

Recital **POETAS Y MUJERES**. Encuentro de escritoras chilenas con Geneviève BRISAC y Elena PONIATOWSKA.

Danza



ICARE de Benjamin LAMARCHE y Claude BRUMACHON. Solo de danza escueto y poético, creado para el 50° Festival de Aviñon, unánimemente celebrado por la prensa europea.

LOS RUEGOS, obra creada para Chile por Claude BRUMACHON, interpretada por nueve bailarines chilenos.

Teatro

LA MARATON, de Claude CONFORTES, con la compañia chilena Teatro Sombrero Verde. Estreno con la presencia del autor.

Cine

50° Aniversario del FESTIVAL DE CANNES



Los mejores filmes premiados durante los cincuenta años del festival francés.

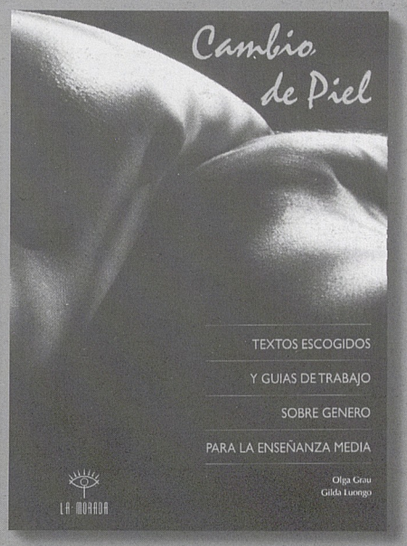
"Aprópiate de tu tiempo"
Calendario Mujer '98
Doce meses, doce posibilidades de brindar por un tiempo más apropiado, menos stressado, más mimado, no tan arrugado, menos exigido, más desaburrido, más caliente, menos indolente, menos obediente...
¡Como a tí te gustaría que fuera tu vida!
En venta en librerías.



LA MORADA



"Cambio de Piel"
Textos escogidos y Guías de Trabajo sobre Género para la Enseñanza Media, de Olga Grau y Gilda Luongo. Complementa al video "Cambio de Piel". Imágenes visuales, textos, poemas, preguntas y sugerencias de trabajos individuales y grupales, conforman los materiales y motivaciones de esta invitación a pensar nuestro entorno cultural con sus concepciones y valoraciones de lo femenino y lo masculino.



Purísima 251, Bellavista • Fonos/Fax 735.34.65-737.74.19 • e-mail: lamorada@mailnet.rdc.cl • Santiago

ABRIL - MAYO 1998

ARENAS • BRAVO • GARATE

PINTURA DE ALTO TRAFICO

CON AUSPICIO DE FONDART'97

Félix Mendelssohn 2941
Pedro Aguirre Cerda
Santiago -Chile
Fono-Fax 563 05 06



Gabriela Mistral ya no podrá
venir a tomar su yerba
en la Plaza Mulato Gil

Café de la Plaza, un lugar que ya es un clásico.
J. V. Lastarria 321 / 639 36 04

mario vargas llosa friedrich hayek raúl zurita

ESTUDIOS PÚBLICOS

manuel mora y araujo martín hopenhayn

ANTICIPANDOSE AL PENSAMIENTO DE MAÑANA

david gallagher arturo fontaine talavera
félix guattari roberto matta josé donoso
nelly richard jorge edwards armando uribe
marco antonio de la parra alicia borinsky
albert o. hirschman carlos fuentes
alfredo bryce echeñique juan forn
exequiel gallo michael oakeshott peter berger
giovanni sartori michael novak claudio véliz

SUSCRIPCIONES

isaiah berlin john gray josé joaquín brunner

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

vittorio corbo alfonso gómez-lobo

home page: http//www.iactiva.cl/cep.

Monseñor Sótero Sanz 175 Teléfono 231 53 24 — Fax 233 52 53

robert hughes roger scruton john rawls

Santiago de Chile



"Las cosas no son
como fueron,
sino como se las
recuerda"

Andrei Tarkovski

ESCUELA DE
CINE
DE CHILE

Admisión 98
a partir de
Noviembre 97

MACUL 2320 SANTIAGO • FONOS 272 6333 - 272 6332 • FAX 365 9754 • E-mail: escine@mailnet.rdc.cl

Universidad de Chile

DEPARTAMENTO TEATRO UNIVERSIDAD DE CHILE

Escuela Post Grado

Facultad de Artes
Universidad de Chile

Magíster en Artes, con mención en Dirección Teatral



REQUISITOS DE ADMISION
Alumnos Regulares Título Profesional o grado de Licenciado otorgado por Institutos de Educación Superior reconocidos por el Estado.
Alumnos libres Quienes no cumplan los requisitos de los alumnos regulares podrán cursar el Magíster con los mismos derechos y obligaciones, con la única restricción que solo podrán recibir certificación de Asistencia y no el Grado académico de Magíster.

DURACION
2 años.

ARANCEL ANUAL
US$ 2.000
(Aproximadamente $ 834.000, divididos en 10 mensualidades)

POSTULACION 1998
5 de Enero al 20 de Marzo

SELECCION
23 al 30 de Marzo

INICIO DE CLASES
Sábado 4 de Abril

HORARIO DE CLASES
Sábados 8 - 13 hrs.
Lunes 18.30 - 21.30 hrs.
Martes 18.30 - 21.30 hrs.

INSCRIPCIONES
Morandé 750, Santiago.
Oficina 44 (Zócalo)
Fonos 696 51 42 - 696 49 29
Fax 696 08 62

CICLO **NUEVOS DIRECTORES** PROMOCION '96

SOLO DOS de **S. Beckett**	**MADRID-SARAJEVO** de **M. A. de la Parra**	**LA FALLECIDA** de **N. Rodrigues**	**HEDDA GABLER** de **H. Ibsen**
			
Marcelo Islas (Argentina)	**Giulio Ferreto** (Chile)	**M. Helena de Oliveira** (Brasil)	**Marcela Terra** (Chile)
12-13-14-15 de Noviembre 1997 20.00 Hrs	19-20-21-22 de Noviembre 1997 20.00 Hrs	16-17-28-29 de Noviembre 1997 20.00 Hrs	3-4-5-6 de Diciembre 1997 20.00 Hrs

SALA AGUSTIN SIRE - Morandé 750 - Santiago, Chile
Entrada General: $ 3.000 - Estudiantes y Tercera Edad: $ 1.500 - Convenios: $ 1.000

CARLOS ALTAMIRANO + NATALIA BABAROVIC + JOSE BALMES + GRACIA BARRIOS + MONICA BENGOA + CLAUDIO BERTONI + JUAN DOMINGO DAVILA + ARTURO DUCLOS + ANDREA GOIC + NURY GONZALEZ + JORGE GRONEMEYER + PATRICIA ISRAEL + VOLUSPA JARPA + ISABEL KLOTZ + PABLO LANGLOIS + JUAN LUIS MARTINEZ + ENRIQUE MATTHEY + CARLOS MONTES DE OCA + FELIPE MUJICA + CARLOS NAVARRETE + IVAN NAVARRO + MARIO NAVARRO + ALVARO OYARZUN + PABLO RIVERA + PATRICIO RUEDA + FRANCISCO SANFUENTES + MARIO SORO + JULIA TORO + MANUEL TORRES + VANESSA VASQUEZ + RODRIGO VEGA + ROSA VELASCO + JOSE LUIS VILLABLANCA + ALICIA VILLARREAL + RICARDO VILLARROEL + ALONSO YAÑEZ + MUCHOS OTROS ARTISTAS

Galería Gabriela Mistral

DEPARTAMENTO DE PROGRAMAS CULTURALES • DIVISION DE CULTURA • MINISTERIO DE EDUCACION
ALAMEDA 1381 • METRO ESTACION MONEDA • FONO 222 50 38, Anexo 302 • FAX 665 07 95

BIBLI
SECC. SELE
8 ENE 1998
DEPOSITO LEGAL

Corporación del Patrimonio Cultural

La Corporación del Patrimonio Cultural es una entidad privada, autónoma, filantrópica y sin fines de lucro, cuyos integrantes están unidos por la sola motivación de conservar, cuidar y difundir el patrimonio cultural de Chile en forma responsable e independiente.

La misión de la Corporación es tender puentes entre el mundo público, guardián de nuestros tesoros patrimoniales, y el mundo privado a través de proyectos ejecutados con profesionalismo y seriedad.

Cumplimos con todas las normas legales de procedimiento de una corporación privada sin fines de lucro y estamos autorizados para extender Certificados de Donaciones Culturales (art. 8 ley 18.985).

Algunos de los proyectos en ejecución

- Restauración de la Iglesia de Las Agustinas
- Automatización y Conservación de las Colecciones de la Sala Medina en la Biblioteca Nacional
- Investigación y Difusión de la Cerámica Artística de Lota
- Consolidación Museológica de la Hacienda San José del Carmen, El Huique
- Investigación, Conservación y Difusión de Textiles Tiwanaku del Museo San Pedro de Atacama
- Restauración y Museología Museo Pascual Baburizza, Valparaíso
- Publicación facsimilar "Chile Ilustrado".

Corporación del Patrimonio Cultural de Chile

Alameda 651.
Edificio Biblioteca Nacional
Fono 6386845
Fax 6381975
Santiago de Chile

MAGISTER EN ARTES VISUALES

FACULTAD DE ARTES UNIVERSIDAD DE CHILE



DURACION: CUATRO SEMESTRES

POSTULACIONES: NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE CADA AÑO. DOCE VACANTES.

INFORMACIONES: 678 75 15 / FAX: 271 20 39

En el fin de siglo XIX chileno una serie de cambios en la legitimidad y formas de producción del capital cultural fundado en la literatura hacen crisis. Por un lado, el Latín que como disciplina escolar había tenido hasta entonces un lugar central en el curriculum, pierde su puesto en el medio de una serie de ataques que cuestionan su idoneidad para cumplir tal función en un país que se autopercibe históricamente como embarcado en un proceso de modernización. Por otro lado, el Castellano se yergue como uno de los centros posibles de una verdadera educación nacional. Es a través de prácticas sociales específicas como, en este caso, las escolares, que algunas de aquellas grandes transformaciones culturales (llamense "criollismo", "sociedad nacional moderna", "configuración cultural de masas", etc.) se materializan en la historia, usando la lengua para la (re)producción de la subjetividad nacional.

JUAN POBLETE

Quizá sea cierto que el universo ideológico-lingüístico de nuestra profesión esté en vías de desaparición, ahora que los "grandes relatos" parecen haberse desacreditado y las micro-representaciones de la vida cotidiana se hallan mejor servidas por el periodismo, el cine y la televisión. Ni las grandes categorías sistémicas del lenguaje de la sociología, ni sus pequeños conceptos de interpretación de la vida cotidiana, parecen sostenerse en pie frente al doble embate del Banco Mundial y la novela contemporánea. Aquel describe y analiza más fehacientemente los sistemas y proporciona además manuales para actuar sobre ellos. Y ésta representa más ricamente los elementos de la vida interior y colectiva.

JOSE JOAQUIN BRUNNER

El lugar de la literatura está cambiando. La popularidad creciente de los estudios culturales, que dan trabajo a cientos de críticos literarios reciclados, es una respuesta a estos cambios. Sin embargo hay algo que la crítica literaria no puede distribuir blandamente entre otras disciplinas. Se trata de la cuestión de los valores estéticos, de las cualidades específicas del texto literario. Los valores están en juego. Y está bien que esto no lo digan sólo los conservadores. Fue una mala idea la de adoptar una actitud defensiva, admitiendo implícitamente que sólo los críticos conservadores o los intelectuales tradicionales están en condiciones de enfrentar un problema que es central a la teoría política y a la teoría del arte. La discusión de valores es el gran debate en el fin de siglo.

BEATRIZ SARLO

Los estudios sobre hibridación han desacreditado a los enfoques maniqueos que oponían frontalmente a dominadores y dominados, metropolitanos y periféricos, emisores y receptores, y, en cambio, muestran la multipolaridad de las iniciativas sociales, el carácter oblicuo de los poderes y los préstamos recíprocos que se efectúan en medio de las diferencias y desigualdades. En este tiempo de globalización, todos vivimos en fronteras donde se cruzan múltiples estrategias diversificadas. El fin de siglo abre oportunidades sin precedentes de comunicarnos con muchas otras culturas, construir repertorios híbridos y reconocer lo que, siendo irreductiblemente distinto, no tiene por qué ser aislado en forma separatista. Ante los riesgos de esta apertura de cada sociedad a la interacción con tantas otras, surgen reacciones como el esencialismo chovinista, la xenofobia y las reconciliaciones abstractas de la ecualización. ¿Podrá una cultura que reconquiste su potencial crítico y solidario descubrir también posibilidades inéditas de edificar una Babel dialógica y democrática?

NESTOR GARCIA CANCLINI

La noción de subalternidad toma vuelo en la última década principalmente como consecuencia de los cambios sociales que incluyen el debilitamiento del modelo marxista a nivel histórico y teórico. Mientras los sectores marginados y explotados pierden voz y representatividad política, afluye el rostro multifacético del indio, la mujer, el campesino, el "lumpen", el vagabundo; el cual entrega en música, videos, testimonios, novelas, etc., una imagen que penetra rápidamente el mercado internacional, dando lugar no sólo a la comercialización de este producto cultural desde los centros internacionales, sino también a un trasiego teórico que intenta totalizar la empiria híbrida latinoamericana con conceptos y principios niveladores y universalizantes. Hibridez y subalternidad son nociones claves para la comprensión de las relaciones Norte/Sur basadas en la refundamentación del "privilegio epistemológico" que ciertos lugares de enunciación siguen manteniendo en el contexto de la globalidad.

MABEL MORAÑA

REVISTA
DE CRITICA
CULTURAL
15